

LOS DIEZ MANDAMIENTOS

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003-Sevilla

SAN ALFONSO M.^a DE LIGORIO
Obispo y Doctor de la Iglesia

CON LICENCIA ECLESIASTICA

ISBN: 84.7770-150-4

D.L.: Gr. 1990-2001

Impreso en España

INSTRUCCION PRELIMINAR

1. Para que el hombre cumpla sus deberes tiene que considerar, ante todo el fin para que fue creado, y que sólo en la consecución de este fin podrá hallar su felicidad completa.

Ahora bien, el fin último del hombre es amar y servir a Dios en esta vida y gozar de El eternamente en la otra. Es decir que, Dios nos ha puesto en este mundo, no para tener riquezas, ni honores, ni placeres, sino para obedecer sus Mandamientos y alcanzar así la eterna bienaventuranza del cielo.

2. Ya que el primer hombre, Adán, lo creó Dios con este fin y le dio por mujer a Eva, con la que propagase el género humano.

Los creó en estado de gracia y los puso en el paraíso terrenal, indicándole que desde allí serían luego trasladados al cielo a gozar eternamente de una dicha cumplida.

Mientras vivieran en la tierra podrían comer de los frutos de todos los árboles de aquel delicioso jardín, excepto de uno que Dios le señaló a fin de probar su fidelidad.

Pero Adán y Eva, desobedeciendo al Señor, comieron del fruto prohibido, y por este pecado se vieron privados de la gracia divina, arrojados del pa-

raíso terrenal y, como rebeldes a la majestad de Dios, condenados con todo el género humano a muerte temporal, quedando así cerrado para ellos y todos sus descendientes el paraíso celestial.

3. Ese fue el pecado original, con el cual todos nosotros, hijos de padre rebelde, nacemos hijos de ira y enemigos de Dios. Cuando un vasallo se levanta contra su rey, caen en su desgracia no sólo el rebelde, mas también sus hijos.

Para nosotros, por tanto, el pecado original es una privación de la gracia de Dios, causada por la desobediencia de Adán.

4. Sólo María Santísima tuvo, el privilegio de verse inmune de la culpa original. *Ella es Inmaculada.*

La Concepción Inmaculada de María es un dogma de fe definido por el Magisterio de la Iglesia. El Papa Pío IX, el 8 de diciembre de 1854, por la Bula *Ineffabilis Deus*, definió que la Virgen María había sido concebida sin mancha de pecado original, en atención a los futuros méritos en su Hijo.

La iglesia nos invita en su Liturgia a cantar en honor suyo:

Toda hermosa eres María, y no hay en ti mancha original.

Conviene anotar que la redención de María no fue *liberativa* del pecado original contraído, sino *preservativa* que le impidió caer en él.

Este dogma se fundamentó en la Escritura (Gén. 3,15; Lc. 1,28) y en el dogma de la Maternidad divina.

5. Todos los hombres nacemos infectados del pecado de Adán; y en castigo del mismo hállase nuestra inteligencia oscurecida para comprender las eternas verdades e inclinada al pecado nuestra voluntad.'

Pero con el santo Bautismo, en virtud de los méritos de Jesucristo, recobramos la divina gracia y se remedia todo nuestro mal. Por aquí llegamos a ser hijos adoptivos de Dios y herederos del cielo, pero a condición de que sepamos conservar hasta la muerte la gracia recibida en el Bautismo; porque, si por el pecado mortal la perdiéremos, venimos a ser reos del infierno, y unicamente por el Sacramento de la Penitencia podemos, entonces, alcanzar el perdón de los pecados cometidos después del Bautismo.

6. Entre los pecados actuales que el hombre comete, unos son mortales y otros veniales.

Hablando primeramente del pecado mortal, conviene saber que así como el alma da vida al cuerpo, así la gracia de Dios da vida al alma; por consiguiente, así como el cuerpo cuando se priva del alma, muere y su destino es el sepulcro, así el alma, cuando peca, muere a la vida de la gracia, y su paradero es el sepulcro del infierno. De ahí que el pecado grave lo llamemos mortal, pues mata el alma del que lo hace: El alma que pecare. morirá (Ez. 18,20).

He dicho que su paradero es el sepulcro del infierno. ¿Y qué es el infierno?

Un lugar donde los que mueren en pecado padecen eternamente: Estos irán al fuego eterno (Mt. 24,46).

¿Y qué tormentos hay en el él?

Respondo: todo género de males; allí estará el condenado penando en un mar de llamas, presa de todo género de dolores, desesperado y abandonado de todos por eternidades sin fin.

7. Pero ¿cómo es posible que por un solo pecado mortal haya de padecer el alma eternamente?

Quien así pensara demostraría no entender lo que quiere decir pecado mortal. Es el pecado mortal, según definición de Santo Tomás, un *apartamiento del bien inmutable*. Por eso dice Dios al pecador: *Tú me abandonaste y me volviste las espaldas* (Jer. 15,6). Es un desprecio que a Dios se le hace: *He criado hijos y los he engrandecido, y ellos me han menospreciado*. (Is. 1,2). Es mancillar la honra de la divina Majestad: *Con tu prevaricación de la Ley deshonras a Dios* (Rom. 2,23). Es como decirle al Señor: «me voy de tu servicio»: *Quebraste mi yugo, rompiste mis coyundas y me dijiste; «no quiero servir»*. (Jer. 2,20).

He ahí lo que significa el pecado mortal. Por donde se comprenderá ser poca cosa un infierno, cuando ni cien mil bastarían a castigarlo. Quien sin motivo injuria a un esclavo merece ciertamente castigo; pero más si el ofendido es un señor, un príncipe, un rey. Ahora bien, ¿qué son todos los reyes de la tierra y los bienanveturados todos del cielo en comparación de Dios? Son como nada: *Todas las naciones en presencia suya como si no fueran* (Is. 40,17). Pues ¿qué castigo no merecerá una ofensa hecha a Dios y, lo que es más, a un Dios que ha muerto por nuestro amor?

8. Pero aquí hay que notar que para que exista pecado requiérense tres cosas: advertencia plena, consentimiento perfecto y gravedad de materia. Faltando una sola de estas condiciones, no hay pecado, o, si lo hay, será venial nada más.

9. El pecado venial no inflige al alma la muerte, pero sí una herida. No disgusta a Dios gravemente, pero le disgusta. No es un mal tan grande como el pecado mortal, pero sobrepasa todos los males que

pueden afligir a las criaturas. Mayor mal es una mentira, una ligera imprecación, que si todos los hombres y todos los santos y todos los ángeles fuesen lanzados al infierno.

De los pecados mortales, unos son deliberados, otros indeliberados.

Los *indeliberados*, es decir, que se hacen sin plena advertencia o sin consentimiento perfecto, tienen menos culpabilidad, y en ellos todos los hombres caen. Sólo María Santísima, según dijimos, tuvo en esto privilegio de exención.

Más culpabilidad encierran los veniales deliberados, cometidos a plena voluntad y a sabiendas; y más todavía si hay en el corazón apego a los mismos, como en ciertos sentimientos de rencor, en ciertos deseos ambiciosos, en ciertos afectos ya arraigados y en cosas semejantes. Decía San Basilio: *¿Quién se atreverá a llamar pequeño ningún pecado?* Basta saber que es ofensa de Dios para que tratemos de evitarlo sobre cualquier otro mal.

Santa Catalina de Génova, habiendo contemplado en visión la fealdad de un pecado venial, maravillábase de no haber muerto de horror. Y téngase entendido que quien no hace cuenta de los pecados veniales corre peligro, si no se enmienda, de caer en algun pecado mortal. A medida que en el alma se multiplican los pecados veniales, ésta se debilita, cobra fuerzas el demonio y disminuyen las gracias de Dios. Por eso, *el que desprecia las cosas pequeñas, poco a poco caerá.* (Eclo. 19,1)

10. Atendamos, pues, a evitar el pecado, ya que de él únicamente podemos esperar desdichas en esta vida y en la otra. Demos gracias a la misericordia del

Señor, que no ha querido castigar nuestras culpas enviándonos al infierno, y de hoy en adelante cuide-mos con esmero la salvación de nuestra alma, convencidos de que siempre será poco cuanto hiciéremos por salvarla.

11. Cuenta a este propósito San Agustín que, hallándose el emperador Graciano en la ciudad de Trévesis. dos oficiales de su corte paseando por las afueras de la ciudad vinieron a dar en una cabaña en que habitaban ciertos monjes, siervos de Dios. Allí hallaron un códice con la vida de San Antonio Abad. Se puso a leer en ella uno de los cortesanos, el cual, lleno repentinamente del espíritu de Dios. dijo a su compañero: «Amigo, después de pasar nosotros tantos trabajos y fatigas, ¿a qué podemos aspirar en este mundo ? Cuando más, a conseguir la privanza del emperador. Y supuesto que logremos tenerla, ¿cuándo llegará ese día ? En cambio la amistad de Dios ahora mismo, si queremos, la podemos alcanzar.» Y dicho esto, continuó su lectura hasta que movido más poderosamente por Dios, el cual en aquel instante le hizo comprender la vanidad del mundo, exclamó: «Está Bien; quiero abandonarlo todo y salvar mi alma; desde ahora mismo resuelvo quedarme en este monasterio para pensar únicamente en servir a Dios. Si tú amigo mío, no quieres seguirme, ruégote que por lo menos no te opongas a mi determinación.» El compañero respondió que también él se quedaba, y así lo hicieron.

Dos jóvenes doncellas prometidas a los dos en matrimonio, no bien supieron el cambio obrado en ellos, dejaron igualmente el mundo y consagraron al Señor su virginidad.

12. Pero para salvarse no basta con haber comenzado, es preciso perseverar. Y para perseverar debemos permanecer en humildad desconfiando siempre de nuestras propias fuerzas, confiando sólo en Dios y pidiéndole constantemente la gracia de la perseverancia.

¡Pobre del que confía en sí mismo engreído con sus propios meritos!

Refiere Paladio de un solitario que en el desierto se pasaba los días y las noches en oración y hacía vida tan penitente que se atrajo la admiración de las gentes. Pero el infeliz puso los ojos en sí mismo y, mirando a sus virtudes, daba ya por segura su perseverancia en el bien y la salvación de su alma. Más he aquí que, apareciéndosele el demonio en forma de mujer y habiéndole tentado a pecar, no supo el desgraciado resistir, y pecó. Apenas realizado el pecado, huía de allí el demonio soltando una estrepitosa carcajada. El solitario abandonó el desierto, y tornó al siglo y se entregó en cuerpo y alma a todos los vicios, enseñándonos por aquí cuán temerario sea confiar en nuestras propias fuerzas.

PRIMER MANDAMIENTO

No tendrás más Dios que a Mí
(Ex., 20,3)

1. *Obliga este Mandamiento* a tributar a Dios el culto y el honor que le es debido.

Quién sea este Dios no podemos nosotros comprenderlo; pero bástenos saber que es un Ser:

Independiente. Todo depende de El, y El no depende de nadie. Consecuentemente, tiene en sí todas las perfecciones, pues no hay quien pueda limitárselas.

Omnipotente. Puede todo cuanto quiere. A un simple ademán de su voluntad brotó el mundo de la nada.

Creó primero los cielos y los ángeles. A éstos los hizo espíritus puros y en estado de gracia.

Pero Lucifer, movido por la soberbia, negóse a acatar el mandato de adorar al Hijo de Dios que había de hacerse hombre; y, rebelándose contra el Señor, arrastró consigo una tercera parte de los ángeles. Todos los cuales fueron al punto arrojados del cielo por el poder de San Miguel y sepultados en el infierno.

Estos son los que llamamos *demonios*, que nos tientan a pecar para hacernos compañeros de sus tormen-

tos. Y ¡ay, pobres de nosotros, impotentes para resistir a sus tentaciones, si Dios no estuviera de nuestra parte con sus auxilios! Auxilios que El nos quiere dar, pero a condición que se los pidamos apenas sentimos los ataques del tentador.

Los ángeles que permanecieron fieles a Dios fueron admitidos inmediatamente a gozar de la gloria celestial. A estos ángeles encomendó luego el oficio de custodios nuestros: *Mandó a sus ángeles que cuidasen de ti, los cuales te guardarán en cuantos pasos dieres.* (Sal. 91,11). Todos los días, por consiguiente, debemos dar gracias a nuestro Angel de la Guarda y pedirle que siempre nos asista, sin dejarnos ni un momento de su mano.

2. *Creó después el Señor la tierra y todas las cosas que hay en ella;* y finalmente al hombre, formando a nuestros primeros padres Adán y Eva, como antes dijimos.

Por donde se ve que Dios es el Señor de todo cuanto existe, pues todo lo ha hecho El. Y así como para crear las cosas le bastó un simple movimiento de su voluntad, así podría, si quisiera, volverlas a la nada.

Todo lo dicho se refiere al atributo de su omnipotencia.

Es, además, *sapientísimo*. Gobierna todas las criaturas sin ningún esfuerzo ni dificultad; ve y tiene presentes todas las cosas pasadas, presentes y futuras, y sabe todos nuestros pensamientos mejor aún que nosotros mismos.

Es eterno. Siempre ha sido y siempre será; no tuvo principio ni tendrá fin.

Es santo. Santo en todas sus obras, incapaz de hacer mal ninguno.

Es justo. No deja obra mala sin castigo ni buena sin recompensa. Añadamos que es todo compasión con los pecadores arrepentidos y todo amor con las almas que le aman.

En suma, que Dios es el Bien infinito, de suerte que ya no puede ser mejor ni más perfecto de lo que es.

3. Pues bien; a este Dios, que nos creó y nos conserva, es a quien debemos amar y reverenciar. Amor y reverencia que debemos darle practicando principalmente las tres virtudes teologales: fe, esperanza y caridad. *Por la fe, la esperanza y la caridad* —dice San Agustín— *debe ser Dios honrado.*

§ 1.—De la Fe

4. La fe es un don divino, una virtud infusa que Dios comunica a nuestras almas en el Bautismo, por la cual creemos las verdades que el mismo Dios reveló a la Santa Iglesia y que la Iglesia, a su vez, nos propone a creer.

Con el nombre de *Iglesia* se significa la congregación de todos los bautizados que profesan la verdadera fe, bajo una cabeza visible que es el Papa (1 bis).

Dícese de los *bautizados*, para excluir a quienes no habiendo aún recibido el bautismo no pertenecen a la Iglesia.

Dícese *que profesan la verdadera fe*, para excluir a los herejes, los cuales, aunque, como bautizados,

(1 bis) Véase el Apéndice a este capítulo, donde se estudia a la iglesia en su aspecto interno, esto es como *Cuerpo místico de Cristo*.

pertenecen a la Iglesia, son miembros separados de ella.

Y se dice *bajo una cabeza visible, etc.*, para excluir a los cismáticos, los cuales no están bajo la obediencia del Papa. Estos fácilmente pasan de cismáticos a ser herejes. Con razón escribe San Cipriano: «Brotaron las herejías y naicieron los cismas por no someterse al Sacerdote de Dios (al Papa), y por no tener presente que en la Iglesia no hay más que uno que a la vez que sacerdote es también juez, en lugar de Jesucristo» (*Epist. a Cornelium*).

5. *Todas las verdades reveladas se contienen en las Sagradas Escrituras y en la Tradición Apostólica* que poco a poco fué comunicando Dios a sus siervos.

Pero ¿cómo sabríamos con certeza cuáles son las verdaderas tradiciones, cuáles las verdaderas Escrituras y cuál el verdadero sentido de las mismas si no tuviésemos la Iglesia, que nos lo enseña?

La iglesia ha sido establecida por Jesucristo como columna y fundamento de la verdad (1 Tim. 3,15). A ella ha prometido el mismo Salvador nuestro que nunca se verá dominado por sus enemigos: *Las puertas del infierno no prevalecerán sobre ella* (Mt. 16,18). Las puertas del infierno son las herejías y los herejarcas, que han abierto el camino a tantas almas engañadas. Y esta Iglesia es la que a nosotros nos indica por medio de sus ministros las verdades que debemos creer. *Yo no creería en el Evangelio —dice San Agustín— si a ello no me moviese la autoridad de la Iglesia católica.*

6. Por manera que *el motivo de creer nosotros las verdades de la fe es que Dios, Verdad infalible, las ha revelado a su Iglesia, y que la Iglesia nos las*

propone como reveladas. Si queremos, pues, formular el acto de fe, diremos: «Dios mío, porque sois verdad infalible y habéis revelado a la Iglesia las verdades de la fe, yo creo todo lo que la Iglesia me propone a creer».

7. Veamos ahora qué cosas son las que debemos creer.

Entre los artículos de la fe, los principales son cuatro: 1. *Que Dios existe.* 2. *Que Dios es remunerador,* es decir, que premia con la gloria eterna del cielo a los que guardan sus mandamientos y castiga a los que no los guardan con las penas eternas del infierno. 3. *Que en Dios hay tres personas, Padre, Hijo y Espíritu Santo,* las cuales, aunque distintas entre sí, no son sino un solo Dios, pues las tres son una sola esencia y una sola divinidad. De manera que así como el Padre es eterno, omnipotente e inmenso, así igualmente es eterno, omnipotente e inmenso el Hijo, y lo mismo el Espíritu Santo. El Hijo es engendrado por la mente del Padre. El espíritu Santo procede de la voluntad del Padre y del Hijo por el amor con que los dos mutuamente se aman. 4. *La encarnación del Verbo eterno,* esto es, de la segunda persona de la Santísima Trinidad, que es el Hijo. El cual, por obra del Espíritu Santo, se hizo hombre en el seno de la Virgen María. Asumió el Verbo nuestra humanidad de tal manera que las dos naturalezas, la humana y la divina, se unieron en una sola persona, que es Jesucristo, el cual padeció y murió por nuestra salvación.

Pero ¿que necesidad había de que Jesucristo padeciese por salvarnos? Mirad: el hombre había pecado. Para obtener el perdón era preciso que el hom-

bre diese a Dios una justa satisfacción. Más ¿qué satisfacción condigna podía ofrecer el hombre a la infinita majestad de Dios? Y Dios, entonces, ¿qué hizo? Enviar su propio Hijo a hacerse hombre. Y este Hijo, que fue Jesucristo, siendo verdadero Dios y verdadero hombre, satisfizo por el hombre a la divina justicia.

Ved por aquí cuán obligados estamos a Jesucristo y cuánto amor le debemos.

8. Hay artículos de la fe que debemos creer *por necesidad de medio*, es decir, que la ignorancia de cualquiera de ellos haría absolutamente imposible nuestra salvación.

Otros se han de creer *por necesidad de precepto*, es decir, que es obligatorio creer en ellos; pero si acontece que alguien los ignora inculpablemente, esta ignorancia ni es pecado ni es obstáculo para la salvación eterna.

Los dos primeros artículos anteriormente dichos; a saber: que *Dios existe y que es justo remunerador*, son ciertamente de *necesidad de medio*, conforme dice el Apóstol: *Sin fe es imposible agradar a Dios. Por cuanto el que se llega a Dios debe creer que Dios existe y que es remunerador de los que le buscan* (Hech. 11,6).

Los otros dos; a saber: *la trinidad de Personas y la encarnación del Verbo*, son para algunos autores de necesidad de precepto y no de medio; de suerte que el que los ignore con ignorancia inculpable puede, no obstante, salvarse. Pero, según sentencia más común y fundada, deben creerse explícitamente por necesidad de medio. En todo caso, es cierto —por declaración del Papa Inocencio XI al condenar la pro-

posición 64— que no puede ser absuelto sacramentalmente quien desconozca estos dos misterios de la Santísima Trinidad y de la Encarnación.

9. *Por necesidad de precepto, pero bajo pecado mortal, hay que saber y creer los demás artículos del Credo, al menos los principales, como son:*

1º. *Que Dios creó el cielo y la tierra y que conserva y gobierna todas las cosas.*

2º. *Que María Santísima es verdadera Madre de Dios y que permaneció siempre virgen;*

3º. *Que Jesucristo, después de muerto, resucitó al tercer día por su propia virtud. Que subió a los cielos, donde, aún en cuanto hombre, está sentado a la diestra de Dios Padre, es decir, que posee establemente una gloria igual al Padre.*

Decimos que *aun en cuanto hombre*, y os lo explicaré. Jesucristo, *en cuanto Dios, es igual en todo al Padre; en cuanto hombre, es inferior a El.* Pero como quiera que nuestro Salvador —según declaramos anteriormente— junta a la vez en una única persona el ser de hombre y el ser de Dios, de ahí que en el cielo la Humanidad de Jesucristo tenga una gloria y majestad igual a la del Padre, no por propia dignidad, sino por estar unida a la persona del Hijo de Dios. Cuando el rey se sienta en el trono, en el trono está también la púrpura regia que aquél lleva sobre sus hombros; de la misma manera la Humanidad de Jesucristo, aunque de suyo no esté a la altura de Dios, sin embargo, por el hecho de estar unida a una Persona divina, ocupa el mismo trono que Dios, tiene la misma gloria que Dios.

10. 4º. *Que al fin de los tiempos todos los hombres resucitarán y serán juzgados por Jesucristo.*

5°. *Que nuestra iglesia católica romana es la única Iglesia verdadera y es necesaria para la salvación.* El Vaticano II teniendo presente las palabras de Cristo sobre la necesidad de la fe y del bautismo para salvarse (Mc. 16,16; Jn. 3,37), concreta así esta cuestión, afirmando el hecho de que “*quienes sabiendo y conociendo la necesidad de la Iglesia, no quieran entrar o perseverar en ella, no pueden salvarse*” (Lg. 14).

6°. *La comunión de los Santos*, por la que todo fiel cristiano, mientras se halla en gracia de Dios, participa de los méritos de todos los justos, así de la Iglesia peregrinarse como de la Iglesia celeste o triunfante.

7. *La remisión de los pecados*; de manera que si estamos verdaderamente arrepentidos de nuestras culpas, todas se nos perdonan en el tribunal de la Penitencia.

8. Finalmente, *la vida eterna*; esto es que quien muere en gracia de Dios, se salva y es llevado al lugar de los bienaventurados, donde gozará de Dios eternamente; mientras que, por el contrario, quien muere en pecado mortal, es enviado a las eternas penas del infierno.

11. Además de lo dicho, *todo cristiano debe saber los Mandamientos de Dios y de la Iglesia*; y cada cual —clérigo, hombre casado, magistrado, médico, etc.— debe saber las obligaciones principales de su estado o profesión.

12. *Todos igualmente deben conocer y creer los siete Sacramentos y sus efectos* : los del Bautismo, Confirmación, Penitencia y Eucaristía, siempre;

los de los restantes cuando llegue la ocasión de recibirlos.

Todos deben saber el *Padrenuestro*.

¿Y qué es el *Padrenuestro*? Una oración que Jesucristo mismo compuso y nos dio para que supiéramos pedir las gracias más necesarias para nuestra salvación.

Una noche San Hugo, obispo de Grenoble, prostrado en su cama por la enfermedad, llevaba rezados ya trescientos *Padrenuestros*, cuando el paje que le servía, temiendo que el repetir tantas veces lo mismo pudiese perjudicar a su salud, le aconsejó echar un poco el freno. Mas el Santo se negó a ello diciendo que cuanto más repetía el *Padrenuestro* sentía mayor alivio en sus males.

Conviene sobre todo repetir aquellas palabras: *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo; ya que la mayor gracia que Dios puede darnos es la de hacer en esta vida su voluntad santísima; y aquellas otras: Y no nos dejes caer en la tentación*, pidiendo que el Señor nos libre de aquellas tentaciones en las que, ya El sabe bien, sucumbiríamos.

Y junto con el *Padrenuestro*, el *Ave María* que es la mejor manera de encomendarse a la Madre de Dios, por cuyas manos nos llegan, como asegura San Bernardo, todas las gracias que Dios dispensa a los hombres.

Todos deben saber que *existe el purgatorio*, en el cual se satisface la pena temporal que merecieron nuestros pecados y que no se pagó durante la vida.

Esta verdad debe movernos a rezar y ofrecer sufragios en favor de las benditas ánimas que se hallan en el purgatorio, cuyas penas estamos obligados a aliviar, ya que, por una parte, los males que pade-

cen son gravísimos (el más pequeño de ellos sobrepasa todos los dolores de la vida presente), y, por otra, las almas no pueden valerse por sí mismas. Si tropezáramos a un podre desgraciado en gravísimo aprieto y estuviera en nuestras manos ayudarlo fácilmente, ¿no es verdad que nos creeríamos en la obligación de socorrerlo? Pues así debemos socorrer también por lo menos con nuestras oraciones, a las ánimas benditas.

13. Y todos, finalmente, deben saber que es muy buena y provechosa para nosotros la invocación de los Santos, principalmente de María Santísima. Esto es verdad de fe declarada por el Concilio de Trento (Ses. 25), al condenar la doctrina del impío Calvino, para quien era ilícito recurrir a los Santos y pretender por su intercesión los divinos auxilios necesarios para la salvación. No es que digamos que Dios no pueda salvarnos sin la ayuda de los Santos, sino que así lo exige el orden establecido por Dios, el cual quiere que, mientras vivamos en este mundo, nos dirijamos a El por medio de las súplicas de los Bienaventurados. «Esto —dice Santo Tomás— exige el orden de la divina Ley, que nosotros, mientras habitamos en este cuerpo peregrinos de Dios, tornemos a El por la mediación de los Santos». Lo mismo enseñan otros doctores.

Por la misma razón debemos venerar también sus reliquias, así como las cruces y toda imagen sagrada.

14. Antes de pasar adelante, quiero responder a lo que alguno podría objetarme.

—Dicen que es clara la verdad de nuestra fe. ¿Clara, cuando tantos de sus misterios (la Santísima Tri-

nidad, la Encarnación del Verbo, la Eucaristía, etc.) son para nuestra inteligencia tan oscuros e incompresibles?

Respondo: Las verdades que la Fe nos propone son oscuras, pero no lo es la verdad en sí misma de la Fe, la cual costa con toda certeza por las pruebas que de ella tenemos.

Las verdades de la Fe son oscuras, y el mismo Dios quiere que lo sean; primero, porque este es el obsequio que Dios exige de nosotros; que todo cuanto El nos ha revelado lo creamos sin comprenderlo; y, en segundo lugar, para que creyendo lo que no entendemos, merezcamos. ¿Qué mérito tendría el hombre en creer lo que ve y entiende? “Se pierde el mérito de la fe —dice San Gregorio— cuando la verdad que admitimos es demostrable por la humana razón.»

Y si nosotros no llegamos a comprender ni siquiera los secretos del mundo material: por qué el imán atrae al hierro; por qué un grano de trigo puesto en tierra produce otros muchos; el poder del rayo; las leyes del mundo sideral, ¿nos maravillaremos de no alcanzar con nuestras luces los misterios sobrenaturales?

15. Sí, las verdades de la Fe son ocultas.

Pero la Fe es cierta, se funda en pruebas tan evidentes que habrá que tener por loco a quien no la abraza. Estas pruebas son múltiples.

a) En primer lugar, *las profecías* que los Libros Santos consignaron en siglos remotos y que posteriormente tuvieron realización punto a punto. Desde mucho tiempo atrás anunciaron los profetas —entre ellos Dabid, Daniel, Ageo y Malaquías— no

sólo el hecho, sino hasta las circunstancias de la muerte de nuestro Redentor. Anunciaron cómo los judíos, en castigo por la muerte que dieron a Jesucristo, perderían el templo y la patria y, ciegos en su pecado, se verían dispersos por toda la tierra. Y todo, como sabemos, se ha cumplido. Anunciaron que a la muerte del Mesías seguiría la conversión del mundo; empresa que realizaron los Apóstoles, quienes sin letras, sin blasones, sin dinero, sin amparo de nadie, antes bien, con la oposición de los más poderosos de la tierra, convirtieron el mundo, induciendo a los hombres a abandonar sus falsas divinidades y sus vicios inveterados, y a abrazar una fe que exige la creencia de tantos misterios incompresibles e impone la práctica de leyes tan difíciles y opuestas a nuestros diversos apetitos, como amar a los enemigos, privarse de los placeres sensuales, sufrir los desprecios y poner el corazón, no en los bienes visibles de esta vida terrena, sino en los invisibles de la vida futura.

16. Otra prueba evidente de nuestra fe son los *milagros* obrados por Jesucristo, por los Apóstoles y por otros muchos Santos en presencia de sus mismos enemigos; quienes, no pudiendo negar tales prodigios, achacábanlos a arte diabólica; cuando lo cierto es que hacer verdaderos milagros como esos que sobrepasan las fuerzas naturales: resucitar muertos, dar vista a los ciegos y otros semejantes (como podemos leer en los evangelios)— no es cosa del demonio, el cual no tiene poder para ello; y cierto también que Dios no puede permitir un milagro sino en confirmación de la verdad y nunca en favor de la mentira, porque en este caso se engañaría a Sí mismo. Y así, los verdaderos milagros que todavía ve-

mos entre nosotros (baste el milagro de San Jenaro) son prueba segura de nuestra fe.

17. También lo es, y grande, *la fortaleza de los mártires*. En los primeros siglos de la Iglesia, y bajo el poder de tiránicos perseguidores, se vio a millares de cristianos —y entre ellos multitud de tiernas doncellas y niños— que, antes que renegar de Jesucristo, corrieron alegremente a los tormentos y a la muerte. Escribe Sulpicio Severo que en tiempo de Diocleciano iban espontáneamente los mártires en busca del juez, deseando el martirio con más ardor que los hijos del mundo los honores y riquezas terrenales.

Célebre en la historia es el martirio de San Mauricio con toda la legión Tebea. Había ordenado el emperador Maximiano que todo su ejército asistiera al sacrificio nefando que ofrecía a los dioses del imperio, a fin de tenerlos propicios en la expedición militar que iba a emprender. Se negaron Mauricio y su tropa, pues todos eran cristianos. Sabedor de ello el emperador, mandó que en castigo de tan grande rebeldía fuesen diezmados, esto es, que por cada diez legionarios uno fuese decapitado. Todos deseaban les tocara la suerte de morir; de manera que los que quedaron con vida envidiaban a los que ya por Cristo la habían sacrificado. Supo esto el emperador y ordenó la diezmada por segunda vez, con lo que se reavivó en todos el deseo de la muerte. Hasta que, para terminar de una vez, no tuvo el tirano más solución que la de disponer fuesen degollados en masa. Todos entonces se descñeron alegremente las armas y se dejaron matar como mansos corderos, sin la menor resistencia y con demostraciones de júbilo.

§ 2.—De la Esperanza

20. Otra de las virtudes teologales que Dios infunde en el alma es la Esperanza por la cual esperamos de la divina misericordia con confianza absoluta la felicidad eterna por los méritos de Jesucristo, y mediante nuestras buenas obras, hechas con el auxilio de Dios.

Objeto primario de la Esperanza es la vida eterna, es decir, Dios mismo, del cual esperamos gozar.

Objeto secundario son los medios para conseguir la eterna bienaventuranza, a saber, la gracia divina y las buenas obras que, con el auxilio de esa misma gracia, realizamos.

Los motivos de la Esperanza son: a) *La omnipotencia* de Dios, que puede salvarnos; b) su *misericordia*, que quiere salvarnos; c) su *fidelidad* a la promesa que ha hecho de que nos salvará por los méritos de Jesucristo, si así nosotros se lo pedimos. He aquí la promesa: *En verdad, en verdad os digo, cuanto pidiéreis al Padre en mi nombre, os lo dará.* (In. 16,23). Sin esta promesa, ningún fundamento tendríamos para esperar de Dios la salvación ni los medios a ella conducentes.

21. Pero si Dios es nuestra esperanza, ¿cómo es que la santa Iglesia hace que invoquemos a la Santísima Virgen diciendo *¡Salve, esperanza nuestra!*?

Preciso es distinguir: Dios autor de la gracia y fuente de todo bien, es nuestra esperanza como *causa principal*. María es también esperanza nuestra, *en cuanto que es medianera* entre Jesucristo y los hombres. Por eso San Bernardo, hablando con María le dice: «Por Ti, oh descubridora de la gracia y madre de salvación, tenemos acceso a tu Hijo Jesús; de suerte que el que

por tu medio se nos dió por tu medio nos recibe». Queriendo con esto decir que así como no podemos llegar al Padre sino a través de su Hijo Jesucristo, que es mediador de justicia, así no podemos llegar al Hijo sino a través de la Madre, que es mediadora de la gracia y la que con su intercesión hace llegar hasta nosotros los bienes que Jesucristo nos mereció. De ahí que San Bernardo llame a María «Toda la razón de mi esperanza» y que la Iglesia quiera que la invoquemos diciendo: *¡Vida, dulzura y esperanza nuestra, salve!*

22. ¿Cómo se peca contra la esperanza?

1.º Desesperando de la divina misericordia. Así pecó Caín, cuando después de dar muerte a su hermano Abel, exclamaba: *Mi iniquidad es tan grande que no puedo tener perdón (Gén. 4,13)*. ¡Como si Dios no hubiera podido perdonarle, caso de haberse él arrepentido!, cuando el mismo Dios es quien ha dicho: *Volveos a Mí y yo me volveré a vosotros (Zac. 1,3)*.

2. Presumiendo salvarse sin contar con el auxilio divino o pretendiendo alcanzar misericordia sin romper antes con el pecado. El que en la lucha contra las tentaciones se apoya en sus propias fuerzas, no recibirá auxilio de Dios y será vencido. Para triunfar del tentador debemos recurrir al punto y confiadamente a Dios. *Nadie que en El espere —dice David— pecará (Sal. 91,14)*. El mismo Dios lo asegurará por estas palabras: *Porque confió en Mí, yo le libraré (Sal. 34,23)*.

23. ¿Y cómo se hace el acto de esperanza?

Así: «Dios mío, confiando en vuestras promesas, porque sois poderoso, fiel y misericordioso, espero

por lo méritos de Jesucristo la gloria del paraíso y los medios que necesito para alcanzarla.»

24. Necesaria es la Esperanza para salvarse; pero la sola esperanza no basta; es necesaria la cooperación de nuestras buenas obras.

Vemos cómo los Santos llegaron hasta a dejarlo todo para conseguir su eterna salvación. Cuenta San Juan Damasceno en la *Vida del monje Josafat*, hijo de un rey de la India y sucesor suyo en el trono, que, iluminado por luz celestial y deseoso de asegurar la salvación eterna de su alma, despreció todos los bienes y delicias de la tierra, huyó del palacio real y ocultamente se largó al desierto, donde pasó toda su vida en continua oración y penitencia. A su muerte vieron ángeles llevar su alma bendita al paraíso.

Oíd también lo que hizo una mujer —según refiere el historiador Sócrates— por el afán de ganarse el cielo. Valente emperador arriano, había ordenado al prefecto de la ciudad de Edesa, en Mesopotamia, castigar con la muerte a todos los católicos que se reunían en la basílica del Apóstol Santo Tomás para practicar sus devociones. Cuando ya el prefecto se dirigía a ejecutar el bárbaro mandato con un pelotón de soldados., irrumpió entre ellos una mujer llevando un hijito suyo en los brazos. Preguntaba que a dónde iba con tanta prisa, repondió: «Voy a la reunión de los católicos.»

—Pero ¿no sabéis —dijo el prefecto— que tengo orden de matarlos a todos?

—Precisamente por eso corro allá con este único hijo de mis entrañas, para tener la suerte de morir por Jesucristo e ir a gozar de El en el cielo.

El prefecto contó el caso al emperador y que to-

dos, igualmente, estaban dispuestos a morir. Entonces el emperador, considerando que no era cosa de matar en un momento tan gran multitud, retiró su sangriento mandato.

§ 3.— De la caridad

25. La caridad es una virtud infusa, que nos mueve a amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos, porque Dios así lo dispone.

El motivo, pues, de la Caridad es la infinita bondad de Dios, por la cual merece ser amado en Sí mismo, aun cuando no hubiera premio para el que ama, ni castigo para el que no le ama.

Viajando San Luis, rey de Francia, vio venir por el camino una señora que en una mano traía un hachón encendido y en la otra un cántaro de agua. Preguntada qué pretendía con ello respondió: «Quisiera con esta tea reducir a ceniza el cielo y extinguir con esta agua el fuego del infierno, para que así los hombres amen a Dios no por la esperanza del premio ni por el temor del castigo, sino sólo por lo que en sí mismo merece ser amado.»

* * *

26. Veamos ahora la manera de ejercitarnos en estos actos de Fe, Esperanza y Caridad.

1.º El acto de Amor de Dios debemos repetirlo con más frecuencia que los de fe y esperanza. Dice el Señor en la Escritura que el Mandamiento de su amor debemos meditarlo siempre, así estando en casa como yendo de viaje, así al acostarnos como al levantarnos. Y añade que debemos traerlo en las manos y ante los ojos y escribirlo en las puertas de

nuestra casa (Dt. 6, 6-9). Todo lo cual significa la obligación que tenemos de hacer a la continua actos de amor de Dios; y la razón es que difícilmente podrá observar este mandato divino quien no se ejercite con frecuencia en amar a Dios. Decía Santa Teresa que los actos de amor son leña que mantiene encendido en nuestros corazones el santo fuego de la divina caridad.

A juicio de algunos autores, debemos hacer actos de amor a Dios por los menos cada día; según otros, cada semana; yo juzgo que como mínimo deben hacerse una vez al mes. Es conveniente, sin embargo, que el cristiano no debe pasar un solo día sin hacer estos actos de Fe, de Esperanza y de Amor a Dios.

27. 2.º También el acto de amor al prójimo deberá hacerse formalmente por lo menos cada mes. Y esto por la misma razón de antes: que no ejercitando esos actos a menudo, difícilmente practicaremos con el prójimo el amor que le debemos.

En cuanto a este amor al prójimo, conviene saber que el Papa Inocencio XI condenó la proposición que decía: «No estamos obligados a amar al prójimo con *acto interno y formal*. Proposición condenada, porque es innegable que debemos amar al prójimo no sólo externamente, más también con acto interno y formal de nuestro corazón. Y así peca quien se complace en su daño o se entristece por su bien.

28. Esto significa el mandamiento: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo* (Mt. 22,39). No obstante, si alguno viese con gusto o deseara males temporales sobre algún obstinado pecador, a fin de que se arrepienta, o no siga siendo piedra de escándalo, o deje de oprimir al inocente, ese tal no pecaría, co-

mo enseña San Gregorio, diciendo: «Puede acontecer muchas veces, sin detrimento de la caridad, que la ruina del enemigo nos alegre, y que nos afija su triunfo: lo uno, porque esperamos que tal ruina sirva de merecida exaltación de algunos buenos, y lo otro, porque tememos que tal triunfo traiga a muchos de éstos opresión injusta».

Por el contrario, peca quien se alegra de la muerte o de cualquier otro mal del prójimo por la esperanza de algún bien temporal que de ello le pueda venir a él. Pero adviértase que una cosa es alegrarse de la causa que origina el provecho y otra alegrarse del efecto o provecho en sí mismo. Lo primero es ilícito; lo segundo es permitido, y así, en el caso citado, bien puede el hijo alegrarse de la herencia adquirida por causa de la muerte del padre.

29. Estamos, pues, obligados a amar al prójimo con amor interno, y, según antes dijimos debemos hacer siquiera una vez al mes actos de amor a nuestros semejantes. De las obras externas de este amor hablaremos luego.

30. 3.º Veamos ahora la manera de formular todos estos actos de que venimos hablando.

ACTO DE FE: *Dios mío, porque sois verdad infalible y habéis revelado a la Iglesia a las verdades de la fe, yo creo todo lo que la Iglesia me propone a creer. Creo especialmente que Vos sois mi Dios, creador y señor de todas las cosas. Creo que por una eternidad premiáis a los justos con el paraíso y castigáis a los pecadores con el infierno. Creo que Vos sois uno en esencia y trino en personas: Padre, Hijo y Espíritu Santo; tres personas y un solo Dios. Creo que la segunda persona, que es el Hijo, se hizo hombre,*

fue crucificado y resucitó por salvarnos a nosotros pecadores.

Esto en lo que se refiere a los cuatro misterios principales que debemos creer de necesidad de medio.

Hagamos ahora el acto de la fe acerca de las verdades que debemos creer de necesidad de precepto.

Creo, asimismo, que María Santísima es verdadera Madre de Dios y siempre Virgen. Creo que Jesucristo, después de su muerte, resucitó al tercer día por su propia virtud y que al cabo de cuarenta días subió a los cielos, donde está sentado a la diestra de su eterno Padre, es decir, igual a El en gloria y majestad. Creo que Jesucristo, al fin de los tiempos, cuando resuciten todos los hombres, ha de venir a juzgarlos. Creó que la Iglesia católica romana es la única verdadera, fuera de la cual no hay salvación. Creo en la Comunión de los Santos, por la que todo fiel cristiano, estando en gracia de Dios, participa de los méritos de todos los justos. Creo que Dios perdona los pecados a todo pecador arrepentido. Creo en todos los Sacramentos y que por ellos se nos comunica la gracia de Jesucristo. Creo en los diez Mandamientos del Decálogo. Creo, finalmente, todo lo que cree la Santa iglesia. Os doy gracias por haberme hecho cristiano y protesto que en esta santa fe quiero vivir y morir.

ACTO DE ESPERANZA: Dios mío, confiando en vuestras promesas, porque sois todo poderoso, fiel y misericordioso, espero por lo méritos de Jesucristo la gloria del paraíso y los medios para conseguirla, esto es, el perdón de mis pecados y la perseverancia final en vuestra divina gracia.

ACTO DE AMOR Y DE CONTRICION (ésta es

inseparable de aquél): Dios mío, porque sois bondad infinita y digno de infinito amor, os amo con todo mi corazón sobre todas las cosas, y por vuestro amor amo también a mi prójimo. Me arrepiento con todo mi corazón, ¡oh soberano Bien!, de haberos ofendido; y propongo, ayudado de vuestra divina gracia, la cual os ruego me concedáis ahora y siempre, morir antes que volver a ofenderos. Propongo además recibir los Santos Sacramentos en vida y en la hora de mi muerte.

31. 4º. Todo cristiano está obligado a hacer estos actos cuando llega al uso de la razón y cuando se halla en peligro de muerte. Durante la vida, hay que hacer, por lo menos una vez al mes, según queda dicho, actos de amor a Dios y al prójimo.

A los actos de fe y de esperanza, no estamos obligados con tanta frecuencia como lo estamos a los actos de amor. Con todo, hay ocasiones en que de una manera indirecta y *per accidens* estamos obligados a hacerlos, como cuando recibimos los Sacramentos o cuando, tentados gravemente contra la fe, la esperanza o la virtud de la pureza, podemos librarnos de estas tentaciones con sólo practicar dichos actos.

5.º Nosotros, por nuestra parte, fieles amadísimos, procuraremos hacer los actos del cristiano todos los días y el de amor a Dios todavía más a menudo, persuadidos de que quien no haya conseguido poner en su corazón amor a Dios, difícilmente perseverará en la divina gracia, pues dejar el pecado sólo por temor de los castigos es harto difícil y de poca duración.

Pidamos, pues, continuamente al Señor nos de su amor y no nos cansemos de hacer actos de amor, ya que tanto le agradan.

§ 4.—De la oración de súplica

32. Atendamos además en este Mandamiento a la obligación que tenemos de encomendarnos a Dios, a fin de poder con su ayuda triunfar de las tentaciones y perseverar en la gracia.

La de la perseverancia final, como declaró el Concilio de Trento (Ses. 6), no podemos merecerla por nosotros mismos. Es un don que Dios otorga gratuitamente a quien quiere, pero que indudablemente lo da a quien humilde y confiadamente se lo pide.

Es común sentir de los teólogos que esta oración de súplica es necesaria para todos de necesidad *de medio*, es decir que el que a Dios no invoca no puede perseverar en gracia ni, por lo tanto, salvarse. Por eso aseguran que cometería culpa grave quien pasara un mes entero sin encomendarse a Dios.

33. El Señor desea darnos sus gracias, pero quiere que se las pidamos: *Todo el que pide, recibe* (Mt. 7,8). Reparad en las palabras *todo el que*, las cuales dan a entender que, aun siendo pecador el que a Dios implora, alcanzará su gracia. *Todo el que*, «sive iustus, sive peccator» —dice el autor de la *Obra imperfecta*—, sea justo, sea pecador. Verdad es que el pecador no merece recibir gracia ninguna: pero afirma Santo Tomás que la fuerza de la plegaria no estriba en la dignidad del que reza, sino en la misericordia y fidelidad de Dios. Y El lo ha prometido: *Pedid y recibiréis* (Io. 16.24). Esta es palabra de Dios, y no puede faltar.

34. Conviene, sin embargo, notar que esta promesa está hecha solamente para las gracias espirituales y no para las temporales. Muy a menudo el Se-

ñor niégase a concedernos los bienes terrenos, como son riquezas, honores o salud corporal; y esto porque nos ama y sabe que dichos bienes perjudicarían a nuestra alma. Por eso, siempre que le pidamos gracias temporales, hagámoslo con resignación y con la condición de que convenga a nuestra salud eterna.

En cambio, los bienes espirituales del alma debemos perderlos absolutamente y sin condición, pero con confianza, con humildad y con perseverancia.

35. Con confianza. Jesucristo ha dicho: *Estad seguros de que recibiréis y tendréis cuanto pidiéreis* (Mc. 11,24).

Con humildad, porque Dios resiste a los soberbios y, en cambio, da su gracia a los humildes (Sant. 4,6).

Con perseverancia. Los divinos auxilios que necesitamos para nuestra salvación son muchos; deben formar una cadena de gracias que sólo Dios nos puede conceder; ahora bien, es preciso que a semejante cadena de gracias corresponda por nuestra parte una cadena de súplicas. Si nuestras súplicas se interrumpen, se interrumpen también los auxilios de Dios y estaremos perdidos. Y así como continuamente estaremos inclinados a ofender a Dios, así también debemos estar de continuo pidiéndole que nos ayude. Nuestra actitud habitual delante de Dios debe ser la de un pobre mendigo que suplica sin cesar: ¡Señor, ayúdame!; ¡Señor, asistidme!; ¡Tenedme de vuestra mano, concededme la perseverancia, dadme vuestro amor! Y esto debemos hacer desde por la mañana, al levantarnos y durante el día, cuando oímos misa y hacemos la visita al Santísimo Sacramento, y por la noche, antes de acostarnos; pero, sobre todo, en los momentos de tentación es cuando debemos re-

currir inmediatamente a la oración diciendo: *¡Dios mío, ayúdame!; ¡Santa Madre de Dios, venid en mi socorro!*

En una palabra, si queremos salvarnos es necesario tener siempre los labios abiertos para rogar a Jesucristo y a nuestra Madre la Virgen María, que alcanza de su Hijo cuanto quiere.

§ 5. Del amor al prójimo

36. El amor de Dios lleva consigo el amor al prójimo. *Quien ama a Dios* —escribe San Juan—, *ame también a su hermano* (1 Jn. 4,21). El que al prójimo no ama, tampoco a Dios amará.

Pero la caridad debe ser ordenada. A Dios debemos amar sobre todas las cosas. Después debemos amar al prójimo como a nosotros mismos. *Amarás a tu prójimo* —dice el Señor— *como a ti mismo* (Lc. 10,27); no más que a ti mismo. Por manera que no estamos obligados a preferir el bien del prójimo a nuestro propio bien sino cuando se dan estas dos condiciones; que el bien del prójimo sea de un orden superior y el prójimo se encuentre en extrema necesidad.

El orden de los bienes es el siguiente: En primer lugar, la vida espiritual del alma. Luego, la vida temporal del cuerpo. Después, la honra. Y finalmente, los bienes de fortuna.

Así, pues, si el prójimo está en extrema necesidad, estamos obligados a preferir el bien del prójimo de un orden superior, esto es, su salud espiritual a nuestra vida temporal; su vida temporal a nuestra honra; su honra a nuestros bienes materiales. Pero esto, como acabo de decir, únicamente cuando el próji-

mo se halla en extrema necesidad; de lo contrario, no estamos obligados a referir el bien del prójimo, aunque sea de orden más elevado. Y así, si yo me viera acometido injustamente por un asesino, puedo muy bien defenderme (si otro remedio no hubiese), matando al agresor, aun cuando muriendo él pierda la vida espiritual y se condene, porque ninguna necesidad tiene él de quitarme a mí la vida para salvar su alma.

37. Además, el precepto de la caridad nos obliga a amar a todos nuestros semejantes muertos en gracia de Dios; no así a los condenados; antes bien, a éstos debemos aborrecer como a eternos enemigos de nuestro Dios.

Debemos también amar a todo hombre mientras vive, aunque sea pecador y enemigo nuestro. Digo *aunque sea pecador*, pues aunque actualmente esté privado de la gracia de Dios, puede, sin embargo, reconciliarse con El y salvarse. Digo además que *aunque sea nuestro enemigo*, porque la Ley de Jesucristo es ley de amor. Quiere Dios que seamos amados de todos, hasta de nuestros enemigos; y quiere asimismo que nosotros amemos aun a aquellos que nos odian. Los paganos aman a quien los ama, pero los cristianos debemos amar también a los que nos quieren mal. Pero *Yo os digo: amad a vuestros enemigos; haced bien a los que os aborrecen y orad por los que os persiguen y calumnian* (Mt. 5,44).

Quien perdona a su enemigo, puede estar seguro de que Dios también le perdonará a él sus pecados. El mismo lo ha dicho: *Perdonad y seréis perdonados* (Lc. 6,37). Y al revés, no puede ser perdonado por Dios el que a otros no quiere perdonar. *Será juz-*

gado sin misericordia el que no la tuvo con los demás (Sant. 2,13). Y es que es justo que Dios no tenga compasión de quien tampoco se compadeció de sus semejantes. ¿Con qué derecho —dice San Agustín— esperas que Dios te perdone tus pecados, cuando tú no obedeces a ese Dios que te manda perdonar? ¿Tú quieres vengar la injuria que te han hecho? Pues Dios también la tomará de las muchas que le hiciste tú. Sepan los que siempre están dispuestos a cobrarse de cualquiera injuria que recibieren que viven en continuo estado de pecado mortal.

38. No fue ese el proceder de los Santos, sino que buscaron la manera de devolver bien por mal. A un asesino que había intentado quitarle la vida, le señaló San Ambrosio una pensión diaria con que pudiera vivir cómodamente. Santa Catalina de Siena quiso hacer durante largo tiempo los servicios de una verdadera criada con una mujer enferma, llamada Andrea, que, no contenta con injuriarla de mil maneras, había acabado por calumniarla. Y en la vida de *San Juan el Limosnero* se cuenta que un sobrino suyo, gravemente maltratado e injuriado por un mesonero de Alejandría, acudió con las quejas al Santo, el cual le habló así: «Pues ya que el fulano llevó tan lejos su osadía, yo le enseñaré su obligación y obraré con él de manera que toda la ciudad se llene de admiración.» Y ¿qué hizo? Ordenó a su mayordomo u oficial de tributos que en adelante no cobrase al dicho mesonero ni un céntimo de la renta anual que debía pagar. Esta fue la venganza del Santo, que, por cierto, dejó admirada a toda la ciudad.

¡Así se han vengado los Santos, y por eso llegaron a ser santos!

Por el contrario, ¡desgraciados aquellos que alimentan odios en su corazón!

39. Vengamos ahora a las obligaciones que impone el precepto de la caridad.

1.º La primera es amar a todos nuestros semejantes con amor interno y externo. Por consiguiente, debemos observar con todos, incluso con los enemigos, las muestras *ordinarias* de benevolencia que se usan en la convivencia de los hombres. Y así, aun tratándose de enemigos: *a)* debemos devolver el saludo si ellos nos saludan; *b)* saludaremos primero nosotros si se trata de un superior o persona de condición más elevada que la nuestra; *c)* adelantaremos también nuestro saludo, aun tratándose de inferiores, cuando el hacerlo no supone grave inconveniente para nosotros y pudiera contribuir a disipar la enemiga que se nos tiene.

A los que recibieron alguna injuria u ofensa y dicen perdonar al enemigo, pero a condición de que pague el castigo que todo malhechor merece, difícilmente les absolvería yo, pues será difícil persuadirse de que los tales (no habiendo alguna razón especial que los excuse) tienen el corazón exento del deseo de venganza.

40. *2.º La segunda obligación es la de hacer limosna siempre que el prójimo sea pobre, sobre todo vergonzante, y esté en nuestras manos el poderse la hacer. Lo que os sobra, dadlo en limosna* (Lc. 11,41); es precepto de Jesucristo.

Pero hay que distinguir. Si el pobre se halla en *necesidad extrema* de la vida, estamos obligados a socorrerlo con los bienes superficiales a la nuestra, esto es, con los bienes que no son necesarios para el

mantenimiento de nuestra vida. Si se halla *en necesidad grave*, debemos socorrerlo con los bienes superfluos a nuestro estado.

¡Oh, y qué grandes beneficios nos reporta el socorrer a los pobres! El arcángel San Rafael dijo a Tobías: *La limosna libra de la muerte, por ella se nos perdonan los pecados y hallamos la misericordia y la vida eterna* (Tob. 12,9). La limosna, pues, *nos libra de la muerte*; de la muerte eterna, se entiende, pues a la temporal todos debemos sucumbir. *Borra nuestros pecados*, es decir, nos atrae los divinos auxilios para limpiarnos de nuestras culpas. *Y nos abre el camino de la misericordia y de la vida eterna*, pues Dios, en atención a la misericordia que usamos con el prójimo, se mueve a ser misericordioso con nosotros y a darnos el paraíso. Por eso dice el Espíritu Santo en los Proverbios que «compadecerse del pobre es prestar a Dios con interés» (Prov. 19,17).

Y cuando otra cosa no pudiéramos, socorramos al necesitado, por lo menos, encomendándolo a Dios.

41. Un día San Francisco Javier —según se refiere en su Vida— pidió a Pedro Veglio, hombre acaudalado, la cantidad suficiente para dotar a un joven que se hallaba en peligro. Estaba en aquel momento el caballero jugando al ajedrez, y en son de chanza les respondió: «¿Cómo queréis que os dé de lo mío, ahora que estoy haciendo por ganar lo ajeno?» «Pero, en fin —añadió—, ahí va la llave de mis arcas; id y tomad cuanto os hiciere falta.» El Santo tomó trescientos escudos y envió a decir a su amigo: «Sabed, Pedro, que ha sido vuestra limosna muy del agrado de Dios; de parte suya os prometo que no os faltará durante la vida con que poder vivir holgada-

mente y que antes de morir recibiréis aviso de vuestra muerte, a fin de que os dispongáis a ella; y el aviso será que hallaréis amargo el vino.» Y así sucedió. Advirtió Pedro cierto día que el vino le amargaba la boca, y al instante se preparó a bien morir. De manera que fue feliz en la vida y feliz en la muerte.

Pero si la limosna *nos atrae la misericordia de Dios*, esto se entiende para los pecados cometidos anteriormente, no para continuar impunemente pecando. Por eso dice San Agustín: «Si alguno pretendiese corromper con su limosna a la divina justicia, con todas sus limosnas se condenará y experimentará sobre sí la justicia de Dios.»

42. 3.^a *La tercera obligación es la corrección fraterna.* Debemos hacerla cuando el prójimo se halla en pecado mortal o está para caer en él y hay esperanza de que resulte provechosa. *Vete y corrígele*, dice el Evangelio (Mt. 18,15), *corrígele al pecador*, aunque sea tu Superior o tu propio padre; y mientras haya alguna esperanza —dice Santo Tomás—, debe insistirse en la corrección una y muchas veces, cuando las primeras no dieron resultado.

El deber de la corrección obliga: 1) Cuando la falta del prójimo es cierta, no cuando sólo fuese duda; 2) y aquél no tiene a su lado una persona autorizada que le llame la atención, ni hay la probabilidad de que otros lo hagan; 3) y no hay motivos razonables para temer que la corrección nos acarree daño o compromiso grave; pues si así fuera, estaríamos excusados de corregir, ya que la caridad no obliga con tanto perjuicio. Los padres, sin embargo, deben corregir a sus hijos aun con grave molestia. Mas de esto se hablará más detenidamente en el cuarto Mandamiento.

No estará de más advertir que en esto de la corrección convendrá muchas veces dar tiempo al tiempo y esperar la ocasión oportuna, a fin de que aquélla sea más provechosa.

43. 4.º *La cuarta obligación es consolar a los afligidos*, particularmente a los enfermos siempre que podamos. Dice Jesucristo: *Todo lo que hiciéreis al más pequeño de estos hermanos que creen en Mí, a Mí me lo hicistéis.* (Mt. 25.40). Decía Santa María Magdalena de Pazzi que más quería ella emplearse en el servicio del prójimo que verse arrobada en éxtasis divino; y daba esta razón: Cuando estoy en éxtasis, Dios me ayuda a mí; pero cuando me ocupo en socorrer al prójimo, soy yo quien ayuda a Dios. Por eso escribe San Cipriano que quien socorre al prójimo «cuenta al mismo Dios entre sus deudores».

Quiero referiros a este propósito el grande acto de caridad que hizo San Dídimo en favor del prójimo, según se lee en la Historia eclesiástica. El prefecto de Alejandría. Próculo, en odio a la fe, había mandado fuese encerrada la joven virgen Teodora en un lupanar entre mujeres de mala vida. Dídimo fervoroso hermano de la comunidad cristiana, se disfrazó de militar y penetró el primero antes que nadie, en el lugar donde la santa estaba, la cual se escondió amendrentada en un rincón; pero Dídimo le habló de esta manera: «No temas de mí. Teodora, ningún ultraje; si vengo aquí es para salvar tu honor; toma tú mis vestidos, yo me pondré los tuyos y podrás escapar de aquí libremente.» Dicho y hecho; Teodora, vestida de militar salió sin ser conocida, mientras Dídimo se quedaba disfrazado de mujer.

No tardó en llegar para el Santo joven la tiránica

sentencia de muerte. Lo supo Santa Teodora y corrió inmediatamente al lado de Dídimo para decirle: «Accedí a que me salvaras el honor, pero no a que me robaras la corona del martirio; ésta me pertenece a mí, y me habrás engañado si pretendes arrebatármela.»

Habiendo llegado a oídos del prefecto esta santa contienda, condenó a los dos a ser decapitados; logrando así los dos la dicha de morir mártires por Jesucristo.

44. 5.º *La quinta obligación es dar a todos un buen ejemplo y no escandalizar a nadie.*

Escándalo es un dicho o un hecho que induce al prójimo a pecar.

El escándalo puede ser *directo o indirecto*. Es directo cuando uno obra con la intención positiva de arrastrar a otros al pecado; y es indirecto cuando, aun sin esa intención, las palabras que dice o los actos que realiza son tales, que de ellos se sigue la inducción al mal.

Tanto el uno como el otro constituyen pecado mortal, siempre que induzcan al prójimo a cometer culpa grave.

Existe además el llamado escándalo de *pusilánimes* y el escándalo *farisaico*.

Tiene lugar el escándalo de pusilánime cuando hacemos una acción buena o indifente, y el prójimo, por su debilidad o estrechez mental, toma de ello ocasión de pecar. Debemos evitar este escándalo siempre que podamos evitarlo sin grave molestia nuestra.

Sabe una joven que siempre que va a la iglesia o baja al jardín de su casa, la acecha un hombre disoluto contemplándola con impuros pensamientos. Si

puede la joven sin mayor inconveniente privarse de hacer tales salidas, debe quitar la ocasión. Pero ¿por cuánto tiempo?, ¿siempre? No, ciertamente, sino sólo en cuanto así lo dicta la humana prudencia; de lo contrario, sería imponerse una molestia harto pesada, a la cual no obliga la caridad.

Escándalo *farisaico* es el de aquellos que sin razón ninguna y sólo por propia malicia toman pie de cualquier acción para escandalizarse. Este escándalo no estamos obligados a evitarlo, pues propiamente no es escándalo.

45. Son reos de verdadero escándalo:

Los chismosos. Oyen que uno habla mal de otro, y allá le van enseguida con el cuento; originándose de aquí riñas y enemistades, de las cuales dará cuenta a Dios el chismoso, que las motivó con su escándalo. Recordad el consejo de oro que nos da el Espíritu Santo: *¿Oíste decir alguna cosa desfavorable al prójimo?, pues sepúltala en ti y no la digas a nadie* (Eccl. 19,10).

Los que requiebran de amores a mujer casada o a joven soltera, pero sin ánimo de matrimonio.

Los que hacen el diabólico oficio de tentar a otros positivamente al pecado.

Los que incluso llegan a enseñar actos pecaminosos o la manera de realizarlos.

Los que hablan deshonestamente (y es muy corriente este género de escándalo) delante de mujeres o de gente moza y hasta, a veces, delante de los niños inocentes. ¡Oh, y qué terrible estrago causan con ello! Escribe Guillermo Peraldo que «las palabras obscenas son salivazos del demonio que dan la muerte a las almas». Una sola palabra —dice San Bernardo—

puede matar de golpe muchas almas: «No hay más que uno que hable y éste no dice sino una sola palabra, y esta palabra en un momento mata las almas de cuántos las oyen». (Obres Eclec. Ed BAC)

46. Pero ¡ay del escandaloso!; porque dice el Señor: *Al que escandalizare a uno de estos pequeños que creen en Mí más le valiera le colgaran al cuello una piedra de molino y lo arrojaran al mar* (Mt. 18,6). ¿Habría alguna esperanza de vida para aquel infeliz que fuese arrojado al mar atado a una piedra de molino? Pues esa esperanza —parece insinuar el Evangelio— es la que al escandaloso le queda de salvarse. Dice San Juan Crisóstomo que el Señor fácilmente perdona otros pecados gravísimos, pero no así el pecado de escándalo. ¡Cómo! —dirá Dios—, ¿no te contentas tú con ofenderme, sino que has de arrastrar a otros a que me ofendan? *En el Espejo de los ejemplos* refiérese que Jesucristo habló así en cierta ocasión a un escandaloso: «¡Maldito, pisoteaste tú lo que Yo había adquirido al precio de mi sangre!»

47. Pecan también de escándalo:

Las mujeres con ciertos vestidos que muestran el pecho o las piernas provocativamente.

Los artistas de teatro que representan comedias inmorales, y más aún los autores que las escriben.

Los pintores de cuadros obscenos, así como también los padres o jefes de familia que toleran pinturas de ese género en el adorno de sus casas.

Escandalizan sobre todo los padres que en presencia de sus hijos usan un lenguaje deshonesto o blasfemo; y las madres que, teniendo hijas en casa, consienten la entrada en ella de jóvenes enamorados o

prometidos de las mismas o a otras personas sospechosas.

—Pero si yo —dirá alguna madre— ¡no sospecho mal de nadie!

—Pues debieras sospecharlo; de lo contrario, tú responderas delante de Dios de los pecados que los jóvenes cometan.

48. *¡Ay de aquél por quien viene el escándalo (Mt. 18, 7).* Oíd este horrible suceso que tuvo lugar en la ciudad de Savona por el año 1560. Lo leí en las *Crónicas de los Capuchinos*, y el P. Ardía lo refiere también.

Erase una mujer casada que, después de una juventud disoluta, continuaba su vida de escándalo. Quedó cierto día sin sentido, y durante el letargo vio cómo el Señor la condenaba al infierno. Cuando la infeliz tornó en sí todo era gritar: «¡Desventurada de mí!, ¡estoy condenada!, ¡estoy condenada!» Vino en su auxilio un confesor, pero ella, rechazando la confesión exclamaba: «¿Confesión?, ¿para qué, si ya estoy condenada?» Acercóse una hija con intención de levantarle el ánimo, y entonces la mujer, hecha una furia, le gritó: «¡Maldita!, por tu culpa me condeno, pues por ti he sido escándalo para los demás!» Vieron entonces todos los presentes cómo los demonios, apoderándose de la infeliz, la arrojaron brutalmente contra el suelo haciéndola morir.

49. Y cuenta el autor de *La Biblioteca del Párroco* de un niño de malas costumbres, que hizo perder la inocencia de un compañero suyo. Fue éste al día siguiente a buscarlo para ir juntos a la escuela, como de costumbre, pero aún no se había levantado de la cama. Llamólo el padre, acudió a sacudirle la

pereza; mas al querer abrir una puerta, vio con espanto una sombra que se lo estorbaba poniéndole una mano sobre el pecho. Corrió allí la madre y, a través de un postigo que daba a la alcoba, vio que su hijo yacía muerto al borde del lecho con la cabeza colgando sobre el cuello. Estaba su cuerpo colgando negro como el carbón y marcado con profundos surcos de fuego.

Cuando después supieron por el relato del amigo el escándalo que aquel hijo le había dado el día anterior, comprendieron ser aquello castigo de Dios.

50. Entonces ¿no le queda ya esperanza de salvación al que para otros fue piedra de escándalo?

Sí que le queda, puesto que la misericordia de Dios es grande; pero tendrá que hacer mucha penitencia y ¿pedir continuamente a Dios perdón, y tendrá, además que remediar el mal que causó, dando ahora buen ejemplo con la práctica frecuente de los Sacramentos y con una vida santa.

San Raimundo, juzgándose reo de escándalo por haber disuadido a un amigo de seguir el estado religioso, él mismo dejó el mundo y se hizo fraile dominico.

51. Cuenta el cardenal de Santiago de Vitry que una joven, asediada por un enamorado a causa de sus bellos ojos, arrancóselos ella misma y se los envió con este billete: «Tómame allá mis ojos, pero déjame en paz».

Otra joven dióse un tajo en la nariz y en los labios para no ser a ciertos hombres concupiscentes motivo de tentación.

Santa Eufrasia, viéndose tentada por un soldado le dijo: «Si me permites, yo te enseñaré el secreto de

ciertas hierbas que harán para siempre invulnerable tu cuerpo a las espadas». Y ella misma ofreció su cuello para que en él hiciera la prueba. El soldado creyéndola invulnerable, le descargó un recio golpe que hizo rodar por tierra su cabeza.

He ahí lo que unas santas mujeres hicieron antes de servir a otros de tropiezo y pecado.

§ 6. —*De la religión*

52. El primer Mandamiento del Décalogo nos obliga además a practicar la virtud de la religión.

¿Y qué es religión?

Una virtud por la que rendimos a Dios el culto que se le debe.

Aquí va incluída, como bien se comprende, la obligación de venerar a la Madre de Dios, a los ángeles y a los Santos, así como también sus reliquias e imágenes; advirtiéndole que en éstas no veneramos, al estilo de los idólatras, el metal, la madera o la tela en que están hechas sino a los Santos allí representados.

53. Contrarias a esta virtud son la *superstición* y la *irreligiosidad*.

La superstición consiste: a) En dar a Dios o a los santos un culto indebido; como sería, por ejemplo, *adorar* a la Santísima Virgen como a un ser divino, según practicaron ciertos herejes, o exponer a la veneración de los fieles reliquias falsas de Santos o predicar de ellos falsos milagros.

b) Es el gravísimo pecado de otorgar a las criaturas lo que es atributo exclusivo de Dios.

En lo cual se incluyen estos cuatro géneros de-

superstición: *idolatría, adivinación, magia y vana observancia.*

Idolatría fue la de aquellos gentiles que adoraron como divinidades a hombres mortales y hasta las mismas bestias, o a estatuas o a otras criaturas.

Adivinación es pretender adivinar cosas futuras u ocultas por pacto expreso o tácito con el demonio; así, los que hacen girar el cuadro mágico para descubrir al autor de algún robo.

Magia, que viene a ser lo mismo que la adivinación, con la diferencia de que en la magia se utiliza al demonio para conseguir efectos que superan las fuerzas naturales.

Todos estos son pecados gravísimos, anatematizados por Dios con grandes castigos: «*La persona que se desviare de Mí para ir a consultar a magos y adivinos, y se abandonara a ellos, Yo mostraré mi saña contra ella y la exterminaré de en medio de mi pueblo*» (Lev. 20,6).

Vana observancia, que consiste en buscar el cumplimiento de algún deseo o el remedio de alguna enfermedad o dolor practicando medios irrisorios, como pronunciar ciertas fórmulas o ensalmos estando de espaldas o con una vela amarilla o con tantas velas (ni una más ni una menos) o con los ojos cerrados o santiguándose con la mano izquierda.

Dejaos vosotros de semejantes circunstancias y simplezas. ¿No es de Dios de quien esperáis los favores? Pues entonces sobran todas esas tonterías. ¿O es que la ayuda la esperáis del demonio? Pero eso sería andar en tratos con el enemigo de Dios y, por consiguiente, horrible pecado.

54. Guardaos, pues, de toda esa superchería de

signos, amuletos, palabras cabalísticas que sirven para las lombrices, librarse de perro rabioso, calmar dolores, cortar hemorragias, quebrar la furia de la tempestad, conciliarse la voluntad de otra persona y cosas semejantes. Todo ello es pecado grave, mejor dicho gravísimo; y todo ello es, por añadidura, sarta de embustes, engañosas y rapacerías, entre las que perderás —si en ellas crees— no sólo dinero, más también el alma. Si en alguna de esas tribulaciones te vieres, recurre al Santísimo Sacramento, a Jesús crucificado, a la Virgen María, a algún Santo de tu devoción, al empleo de *sacramentales* o de cosas bendicidas por la Iglesia, y así podrás tener las gracias que desees sin ofender a Dios; de lo contrario, no remediarás tus males y condenarás tu alma.

55. Lo dicho hasta aquí pertenece al primero de los pecados contra la virtud de la religión que es la *superstición*.

Digamos algo ahora acerca del otro pecado que es la *irreligiosidad*. Es ésta una irreverencia que contra Dios se comete por alguna de estas tres maneras; *o tentando a Dios o por sacrilegio o por simonía*.

Tentar a Dios sería por ejemplo, tirarse a un pozo para que Dios demuestre su poder sacándonos de él. Esto es pecado mortal.

Sacrilegio: Puede ser *personal, local y real*.

Es personal cuando se ultraja a persona sagrada, como sería golpear a un clérigo o a un religioso de uno u otro sexo.

En el derecho canónico solamente se castiga la injuria *real*. Dícese injuria real en oposición a la *verbal*; y es la que se comete por obra o con hechos contra la integridad del cuerpo, contra la libertad o con-

tra la dignidad de la persona. Las penas son excomunión, y además, según los casos, pena de infamia, degradación y privación de beneficios, oficios y dignidades. Y si la injuria (en el sentido que hemos dicho) fue contra la persona del Romano Pontífice, el ofensor es declarado también vitando, es decir, que los fieles deben evitar todo trato con él en asuntos profanos, a no ser que se trate de cónyuge, padres, hijos, criados, súbditos y, en general, a no ser que haya alguna causa razonable que excuse.

Comete igualmente sacrilegio quien peca deshonestamente con persona obligada con voto de castidad.

El sacrilegio local se comete cuando externamente, con hechos o con palabras, se peca en lugar sagrado, como sería robar, hablar obscenidades o blasfemar dentro de la iglesia.

El *sacrilegio es real* cuando se profana alguna cosa sagrada, como sería recibir un Sacramento de vivos en pecado mortal, tratar con desprecio las reliquias de los Santos, las cruces, las imágenes sagradas, rosarios, etcetera, o servirse de las cosas sagradas (y esto sería mayor sacrilegio) para pecar.

Simonía es comprar o vender por precio temporal cosas espirituales o anejas a ellas. Pecan, por consiguiente contra la virtud de la religión los que con dinero o a cambio de un servicio prestado o con cualquiera otra cosa valorable en dinero pretenden comprar reliquias de Santos, la absolución del confesor, las órdenes sagradas, algún beneficio eclesiástico o cosa semejante.

Apéndice

La Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo

Pío XII dijo que lo más excelente que se puede decir de la Iglesia es denominarla «Cuerpo místico de Cristo».

«Si buscamos, dice, una definición de la esencia de esta verdadera Iglesia de Cristo, que es santa, católica apóstolica y romana Iglesia, no se puede hallar nada más excelente y egregio, nada más divino que aquella expresión con se llama «Cuerpo místico de Cristo» (Enc. *Mystici Corporis*).

Doctrina de San Pablo

La iglesia, sociedad de los fieles cristianos, es el cuerpo de Cristo, y Cristo es la cabeza de ese cuerpo.

«Como todos los miembros del cuerpo humano, aunque son muchos constituyen un cuerpo, así los fieles en Cristo» (1 Cor 12, 1-11).

La cabeza de este cuerpo es Cristo (Col 1,18; Efes 4, 15-16) y por El mantiene unido todo el cuerpo (Efes 1,22) Cristo es la imagen de Dios invisible y en El fueron creadas todas las cosas, El es antes que todos y todo subsiste en El.

Los miembros de este cuerpo son los *fieles* (1 Cor 12, 4-5, 27), los que por el bautismo se incorporan a la Iglesia. Por esto San Pablo llama a la Iglesia «cuerpo de Cristo». El Cristo total es Cristo y nosotros. El cristiano en gracia forma como una cosa con Cristo, el cual, por medio de los Sacramentos comunica su vida divina a los fieles que en El creen.

Los sacramentos de la unidad

Los dos grandes sacramentos de la unidad, dice el Conc. Vat., II, son el *Bautismo y la Eucaristía*.

El bautismo es la puerta para entrar en la Iglesia (Hech 2,41; 8,12). *Por el bautismo* nos sumergimos en el Cristo total y nos hace vivir su vida; y por la *Eucaristía* los cristianos nos hacemos una comunidad en Cristo y por Cristo.

Por el bautismo nos convertimos en miembros de la Iglesia, formando un solo cuerpo en Cristo (Rom. 12,5), así como en nuestro cuerpo los miembros son diversos y cada uno desempeña su función, así también en la Iglesia hay diversos miembros y ejercen diversas funciones: unos son apóstoles, otros doctores, otros tienen don de lenguas, etc.

Semejanza con Cristo

Por ser Cristo la cabeza de este cuerpo, o sea, de su Iglesia, es necesario que los cristianos o miembros de la misma se asemejen a Cristo hasta que El sea formado en ellos (Gál. 4,19).

19. Amor a la iglesia: Debemos amar a este mismo Cuerpo, santamente orgullosos de pertenecer a él, «puesto que nada más glorioso, nada más noble, nada —a la verdad— más honroso se puede pensar que formar parte de la Iglesia Santa, católica, apostólica y romana, por medio de la cual somos hechos miembros de un solo y venerado Cuerpo, somos dirigidos por una sola y excelsa Cabeza, somos, por último, alimentados en este terrenal destierro con una misma doctrina y un mismo angélico Pan, hasta que por fin gocemos en los cielos de una misma felicidad eterna». (Pío XII)

SEGUNDO MANDAMIENTO

**No tomarás en vano el nombre del Señor tu Dios
(Ex., 20,7)**

Este segundo Mandamiento impone tres obligaciones: de no blasfemar, de no jurar en falso y de cumplir los votos.

Hablemos por separado de cada una de dichas obligaciones.

§ 1.—De la blasfemia

1. A Dios se le honra con oraciones y alabanzas, y se le deshonra con la blasfemia.

Blasfemo es aquel que atribuye a la criatura atributos exclusivos de Dios; como sería decir del demonio que es santo, omnipotente, sapientísimo. Pecan, por consiguiente, quienes afirman que el demonio conoce las cosas futuras contingentes: verbigracia, los números que han de salir premiados en un sorteo. Lo por venir es conocido únicamente por Dios; el demonio sólo puede saber los externos acontecimientos pasados y, cuando más, conjetura por las cosas presentes los futuros.

Blasfemo es también quien lanza contra Dios palabras injuriosas, como *¡maldito sea!* o *¡pese a Dios!* Decir que Dios no hace las cosas bien o que no se preocupa del hombre a quien crió, sería además blasfemia con nota de herejía.

La blasfemia puede ser no sólo de palabra, también de obra, como sería escupir contra el cielo, pisotear la cruz, los atributos santos o las imágenes sagradas.

Grave blasfemia es también maldecir a los Santos o las cosas santas, tales como la Misa, el templo, los días sagrados de la liturgia; asimismo maldecir al alma humana y más todavía a las almas de los muertos, a menos que la maldición se refiriese a almas condenadas.

2. No será pecado mortal decir de Dios o de los Santos ciertas expresiones que, sin llegar a la gravedad de un «¡maldito sea!», encierran sin embargo alguna irreverencia; pero sí pecado venial, pues ya lo es el hecho de tomarse en vano un nombre santo.

Tampoco sería blasfemia soltar maldiciones; verbigracia, contra *San Sebastián o Santa Teresa* cuando por estos nombres se entendiese el de una ciudad o lugar.

3. Maldecir las criaturas, el viento, la lluvia, los años, los días, etc., no es blasfemia ni tampoco pecado grave; de suyo es una falta venial, a no ser que semejantes maldiciones se refieran a Dios, diciendo, por ejemplo, viento de Dios, día de Dios, o se trate de criaturas en las cuales resplandece de modo particular el poder de la grandeza de Dios, como sería maldecir al cielo o al alma humana, según antes dijimos. También sería blasfemia maldecir contra el mundo, a menos que por esta palabra se signifique *el mundo malo* del que habla San Juan diciendo: *El mundo está todo en manos del maligno.* (1 Jn. 5,19).

4. No hay blasfemia en maldecir en general la fe de otro, con tal de no añadir palabras como éstas: *fe santa, fe cristiana*; pues muy bien puede entenderse de la fe humana o de la virtud social de la fidelidad.

5. Tampoco es blasfemia, ni pecado grave de ninguna clase, la maldición de los muertos.

La razón es que la palabra *muerto*, es en sí término privativo que significa *hombre privado de la vida*. De suyo no se refiere propiamente a las almas, sino a los cuerpos, ya que los que se mueren son los cuerpos y no las almas.

No es pecado mortal, como comúnmente enseñan los doctores con Santo Tomás, maldecir a un hombre que está vivo, es decir, que tiene cuerpo y alma, con tal que no se le desee realmente la imprecación o maldición que se le echa. Ahora bien, si no hay pecado mortal en maldecir a una persona viva, en la cual ciertamente subsiste el alma, ¿por qué ha de haberlo en maldecir a una persona muerta?

Añádese que, de ordinario, quienes maldicen a los muertos no intentan la maldición de sus almas; más aún, no pretenden injuriar a los muertos, sino a los vivos contra los cuales va su enojo.

Esta opinión no es mía solamente; tres autores he hallado que tratan esta materia, y los tres son de este mismo parecer. He consultado, además, con muchos doctos varones de Nápoles y quise saber la opinión de las tres célebres Congregaciones de sacerdotes seculares misioneros —la del P. Pavone, la del Arzobispo y la de San Jorge—, en las cuales está lo más granado del clero napolitano, y las tres respondieron unánimemente a mi favor.

6. No me explico la facilidad con que a veces se califican de pecado mortal ciertos actos, siendo así que —según enseñan todos los teólogos, tanto antiguos como modernos—, para asegurar que una cosa es pecado mortal, debemos estar ciertos de que lo es. He aquí lo que escribe San Raimundo de Peñafort: «Te aconsejo, amigo mío, que no seas fácil de enseñar pecado mortal cuando no conste por la Sagrada Escritura que ciertamente lo es». Y San Antonino enseña que, «es peligrosísimo calificar una cosa de pecado, no habiendo un texto expreso de la Sagrada Escritura, o de los cánones de la Iglesia, o una razón evidente en que apoyarse; porque si se da como mortal, quien lo haga se hará reo de culpa formal, aun cuando materialmente no lo fuera». Y en otro lugar, hablando el Santo de actos del penitente de cuya grave culpabilidad no consta al confesor, dice: «Si no puede (el confesor) determinar claramente si son o no pecado mortal, no debe entonces... formarle la conciencia de pecado mortal».

Pero si al maldecir a los muertos no es blasfemia, pecado si que lo es, por lo menos venial; y, dentro de lo venial, tiene una especial gravedad. ¡Hay quienes tienen la feísima costumbre de traer siempre a los muertos en su boca!

7. Pero digamos algo de la mostruosidad que lleva consigo el pecado de la blasfemia, del cual venimos hablando.

Mandó el Señor en la antigua Ley que fuese sacado el blasfemo de la ciudad y del campamento y apedreado por todo el pueblo: *Saca al maldiciente fuera del campamento... y la lapídelo toda la asamblea* (Lev. 27,14). Pasó no hace mucho tiempo en Vene-

cia. Un individuo soltó una blasfemia; y en su propia casa fue prendido por orden del juez y, allí mismo le arrancaron la lengua tiráronla al fuego. Todavía en nuestros días, en el reino de Nápoles, los decretos reales castigan la blasfemia mandando que el blasfemo sea marcado en la frente con un hierro candente y luego condenado a galeras. Mas no se ve que estos decretos se pongan muy en práctica, por ser pocos los que, venciendo humanos respetos, se tomen el cuidado de denunciar. Denunciar por odio a un blasfemo, no está bien; pero denunciarlo con el fin de desarraigar el detestable vicio de la blasfemia y de evitar, con el castigo de los culpables, el escándalo de quienes oyen blasfemar, esa sí que es cosa buena y santa.

8. Para que se evite el escándalo, he dicho; porque los niños oyendo a las personas mayores, de ellas aprender luego a blasfemar, ¡Qué vergüenza ver a tantos niños, que no saben nada de religión, y ya han aprendido a maldecir a la Virgen, a San Pedro!...

Pero ¿qué mal te hicieron, cristano, la Virgen, ni San Pedro, ni santo ninguno para que así vomites injurias contra ellos? Te enfadas por culpa de tu mujer, de tu amo, de tu criado y ¡vas a descargar tu ira con los Santos! Estos interceden por nosotros delante de Dios, ¿por qué, pues, los insultas? ¡No sé cómo no se abre la tierra para tragar al hombre blasfemo!, ¡y que haya personas que osan blasfemar de aquel que les conserva la vida!, ¡personas que, en vez de dar gracias a Dios por sufrirlas con paciencia y no arrojarlas en el infierno, lo cubren todavía de blasfemias!

9. Además de esto, toda blasfemia es pecado gra-

visímo, «No hay pecado —dice San Jerónimo— que no resulte pequeño al lado de la blasfemia». «Al blasfemo —escribía San Juan Crisóstomo— abofetadle en la cara y rompedle los dientes». Y es que el blasfemo es peor que los mismos condenados; éstos maldicen al Dios que los castiga, pero aquél maldice al Dios que lo está colmando de beneficios.

10. ¡Con cuán terribles castigos muchas veces hirió Dios a los blasfemos! Aquí mismo, en el reino de Nápoles, dióse el caso de un individuo que blasfemó contra el Santo Cristo de un lugar; yendo luego de camino y pasando delante de la capilla de aquel Santo Cristo, cayó al suelo herido de muerte repentina. En el valle de Novi o de Diano, no hace muchos años habiendo un carretero soltando una blasfemia, cayó al río, quedando con la cabeza metida bajo las varas del carro, donde por fuerza hubo de morir ahogado. Yo mismo he hablado, con quien fue testigo del suceso.

Pero si Dios, a veces no castiga en esta vida, sepa el blasfemo que no se librará de un gran castigo en la otra. El Señor mostró a Santa Francisca Romana el particular y horroroso tormento que en el infierno padecen las lenguas blasfemas.

11. Hermano, si en lo pasado tuviste costumbre de blasfemar, esfuerzate ahora con todo interés por desarraigarla de ti. ¿Qué consigues con tus blasfemias? ¿Provecho? Ciertamente ninguno. ¿Placer? Pero ¿qué placer puede haber en injuriar a los Santos? ¿Honor? Antes al contrario, te atraes vituperio; porque hasta delante de los demás blasfemos se hace censurable y despreciable quien blasfema.

12. Ten por cierto, hermano, que si en el presente no te libras de tu execrable costumbre, ya nunca luego lo conseguiras. Este vicio crece con los años; a medida que éstos pasan, aumentan los achaques y las enfermedades, y con ello, el mal humor, de manera que seguirás siendo blasfemo hasta la muerte.

Un condenado a la horca, al ser lanzado del poste y sentir aprétarsele la soga en la garganta, lanzó, por la costumbre que tenía, una blasfemia y así murió. Un carretero, blasfemo también empedernido, expiró con una blasfemia en los labios.

Haced, pues, una buena confesión y tomad en este tiempo que Dios os concede el firmísimo propósito de no volver nunca a blasfemar. Para ello rezad en adelante todos los días al levantaros de la cama *tres Avemarías* a la Santísima Virgen, rogándola que os libre de proferir blasfemias. Y si alguna vez ocurre tomaros de la cólera, dejad en paz a los Santos y acostumbraos en semejantes casos a maldecir del diablo o de vuestros propios defectos; aunque mejor será que en lugar de imprecaciones groseras, digáis; «¡Virgen Santísima, ayudadme!» «¡Madre mía, dadme paciencia!» Ahora al principio tendréis que haceros violencia, pero veréis cómo pronto, con el auxilio de Dios, desarraigáis la costumbre y lográis fácilmente veros libre de este pecado.

13. A fin de que toméis mayor aborrecimiento a la blasfemia, escuchad el castigo que Dios envió a un blasfemo.

Cuenta el Cardenal Baronio en sus *anales* que allá en Constantinopla, el año 494 y en las termas del palacio Heleniano, un tal Olimpio, de la facción arriana, osó blasfemar contra la Santísima Trinidad. Me-

tióse en el baño pero al instante salió del él gritando: «¡Ay de mí!, ¡socorro!», mientras iba con uñas y dientes arrancándose las carnes de su cuerpo. Lo envolvieron sus amigos en una sábana, pero el infeliz seguía rugiendo de dolor; cuando luego quisieron quitársela, tan adherida estaba al cuerpo que le desgarraron toda la piel. Hasta que entre espasmos de dolor murió en manos de los demonios, que se lo llevaron consigo a los eternos tormentos del infierno.

14. Refiere también San Gregorio en sus *diálogos* que un niño de cinco años, hijo de un señor conocidísimo en toda Roma, habíase acostumbrado a blasfemar de Dios por cualquier rabieta, sin que su padre se molestara lo más mínimo en corregirle. Enfermó el niño gravemente, y descansando un día sobre las rodillas de su padre, se le vio mirar hacia un lado con ojos de espanto mientras gritaba: «Papa, échalos, échalos de aquí»; y volviendo el rostro, se escondía en el regazo paterno.

—Pero ¿qué estas viendo, hijo mío, qué te pasa?

—Vienen allí unos moros y me quieren llevar. Dicho esto y soltando una blasfemia contra la soberana majestad de Dios, expiró.

§ 2.—*Del voto*

15. Acerca del voto pocas cosas hay que advertir al pueblo en general, ya que casi toda esta materia atañe a los superiores y confesores.

¿Qué es el voto? Una promesa deliberada hecha a Dios de un bien posible y mejor.

a) Una *promesa* que debe ser con ánimo de obligarse, pues, faltando esta intención, el voto a nada obliga. En la duda de si hubo o no intención, presúmese que sí, pues todo acto se supone rectamente hecho. Cuando la duda es acerca de si la promesa fue verdaderamente voto o un simple propósito, véase entonces si el que hizo la promesa juzgaba pecado mortal su incumplimiento; si responde afirmativamente, debe tomarse por voto.

16. b.) *Deliberada*, puesto que el voto supone necesariamente, en quien lo hace, perfecto uso de razón y libre voluntad. De ahí que no obliga el voto de los niños, máxime si no han cumplido aún los siete años, a no ser que conste de su pleno uso de razón. Por lo mismo, tampoco obliga el voto emitido por temor ante las amenazas de otros interesados en él.

17. c) *De un bien posible y mejor*. Posible, pues de lo contrario es como si nada se hiciera. Si es posible en parte y admite plazos su cumplimiento, entonces el voto es válido en cuanto a la parte posible, con tal que sea ésta la parte principal. Y *mejor*, pues un voto que prometiera un bien inferior o indiferente, sería completamente nulo, a menos que por las circunstancias venga a ser lo prometido un bien mejor.

18. Adviértase que si uno ejecuta la obra prometida, pero sin acordarse para nada del voto con que la prometió, la obligación del voto queda totalmente satisfecha, pues todos tenemos una voluntad, general por lo menos de cumplir primero lo que es de obligación y después lo que es devoción. Si alguno

duda si hizo voto o no lo hizo, lo más seguro es que lo cumpla, aunque en rigor no está obligado a ello. Por el contrario, el que está cierto del voto, pero duda de su cumplimiento, esta obligado a cumplirlo, pues en este caso posee la obligación del voto.

19. Cuando uno descuida la realización del voto, ¿qué relación debería juzgarse materia grave? Según algunos autores, dos años o, a lo sumo, tres. Pero esto se entiende cuando el voto es de una cosa transitoria, como de visitar algún santuario o de encarar celebración de misas, etc.; porque si el voto es de cosa perpetua, la dilación de solos seis meses bastaría— según los mismo autores— para constituir pecado mortal.

Ruego encarecidamente a todos los fieles, sobre todo a las mujeres (hablo en general) que no hagan votos. Se hacen una infinidad de ellos, y luego pasan los años y mas años sin cumplirlos. Cuando queráis ofrecer alguna cosa a Dios, haced simplemente una promesa, pero sin obligaros con voto. Y el que hizo voto y ve que probablemente no lo va a cumplir, pida la conmutación del mismo a quien tenga facultad para hacerla, según luego diremos.

20. —¿Cómo cesa la obligación del voto?

[De cuatro maneras; por *simple cesación*, por *irritación*, por *dispensa* y por *conmutación*.

1. Simple cesación; Se verifica ésta, según el Derecho Canónico, en los siguientes casos:

a) Cuando ha transcurrido el tiempo señalado para terminar la obligación. ¿Prometiste, por ejemplo, ayunar este año la víspera de la Inmaculada precisamente, y no lo hiciste? —La promesa cesó, y ningun-

na obligación tienes de suplir ese ayuno en otra ocasión o tiempo.

b) Si cambió sustancialmente la cosa prometida. Esto acontece cuando lo prometido resulta física o moralmente imposible, o se hace ilícito, inútil o impeditivo de un bien mayor su cumplimiento; es decir, cuando cambiaron de tal manera las circunstancias que, previstas, no hubiera habido lugar a la promesa.

c) Si no se verifica la condición de la cual depende el voto. Y así, a nada estás obligado si se muere aquel enfermo por cuya salud prometiste hacer los Primeros Viernes.

d) Si cesa la causa final, es decir, el fin por el cual se hizo la promesa. Por ejemplo prometes dar una limosna para aliviar la grave necesidad en que se halla cierta persona, la cual de pronto se ve agraciada con uno de los mayores premios de la lotería nacional.

2) *Irritación*: que puede hacerse por todo aquel que tiene potestad dominativa sobre el que hizo el voto, como son: el padre, el marido, el tutor y el Superior religioso, tanto en las Religiones de varones como de mujeres.

La irritación, aun sin causa alguna, siempre es *válida*; para que sea *lícita* deber haber justa causa; y anula el voto de tal suerte, que es ningún caso vuelve después a revivir la obligación.

3) *Dispensa*: Pueden hacerla el Romano Pontífice y, respecto de sus súbditos, el Ordinario local, el Superior de Religión clerical exenta y aquellos a quienes la Sede Apostólica hubiera delegado.

Entre los votos privados hay dos, el de *perfecta y perpetua castidad* y el de *entrar en Religión de votos solemnes*, cuya dispensa esta reservada exclusivamente al Papa. Por eso se llaman *reservados*. Para que

lo sean, es preciso que dichos votos se hayan hecho por amor a la virtud y no con un sentido penal ni condicionalmente. Y así si un individuo aficionado al juego prometiera imponerse el castigo de hacerse fraile mendicante a la primera vez que recaiga en la tentación de jugar, o si otro prometiera lo mismo a condición de sanar de una enfermedad que padece, en ninguno de estos casos —en los que para nada intervino definitivamente el amor a la vida religiosa— sería el voto reservado, pudiendo, por consiguiente, dispensar de él el Ordinario del lugar o un sacerdote delegado

4) *Conmutación*: la cual, si es por un bien inferior, sólo pueden hacerla los que tienen facultad para dispensar; si es por un bien mejor o igual, puede hacerla el mismo que hizo el voto

Tanto para la dispensa como la conmutación, cuando ésta es por un bien menor, requiérese causa justa.

§ 3.—Del juramento

21. Juramento es la invocación del nombre de Dios como testigo de la verdad de lo que afirmamos. Así, pues, jura aquel que asegura una cosa *por Dios, por tal Santo* o por algo sagrado; v. gr., *por los sacramentos, por los Evangelios, por la Iglesia, por la cruz de Cristo, por la Santa Misa*, o nombrando alguna criatura en la cual resplandece de modo especial la bondad o el poder de Dios, como si uno jurara *por el alma, por el cielo o por el mundo*.

¿Sería juramento decir *¡Vive Dios!... o Bien sabe Dios...*? Hay que distinguir; si estas expresiones son

en tono de invocación, esto es, invocando el nombre de Dios en testimonio; no lo sería empleándolas sencillamente como un medio de dar fuerza y expresión a nuestro aserto, sin pretender llamar a Dios como testigo.

Tampoco es juramento decir: *¡Por mi conciencia!*, *¡A fe mía!*, cuando por fe no se entiende la divina. Ni tampoco el que simplemente dice: *juro que sí*, a no ser que ello diga en repuesta al requerimiento que otro le hiciera de jurar por Dios o por un Santo o por cosa santa.

22. El juramento es de cuatro clases: *Asertorio*, cuando se afirma y se jura que una cosa es así. *Promisorio*, cuando se promete y se jura lo prometido. *Execratorio o imprecatorio*, diciendo por ejemplo: «Castígueme Dios si esto no hiciere.» Y, por ultimo, *conminatorio*, como sería decir: «Juro por Dios que, si no haces caso, me la hacer de pagar.»

En el juramento asertorio afirmar cosa falsa es pecado mortal; lo es asimismo en el promisorio jurar sin intención de cumplir lo prometido. Si al momento de jurar hubo intención y luego se abandonó y la cosa es de poca importancia, muy probablemente —según enseñan muchos doctores— no hay pecado mortal, puesto que en el juramento se invoca a Dios como testigo de la voluntad presente que promete, no ya de la ejecución futura de la promesa.

23. Respecto al juramento promisorio hay que tener presentes dos principios:

1.º Nunca el juramento puede obligar a una cosa ilícita.

2.º Si lo prometido es lícito, el juramento obliga

siempre. Por ejemplo: unos atracadores asaltan en el camino a un individuo; éste, para librarse de sus amenazas, les promete con juramento entregarles la cantidad de dinero que piden. ¿Estará obligado a cumplir su juramento?

Sí, ciertamente, porque, aunque la promesa haya sido hecha bajo la presión injusta de los bandoleros, sin embargo el cumplimiento de la misma es lícito. Podría, no obstante puesto que la promesa fue arrancada por temor, hacerse desligar del juramento por un superior facultado, y quedar así libre de la promesa.

¿Y no podría el individuo del caso propuesto jurar, pero sin ánimo de cumplir lo que prometía?

No; eso no se puede hacer, y decir lo contrario es proposición condenada por Inocencio XI.

24. Si el juramento es excretorio, únicamente obliga cuando se apela al nombre de Dios o de cosa santa. Dígase lo mismo si el juramento es conminatorio, a no ser que el castigo conminado fuese injusto, pues entonces no obliga; y así, no obligan los juramentos con que los padres amenazan injustamente a los hijos: «¡Por vida de Dios que te mato si no vuelves en seguida!» y otros semejantes.

25. Para que el juramento sea lícito debe reunir estas tres condiciones: que sea hecho con *verdad*, con *justicia*, y con *juicio o necesidad*.

Con verdad, esto es, que la cosa afirmada sea verdadera: pecaría, pues, el que jurase en una cosa dudosa.

Con justicia, por manera que quien jurase hacer

algo injusto o ilícito cometería dos pecados, uno contra la justicia y otro contra la religión.

Con juicio, es decir, con causa razonable. Faltar en esto no pasará de suyo de pecado venial.

26. Tengáse también en cuenta que jurar en falso delante de los jueces es doble pecado; y que si es con daño de tercero, hay obligación de reparar los perjuicios. El testigo siempre está obligado a declarar según verdad cuando es interrogado legitimamente por el juez.

—Pero, Padre, es que si canto la verdad, lo hubiera pasado muy mal fulanito; así es que por sentimientos de caridad para con él, preferí decir que no sabía nada.

—¡Bonita caridad! ¡Que por hacer un favor al prójimo cometas tú un gravísimo pecado y quieras ser causa de tu propia eterna condenación! ¡Así es como luego aumenta la delincuencia: los testigos niegan lo que han visto, los malhechores quedan absueltos y se multiplican los hurtos, los homicidios, y tantos otros delitos! Menos se perpetrarían si a tiempo fuesen castigados los delincuentes.

27. ¿Cómo cesa la obligación impuesta por el juramento promisorio? De varias maneras; [1.º Si la condona aquel en cuyo beneficio se emitió el juramento; 2.º Si varía sustancialmente la cosa jurada, o si, cambiadas las circunstancias, se convierte en mala o del todo indiferente o impeditiva de un bien mayor; 3.º Si cesa la causa final o la condición por la cual tal vez se hizo el juramento; 4.º Cesa, finalmente, por irritación, dispensa o conmutación, a tenor de lo dicho anteriormente al hablar de voto.]

TERCER MANDAMIENTO

**Ten presente que debes santificar el día del Señor
(Ex., 20,8)**

1. Dos obligaciones impone este Mandamiento los domingos y festivos: abstenerse de todo trabajo servil y asistir a la Santa Misa.

En el Antiguo Testamento, *el día santo era el sábado*. Más tarde los Apóstoles lo trasladaron al domingo que —como ya notó el Papa San León— fue también santificado por Dios repetidas veces: en domingo creó Dios el mundo, en domingo resucitó Jesucristo y en domingo descendió el Espíritu Santo sobre los Apóstoles.

Dice Santo Tomás y con él comúnmente los doctores, que el precepto de santificar las fiestas, «en cuanto manda que dedique el hombre algún tiempo en su vida a honrar a Dios, es precepto moral», el cual por natural obligación, todos debemos cumplir; pero «en cuanto *determinados días...*, es precepto *ceremonial*». En este sentido ya no obliga, por caduca, la ley de Moisés, sino que debemos atenernos al mandamiento de la Iglesia, la cual tiene fijados todos los días de *precepto* (Veáse Conc. Vat. Sc. 106).

2. Y ahora pregunto: ¿Qué fin habrá tenido Dios al instituir los días Santos?

Lo ha hecho para que el hombre, después de haberse ocupado los días laborales en los bienes del cuerpo, se preocupe los días festivos en los bienes del alma, no sólo asistiendo al Santo Sacrificio de la Misa, sino además oyendo la divina palabra, visitando a Jesús Sacramentado, invocando al Señor y practi-

cando otras devociones en el templo. Mas ¡ay! ¿En qué emplean muchísimos cristianos los días de fiestas? En el juego y en la embriaguez, y en conversaciones y tratos deshonestos.

Oíd lo que cuenta Surio en las *Vidas de los Santos*, 7 de septiembre. Vivía en Francia en la ciudad de Díe, un santo Obispo llamado Esteban, el cual, no pudiendo remediar los graves desórdenes de su pueblo que convertía las fiestas del Señor en días de juego, bailes y borracheras, pidió y obtuvo del cielo que cierto día apareciese por las calles de la ciudad una gran muchedumbre de demonios en figuras espantosas, causando tal consternación que todo el mundo pedía a gritos misericordia. Y sólo cuando todos hubieron prometido enmendarse, los libró el santo Obispo con sus oraciones de aquellos horribles monstruos del infierno.

§ 1.—De la obligación de no trabajar

Hay que distinguir tres clases de trabajos: serviles, liberales y comunes.

3. Trabajos *serviles*, en un sentido místico—como enseña Santo Tomás—, son cualesquiera actos pecaminosos; en sentido literal, son las obras propias de siervos. Llámense también trabajos corporales, y que son, verbigracia, edificar, cavar, coser, trabajar el hierro, la piedra o la madera, y todas aquellas labores que exigen esfuerzo corporal. Y éstos son propiamente los trabajos que el tercer Mandamiento prohíbe ya desde la Ley antigua: *Ninguna obra servil haréis en la fiesta del Señor* (Lev. 23,7).

Trabajos *liberales*, llamados también intelectuales o del espíritu, son los propios de personas libres: estudiar, enseñar, tañer instrumentos músicos, escribir y cosas por el estilo. Permítense en días festivos, aun cuando se hicieran con algún lucro.

Según la opinión comunísima de los doctores, se ha de contar entre las obras liberales la transcripción y copia de escritos, cosa que también se ordena a la instrucción intelectual.

4. Trabajos *comunes* o intermedios son los que se ejercen por toda clase de personas, libres y siervos. También estos trabajos están permitidos, según el parecer de los doctores, con Santo Tomás. Después de haber explicado el Santo que sólo de las obras serviles debe entenderse la prohibición de este Mandamiento, añade: «Las obras corporales, que nada tienen que ver con el culto espiritual de Dios, llámanse serviles por ser propias de siervos; *pero si son comunes a libres y a siervos, no entran en la denominación de serviles*». No está, por consiguiente, prohibido en las fiestas el viajar, ni tampoco —según la sentencia más común y más probable— el cazar y pescar, obras en sí *comunes*. Si la pesca se efectúa con grande esfuerzo, entonces parece debe ser catalogada entre las obras serviles, como se infiere del texto canónico (cap. 3, de feriis), que aduce una dispensa del Papa para la pesca.

5. Se prohíben además las tareas forenses, es decir toda actividad propia de los tribunales de justicia, como citar a las partes, instruir proceso, dictar o ejecutar sentencia, a no ser que lo exija la necesidad o la piedad.

Se prohíbe también la venta en establecimientos abiertos al público. Se permite, sin embargo, en las ferias y mercados autorizados por la costumbre o por particular indulto; así como también se permite la venta de artículos necesarios en el uso cotidiano, como son los alimentos del día, licores y cosas semejentes.

6. ¿Qué causas excusan de la ley del descanso dominical?

1.^a La dispensa del Obispo, o del párroco en algún caso particular y por justa causa. [También los Superiores de Religión clerical exenta tienen la misma potestad de dispensar, a modo de párrocos, a los profesos, novicios y demás que moran de día y de noche en la casa religiosa por causa de servicio, o de educación, o de hospedaje, o de enfermedad].

2.^a La costumbre que existe en algún lugar, con tal de que haya prescrito y no haya sido responsable por el Ordinario.

3.^a La caridad, en casos de tener que ayudar al prójimo que se halla necesitado.

4.^a La necesidad, como sería el caso de quien, de no trabajar, tuviese que pasar el día sin comer, o el caso de quien trabaja para evitar algún daño. Y así, es lícito segar el trigo, o vendimiar, recoger las mieses, o la hierba, o la aceituna, o cualquier otro fruto que hubiere que poner en seguro para que no se malogre.

También es lícito hacer las cosas que la vida cotidiana de los hombres exige como preparar la comida, adecentar la casa, barrer, arreglar las camas, etcétera.

5.^a *La piedad*, como sería cultivar los campos de

las iglesias pobres, o trabajar por limosna en la construcción de las mismas. Pero en este caso haría falta la licencia del Obispo o tendría que existir una necesidad grave y actual.

6.^a *La parvedad de materia.* ¿Qué tiempo de trabajo sería materia grave? Según unos, una hora; según otros, dos horas.

Pero téngase presente que la parvedad de materia no excusa de pecado venial cuando no existe razón ninguna para trabajar.

7.^a Hay quienes no quieren trabajar los días de labor, y luego no tienen inconveniente en trabajar los domingos medio día y hasta en hacer que trabajen sus hijos y criados.

Alguno tal vez diga: «Mire, Padre, es que somos pobres.» Bien; pero es que no toda pobreza hace lícito el trabajo los días festivos. La pobreza y necesidad deben ser tales que, de no trabajar esos días, tuvierais que pasarlos tú o tu familia sin lo necesario para la vida. Todo el que vive de su duro trabajo es pobre y siempre tiene alguna necesidad; pero esta necesidad no excusa de pecado. Y adviertan los hijos que si sus **padres les mandan, en contra de Dios, trabajar en domingo**, no están obligados a obedecer, y pecarían si obedeciesen. Sólo les será lícito acatar en esto la voluntad de sus padres cuando de no hacerlo, se les siguiese grave daño o, por lo menos notable molestia, ya que los preceptos de la Iglesia no obligan con grave incomodidad.

Y los criados, en semejantes casos, deben responder con franqueza: «Hoy es día de guardar, y, como cristiano que soy, no debo trabajar.» Y si los amos les fueran con amenazas, podrán, por el momento, obedecer; pero están obligados a salir de su servicio,

buscando otros amos que observen la ley como buenos cristianos.

8. Ved cómo castiga Dios a quienes profanan con su trabajo el día del Señor. En un lugar de la diócesis de Fano se celebraba la fiesta del Patrono, San Urso, Obispo de Ravena. Un campesino salió a arar sus tierras, y como alguien le advirtiera que por qué no tenía más respeto a la fiesta del Santo, respondió: «Si él es Urso, yo soy un hombre que tiene que ganarse el pan.» Apenas hubo dicho estas palabras, se abrió la tierra sepultando en sus entrañas al labrador con su junta y sus aperos de labranza. Hoy se levanta allí la villa de Rossano y se advierten todavía indicios de la abierta sima.

9. ¿Piensas por ventura, buen hombre, que ganas algo con trabajar los domingos? Pues te equivocas; esos trabajos te traerán mayor miseria.

Escucha a este propósito el hecho siguiente: Eranse dos zapateros uno de los cuales, fiel observante de la ley de Dios, vivía y daba de comer a su familia holgadamente, mientras que el otro reventándose a trabajar incluso los días festivos, andaba apuradísimo y traía a sus hijos muertos de hambre.

—Amigo— le dijo éste cierto día, con acento dolorido—, ¿cómo te las arreglas tú? Porque es el caso que yo, trabajando como trabajo como un verdadero esclavo, no tengo ni lo necesario para vivir.

—Pues mira —respondióle el otro—: es que yo todas las mañanas voy donde un amigo, el cual me provee de todo.

—¿Y por qué no me presentas a ese amigo tan generoso?

—Sí lo haré, te lo prometo.

Y una mañana le condujo a la iglesia, donde los dos oyeron misa.

—Pero, bueno —le dice el pobretón cuando ya estuvieron en la calle—, ¿dónde está el amigo provisor de que me hablastes?

—¿No viste a Jesucristo en el altar? Pues ahí lo tienes; El es quien me abastece de todo cuanto necesito.

Sí, hermanos míos, convenzámonos de que no es el pecado, sino sólo Dios quien nos ha de ayudar en nuestras necesidades. Y Dios ayuda a los que guardan su ley, no a los que la menosprecian.

10. [Los días en que no se puede trabajar son los siguientes: todos los domingos del año, más las fiestas de Navidad, Epifanía, Pascua de Resurrección, Asunción de la Santísima Virgen, Inmaculada Concepción, San José, y Todos los Santos (En España hay que añadir la fiesta del Apóstol Santiago).

§ 2.—De la obligación de asistir a la Santa Misa

11. ¿Qué es la Misa? *Es el sacrificio que a la divina majestad se ofrece del Cuerpo y Sangre de Jesucristo, bajo las especies de pan y de vino.*

Para cumplir esta obligación de oír Misa, dos cosas se requieren: *intención y atención.*

a) *Intención*, esto es, que se vaya con la idea de oír la Misa. No cumple, por consiguiente, quien asiste a la fuerza o está allí con el único fin de ver la Iglesia, esperar a un amigo o por cualquier otro motivo que no sea el de oír la Misa.

Y si uno la oyó por devoción, pero creyendo ser día ordinario, y luego cayese en la cuenta de que era día festivo, ¿estará obligado a oír otra Misa? No; basta ya la voluntad y el hecho de haber realizado la *obra mandada*, aunque ninguna intención hubiera habido de cumplir el *mandato*.

12. b) Se requiere, en segundo lugar *atención*, esto es, que se atienda al sacrificio que se celebra.

Esta atención puede ser *externa o interna*.

No satisface ciertamente a la obligación de la Misa quien no guarda *atención externa*, como sería el caso de un individuo que se pasase el tiempo de la Misa durmiendo, o en estado de embriaguez, o escribiendo, o tratando con otros asuntos, o entretenido con *parecidos* actos externos.

Se preguntan los autores si cumpliría aquel que oyé la Misa sin *atención interna*: uno, por ejemplo, que se da cuenta de las ceremonias que se realizan en el altar, pero que interiormente está distraído y derramado en pensamientos ajenos a Dios. Muchos opinan que sólo cometería pecado venial, tantos pecados veniales cuantas veces su distracción haya sido voluntaria, pero que en sustancia ya ha satisfecho al precepto de la Misa con una sola presencia moral. Sin embargo, la sentencia más común, siguiendo a Santo Tomás, es que no satisface, lo cual debe entenderse únicamente del caso en que el individuo, dándose cuenta de que está distraído quiere positivamente continuar en su distracción.

Así, pues, a todos os recomiendo que cuando asistís a la Santa Misa penséis en aquel gran Sacrificio que entonces se celebra, Pensad en la pasión de Jesucristo ya que la Misa es renovación del sacrificio que de

sí mismo hizo Jesucristo muriendo en la cruz; o bien meditar, el juicio o el infierno; quien sepa leer, lea en algún libro espiritual o recite el Oficio parvo de Nuestra Señora, y quien no sepa leer y no quiera meditar, rece por lo menos el Santo Rosario u otras oraciones vocales, o siquiera vaya siguiendo los movimientos del sacerdote. (1)

¿Y cumplira el precepto quien durante la Misa se estuviera confesando? No por cierto; asiste, es verdad, pero como reo que acusa sus pecados, mas no como oferente del sacrificio; y ya sabemos que el cristiano que asiste a la Misa sacrifica justamente con el celebrante.

13. Lo mejor sería atender durante la Misa al cumplimiento de los fines por los cuales ha sido sustituida. Estos fines son: 1.º, adorar a Dios; 2.º, darle gracias; 3.º, satisfacer por nuestros pecados; 4.º, impetrar del Señor las gracias que necesitamos. Así, pues, mientras asistimos a la Misa: a) ofrezcamos a honra y gloria de la majestad de Dios el sacrificio de su propio Hijo; b) demosle gracias por todos los beneficios que de su mano hemos recibido; c) presentémosle el divino holocausto en satisfacción de nuestras culpas, y d) pidámoslo por los méritos de Cristo las gracias necesarias para nuestra salvación. Particularmente, en el momento de la elevación de la hostia, pidamos a Dios que por amor a Jesu-

(1) Este consejo lo daba San Alfonso en aquellos tiempos en que la Misa se celebraba en latín y no se entendía, pero ahora que se celebra en lengua que entendemos, la mejor manera de oír la Misa es prestando atención a las lecturas y recitando con devoción las oraciones propias de la Misa.

cristo nos perdone nuestros pecados; en la elevación del cáliz pidámosle que, por los méritos de aquella sangre divina, nos conceda su amor y la perseverancia final, y en el momento de comulgar el sacerdote hagamos una comunión espiritual diciendo: «¡Jesús mío, os deseo y os abrazo; no permitáis que vuelva jamás a apartarme de Vos!»

14. Conviene advertir varias cosas: 1.^a El que omite parte de la Misa peca mortalmente si es en materia grave. Mas ¿qué parte de la misa será materia grave?

Según unos, no lo es lo que va desde el comiendo de la Misa hasta el fin de Evangelio; de manera que no cometería pecado mortal quien asistiera desde el Ofertorio, que es la oración que sigue a aquél; y dan por razón que antiguamente la Misa —como escribe San Isidoro— principiaba con el Ofertorio. Sin embargo, es más común y razonable la opinión de aquellos otros que tienen por materia grave la omisión antedicha.

Omitir desde el comiendo de la Misa hasta la Epístola o desde la Comunión hasta el final no es, según la común sentencia, pecado grave.

Quien no está presente a la Consagración o a la Comunión no cumple, a mi modo de ver con la obligación de oír la Misa, pues sostengo que la esencia de este sacrificio consiste en la Consagración y en la Comunión.

15. 2.^a No cumple con el precepto de la Misa el que oye *simultáneamente* la mitad de la que dice un sacerdote y la mitad de la que dice otro. Afirmar lo contrario es proposición condenada por Inocencio

XI. ¿Y cumpliría si las oyese *sucesivamente*, esto es, media misa de un sacerdote y después la otra media de otro? Muchos doctores responden afirmativamente, pero con tal (así se debe entender) que la Consagración y la sunción del Cuerpo y Sangre de Cristo corresponden siempre al mismo celebrante.

16. 3.^a Cumple con la obligación de la Misa el que la oyera en el coro, detrás del altar mayor o detrás de una columna de la iglesia, y aun oyéndola desde fuera del templo y sin ver al sacerdote, pero a condición de que se una a los fieles que están dentro, de manera que, al menos por los movimientos que observa en ellos, pueda darse cuenta del desarrollo de la misma.

17. 4.^a Respecto a quienes gozan del privilegio de oratorio privado, se han de tener en cuenta que únicamente cumplen con el precepto de la Misa el indultario y su familia, es decir, los parientes consanguíneos o afines hasta el cuarto grado; pero nótese bien, con tal de que éstos (los familiares) vivan en la casa y a expensas del indultario, y a condición, además, de que cuando se dice la Misa asista alguna de las personas concesorias del privilegio. En cuanto a la *servidumbre* adviértase que no todos los criados cumplen oyendo estas misas, sino solamente aquellos que, viviendo a expensas del señor, sean necesarios durante la celebración, bien sea para hacer de monaguillos o para ayudar al señor a arrodillarse o a sentarse, bien sea para leerle la meditación o cosas semejantes.

18. ¿Qué causas excusan de la obligación de oír la Misa?

Excusan la imposibilidad física y la imposición moral. Se da la *imposibilidad física* cuando uno, por ejemplo, está enfermo en cama, o encarcelado, o es ciego y no tiene quien lo conduzca a la iglesia. Se da *imposibilidad moral* cuando uno no puede acudir a la iglesia sin exponerse a grave daño espiritual o material. Por esta razón están dispensados la policía urbana en servicio, los soldados de guardia, las personas que tienen que cuidar del rebaño, de la casa, de niños pequeños o de enfermos y no tienen quien les reemplace entre tanto.

Excusa asimismo una *grave molestia*. No están, por consiguiente, obligados a oír la Misa los enfermos convalecientes que no pueden ir al templo si no es con mucho esfuerzo y exponiéndose a recaer. Tampoco lo están aquellos criados que no pueden ausentarse de casa sin grave incomodidad para los amos o para ellos mismos, como, por ejemplo, si hubiera temor de verse despedidos y no les fuera fácil después colocarse en otra parte.

19. Excusa la *larga distancia* a la iglesia. Los autores estiman suficiente la distancia de una legua, y a menos también, si el tiempo está lluvioso o de nieve, o si la persona es de pocas fuerzas, o el camino se halla en malas condiciones.

Excusa la *costumbre* de ciertos países de no salir de casa después del parto o a raíz de la muerte de algún familiar o pariente muy cercano. ¡Aunque hay quienes, en semejantes casos, se guardan de ir a la iglesia, pero no salir en público a la calle! Los que así obran no están dispensados de ir a Misa.

Pueden excusar también a algunos *el no tener ropa* decente o faltarle el acompañamiento que su condición exige para presentarse en el templo. Sin embargo, si en alguna capilla apartada hubiese Misa de mañanita estarían obligados a asistir a ella.

20. Por lo demás, queridos cristianos, procurad no omitir nunca la santa Misa. ¡Oh, que grandes tesoros encierra para quienes la oyen con devoción! Obtendrán gracias extraordinarias por la participación en los frutos de la pasión de Jesucristo, pues, como antes dijimos, todo el que asiste a la Misa sacrifica junto al celebrante y ofrece a Dios en favor propio y de los demás la muerte y méritos del Salvador.

21. Oíd cuán grandes bienes, así espirituales como temporales, acarrea la Misa a quienes a ella asisten. Cierto día, tres mecaderes tenían dispuesto salir juntos de la ciudad de Gubio. Uno de ellos quiso oír Misa antes de partir; se disgustaron los otros dos, y, sin esperar al compañero, se pusieron en camino. Llegaron al río Corfuone, que por las lluvias de la noche anterior traía gran crecida, y sucedió que, cuando se hallaban en la mitad del puente, éste se hundió y los dos murieron ahogados. El otro, terminada la Misa, tomó el mismo camino de sus compañeros, y cuál no fue su asombro cuando, al llegar al río, topó en la orilla con los cadáveres de aquellos, reconociendo en esto el favor que, por asistir a la Misa, le acababa de dispensar el cielo.

22. Y oíd otro relato más espantoso todavía. Cuéntase que en la corte de un rey servía en calidad

de paje un joven y piadoso caballero, el cual ni un solo día dejaba de oír Misa. Otro paje, movido por sentimientos de envidia, lo acusó delante del rey de permitirse excesivas confianzas con su esposa la reina. Se enojó el monarca y, sin más averiguaciones, ordenó a los fogoneros de unos hornos de calcinación que al primer paje de la corte que a ellos viniera lo prendiesen y arrojasen en mitad del horno y que, apenas cumplida la ejecución se lo comunicasen. Llamando luego al calumniado paje, lo envió con un pretexto cualquiera a la calera. Mas he aquí que apenas se hubo puesto en camino, oyó tocar a Misa en una iglesia y en ella entró para asistir al santo sacrificio. El rey, entre tanto impaciente por saber si se habían cumplido sus órdenes, envió al otro paje (al vil calumniador) a informarse de lo que pasaba allá en el horno. Este infeliz fue el primero en llegar; los fogoneros que lo vieron, le echaron mano y lo quemaron vivo en medio de las llamas. Al poco rato se presentaba en palacio, de vuelta de su encargo, el paje inocente, el cual, preguntado por el rey por qué no había ejecutado sus órdenes con más presteza, respondió que por haberse detenido en la iglesia a oír la santa Misa. Más tarde, sospechando el rey la falsedad de la acusación, se informó mejor y descubrió la inocencia del piadoso paje y fiel servidor.

23. Mas antes de poner fin a esta materia del tercer Mandamiento, quiero llamar un poco la atención acerca del abuso que de los días santos suelen hacer los cristianos. Dios instituyó estos días con el fin de que lo honremos a El y hagamos méritos para la vida eterna, asistiendo a las reuniones de alguna piadosa Asociación y acudiendo a la iglesia para oír allí

la palabra divina, rezar el rosario, visitar a Jesús Sacramentado, encomendarse a la Virgen María y a los Santos, abogados nuestros. ¡Cuántos son, sin embargo los que emplean el día santo en deshonar a Dios y amontonar mayores méritos para el infierno! Porque ¿qué es lo que hacen los cristianos los domingos y días de fiesta? Armar riñas y reyertas (¡cuántos homicidios se cometieron esos días!); cultivar profanos amoríos, llevando en esto la irreverencia hasta el recinto mismo del templo; pasear la calle llenando la cabeza de malos pensamientos, cuando no haciendo el gamberro con amigos libertinos, o pasar las horas en la taberna jugando, blasfemando y embriagándose.

24. He dicho que hay quienes no quieren entrar en la iglesia por no escuchar el sermón; pero diré también, con San Juan Crisóstomo, que algunos que van, mejor harían en no poner los pies en el templo, porque son tales sus irreverencias que más ofenden al Señor entrando en la iglesia que quedándose fuera. He aquí las palabras del Santo: «Menor delito sería no venir al templo, que venir como viene». Es cosa que espanta los desacatos que en nuestros días se cometen en los templos. ¡Y luego nos quejamos de los castigos de Dios! Las profanaciones e irreverencias en los templos fueron a juicio de muchos escritores, la causa de perderse el reino de Chipre y caer en poder de los turcos.

Escribe Eugenio Cistenio, embajador de Fernando I cerca de Solimán, que ante el sepulcro de Mahoma los turcos no hablan, ni escupen, ni tosen, ni vuelven nunca la vista por curiosidad; y que al salir del templo, salen de espaldas a la puerta por no volvér-

selas al sepulcro del Profeta. ¿Y cuál es el proceder de los cristianos? Entran en la iglesia haciendo ruido con los pies, volviendo los ojos a todas partes; fíjanse en si esta mujer es guapa y aquella fea; alimentan sucios pensamientos y tienen el atrevimiento de ir allí a requebrar y a enamorarse sin ninguna consideración a la presencia de Jesús sacramentado. ¡Oh cielos!, ¿y cómo es que no se hunden las iglesias?, ¿cómo no se nos va de ellas Jesucristo, como ya alguna vez sucedió? Refiere Del Verme en su *instrucción* que en una iglesia donde solían cometer muchas irreverencias oyóse cierto día, al momento del alzar, una tremenda voz que decía: «Me voy de aquí» Y vieron al mismo tiempo los allí presentes subir la Hostia santa por los aires, mientras la voz repetía de nuevo: «Me voy de aquí» Cuando ya la Hostia llegaba a la altura de la bóveda, sonó la voz por tercera vez: «Me voy de aquí» Entonces la Sagrada forma desapareció y al punto se desplomó el templo sobre aquel pueblo infeliz.

Hermanos míos, ¿cómo Dios nos puede sufrir viendo que a la iglesia, donde El nos dispensa sus gracias, vamos nosotros a ofenderle?

Del ayuno eclesiástico

25. Antes de cerrar este capítulo diremos unas breves palabras sobre el ayuno y la abstinencia que la Iglesia impone en ciertos días o en tiempo de Cuaresma como preparación a las solemnidades de la Pascua.

[En la antigua legislación el ayuno suponía tres obligaciones eseciales; a saber: abstinencia de alimentos prohibidos, comida única al día y tiempo inantipable de dicha comida.

Hoy la abstinencia y el ayuno son dos leyes distintas, que unas veces obligan separada y otras simultáneamente, como luego diremos.

La abstinencia, se refiere única y exclusivamente a la calidad de los alimentos; y consiste en privarse de *carne y del caldo de carne*. Se permite comer huevos y toda clase de lacticinios y condimentar las comidas con cualesquiera condimentos, incluso con grasa de animales (Can. 1250).

Los animales cuyas carnes se prohíben son los mamíferos y las aves.

26. 2) *El ayuno* obliga a no hacer al día sino *una sola comida*. Esta ley se refiere únicamente al número de comidas, dejando plena libertad en lo que atañe a la calidad o cantidad de manjares.

No cuentan como comida —y, por consiguiente, se pueden tomar— el desayuno por la mañana y una frugal colación por la noche, con tal que, tanto en uno como en la otra, se observe en lo que a cantidad y calidad de alimentos se refiere, lo que en cada lugar se acostumbra entre gentes de buena conciencia (Can 1251 § 1.)

Por de pronto, la colación de la noche no debe exceder de ocho onzas (Equivalente todo ello a unos 250 gramos. Varía según diversos países el peso de la onza; la de Castilla tiene 28,716 gramos); hay autores que admiten diez, quince y hasta veinte.

¡Bonito ayuno!

—Pero, Padre; yo ya procuro quedarme con un poquito de hambre.

—Eso no basta. Los antiguos cristianos se sujetaban con rigor a una sola comida, que hacían por la tarde. Luego la Iglesia permitió la colación; pero, co-

mo dije, no debía ésta exceder de ocho onzas, según la costrumbre comúnmente aceptada. Ahora está muy mitigado el ayuno y la abstinencia.

27. El cristiano debe ayunar y guardar abstinencia de carne en los días preceptuados.

La iglesia nos habla de la necesidad de hacer penitencia y mortificarnos corporalmente. Ella quiere recordarnos el espíritu de penitencia que debe animar a todo cristiano, para precavernos del pecado. Jesucristo dice: *Si no hacéis penitencia, perecereis* (Lc 13,5)

Actualmente son días de ayuno y abstinencia solamente dos: *El miércoles de Ceniza y el Viernes Santo. De abstinencia* solamente los demás viernes del año.

Los viernes de Cuaresma son obligatorios en cuanto a la obsevancia de la obstinencia; pero los demás viernes del año se pueden permutar por otras obras de piedad: por oír Misa, por el rezo del rosario, por leer alguna página o capítulo de la Biblia, etc.

La abstinencia obliga desde los catorce años cumplidos; *el ayuno* desde los veintiún años cumplidos hasta los sesenta incoados.

28. Están dispensados del ayuno aquellos que se ocupan en trabajos duros, como son los que cavan la tierra, los que tejen, los obreros de las fábricas, los herreros y los que se emplean en oficios semejantes; asimismo, las mujeres que están para dar a luz o amamantando; también están dispensados los pobres que sólo disponen de un escaso alimento por la mañana, insuficiente para mantener las fuerzas durante el día.

CUARTO MANDAMIENTO

Honra a tu padre y a tu madre (Ex, 20,12)

Aunque este Mandamiento se refiere principalmente a los deberes de los hijos para con sus padres, abarca también:

- a) Las obligaciones de los padres para con sus hijos.
- b) Las obligaciones mutuas de amos y criados.
- c) Las obligaciones de los esposos entre sí.

§ 1. —De los deberes de los hijos para con sus padres

1. Los hijos están obligados a guardar a sus padres *amor, respecto y obediencia*.

A) *Deber de amor*. Peca gravemente contra este deber el hijo que desea algún mal grave a su padre o a su madre; y por cierto, peca doblemente: contra la caridad y contra la piedad filial.

Peca el que no los socorre en sus necesidades, tanto espirituales como temporales. Y así, en caso de grave enfermedad de los padres, están obligados los hijos a procurarles los sacramentos, avisándoles a tiempo del peligro en que se encuentran; y en caso de gravedad necesaria material, deben alimentarlos con sus propios bienes. *Hijo* —dice el Eclesiástico— *acoge a tu padre en su ancianidad* (Eclec. 3,14). Ellos nos

alimentaron en nuestra infancia, justo es que nosotros los alimentemos en su vejez. Dice San Ambrosio que las cigüeñas cuando ya ven a sus padres viejos e inútiles para procurarse el alimento por sí mismos, ellas se los buscan y se lo llevan. ¡Qué ingratitud ver a un hijo cuya madre se muere de hambre, mientras él come y bebe en la taberna!

2. Escuchad un caso de exquisito amor filial. Vivían en el Japón por el año 1604 tres hermanos en compañía de su madre. Los tres trabajaban para ganarle el sustento; mas como sus esfuerzos resultasen insuficientes, he aquí lo que hicieron. Salió un bando del emperador prometiendo una buen suma de dinero a quien capturase y entregase a la justicia algún bandido. Pues bien; acordaron los hermanos que uno de ellos se fingiese malhechor; los otros dos se encargarían de conducirlo a la justicia y de cobrar aquel dinero, con que poder sacar de apuros a su madre.

Echaron suertes sobre cuál de los tres debería hacer el papel de ladrón y, en consecuencia entregarse a morir, ya que para estos enemigos de la paz pública había pena de muerte. Tocó la suerte al más joven, que inmediatamente fue conducido maniatado y puesto en prisión. Al despedirse el encarcelado, los otros dos hermanos lo abrazaron tiernamente entre lágrimas; cosa que sorprendió al juez, el cual dio orden a sus guardias de seguirles los pasos.

Llegando a casa de su madre, ésta, informada de lo que pasaba, les decía que prefería morir mil veces antes de consentir en la muerte de aquel hijo, que por causa suya se entregaba a los verdugos del emperador. «Id —les decía—, id, devolved el dinero y

traedme a mi hijo.» De todo fue sabedor el juez y éste lo comunicó al emperador, el cual, conmovido, asignó una pensión vitalicia a los tres hermanos. Así remuneró el Señor el amor y la piedad de aquellos hijos para con su madre.

3. Por el contrario, ved el castigo que Dios envió a un hijo sin entrañas. Lo refiere San Buenaventura y dice haber visto a uno que conocía al protagonista de esta historia. Erase un hombre pobre que con su amabilidad había logrado hacerse rico, y tenía un hijo único. Como viesen esto algunos nobles, procuraron y consiguieron que ese hijo se casase con la hija de uno de ellos. Y ésta, que era joven, bella y elegante, empezó a abomitar del padre de su marido, y pudo tanto con éste, que consiguió echar de casa al padre durante la comida, de suerte que quedó él sin más alimento que unas habichuelas. Cierta día vióse acuciado por el hambre y vino a la casa del hijo y pidió de comer, y dándole unas habas mezuquinas, lo despacharon de casa. Entonces dijo ella a su marido: «Siquiera ahora podremos comer en paz. Vete a la despensa y trae el capón que ahí tengo asado.» Y en cuanto abrió la alacena, el capón se transformó en escuerzo. Y saltando éste a la cara de aquél, se la cubrió toda, hincándose tan fuertemente en ella que no hubo médico que acertase a separarlo, ni hubo quien lo consiguiera, sino que murió aquel hijo desgraciado con muerte desastrada.

El Cantimpratense, que también refiere esta caso, dice haberlo sabido por un fraile dominico, el cual hallándose en París, había visto con sus propios ojos a aquel infeliz con la monstruosa alimaña en el rostro, y había oído el hecho de sus propios labios.

Así, pues, oh hijos, tened siempre amor a vuestros padres y socorrerlos si se vieran en pobreza o encarcelados o enfermos; de lo contrario, preparaos a recibir de Dios algún ejemplar castigo o, por lo menos, a que vuestros hijos os traten como hubisteis tratado vosotros a vuestros padres.

4. *B) Deber de respeto.* Deben los hijos, en segundo lugar, respetar a su padre y a su madre. *De obra y de palabra* —dice el Señor— *honra a tu padre* (Eclec. 3,9).

De obra y de palabra. Pecan, por consiguiente, los hijos que responden a sus padres airadamente o levantando la voz; y más aún quienes se burlan de ellos o los maldicen o injurian llamándolos *locos, bestias, ladrones, borrachos, brujas criminales* y otros denuestos de este jaez. Semejantes expresiones, dichas a los padres en su propia cara, son pecado mortal. En la antigua Ley las injurias al padre o la madre se castigaban con la muerte: *Muera el que maldijere a su padre o a su madre* (Ex. 21,17). Hoy no hay para estos males hijos muerte temporal, pero ciertamente son reos de maldición de Dios: *Será maldito de Dios* —leemos en el Eclesiástico— *quien irrita a su madre* (Eclec. 3,18); maldito de Dios, es decir, condenado a la muerte eterna.

5. Mayor pecado aún sería levantar la mano contra los padres o hacer ademán de golpearlos. Hijo, que osaste poner tu mano sobre tu madre, prepárate a morir, pues la Escritura santa asegura que será breve la vida del que a sus padres ultraja: *Honra a tu padre y a tu madre... para que vivas largos años y seas feliz en la tierra* (Dt. 5,16). El que a sus padres

honra, tendrá larga y próspera vida en la tierra; el que los maltrata, vivirá poco y desastradamente.

Refiere San Bernardino de Sena que a un joven, en el momento de ser ahorcado, le brotó una barba como de hombre viejo. Con lo cual manifestaba el cielo —según fue revelado al obispo mientras oraba por el alma de aquel desgraciado— que hubiera éste vivido hasta la vejez; pero que a causa del poco respeto a sus padres, se había lanzado, dejado de la mano de Dios, a cometer aquellos crímenes que por fin daban con él en la horca.

6. Pero oíd todavía un caso más terrible que nos cuenta San Agustín. En Cesarea de Capocia vivía una madre con muchos hijos. Un día el mayor, después de injuriarla la golpeó ante la impasibilidad de los demás hermanos, quienes, en vez de impedirlo, como era su deber, se contentaron con presenciar la escena. La madre entonces, llena de cólera por tamaño desacato, cayó a su vez en otro lamentable exceso: se dirigió a la Iglesia, y delante de la pila bautismal donde un día sus hijos recibieran el bautismo, los maldijo a todos pidiendo al mismo tiempo al Señor los castigase de forma que al mundo entero fuese de espanto.

De repente se apoderó de los hijos un extraño temblor en todo el cuerpo. Se dispensaron por diversos lugares, llevando consigo aquel temblor de maldición. La madre presa ahora de dolor por semejante azote, desesperada, se dio a sí misma la muerte.

San Agustín testifica que hallándose él en la iglesia de San Esteban, en Hipona, donde se veneraban las reliquias del glorioso mártir, se presentaron dos de aquellos hermanos, Paulo y Paladia, quienes en

presencia de las santas reliquias se vieron milagrosamente curados de aquel temblor que aún estremecía sus miembros.

7. Otro caso. Un individuo iba arrastrando bárbaramente por los pies a su propio padre. Este llegado a cierto lugar, dijo a su hijo: «Basta ya: no pases de aquí; hasta este mismo sitio arrastré yo a tu abuelo, y ahora Dios, en justo castigo, permite que tú me arrastres a mí.»

¿Véis, hermanos, cómo Dios castiga a los hijos que maltratan a su padres?

Me diréis: «Pero es que yo tengo un padre y una madre que no hay quien los aguante.»

Pues escucha lo que dice el Señor: *Hijo acoge a tu padre en su ancianidad, y no le des pesares en su vida* (Ecléc. 3,14); como si dijera ¿no ves que tus padres son ancianitos, afligidos por los achaques de la vejez?; no debes, pues, contristarlos en los pocos años que les puedan quedar de vida. Y añade la Escritura santa: *Si llega a perder la razón, muéstrate con él indulgente y no le afrentes al verte tú en la plenitud de tus fuerzas* (Ecléc. 3,15). A veces parece que los ancianos chochean; pero ahí está la virtud, en saber llevar entonces con paciencia sus rarezas y refunfuños.

8. C) *Deber de obediencia*. Se debe a los padres, en tercer lugar, obediencia en todo lo que es justo y razonable. *Hijos* —dice San Pablo—, *obedeced a vuestros padres en el Señor* (Ep. 6,1). Obediencia, por consiguiente, en las cosas que atañen al servicio de la casa y, sobre todo, en lo que se refiere al mantenimiento de las buenas costumbres; y así, cuando

los padres prohíben a los hijos el juego o andar en malas compañías, o frecuentar sitios sospechosos, no obedecer es pecado.

Refiere Teófilo Raynaud que en las fronteras de Francia y Saboya vivía un joven de noble familia, pero muy rebelde a los mandatos de su madre, viuda. Teníale ésta mandado tornar pronto a casa, y no, según costumbre, a las altas horas de la noche. Mas como si no. Volviendo en cierta ocasión de una de estas juergas nocturnas, se halló con que su madre le había cerrado la puerta, dejándolo al sereno. Y como, a pesar de llamar con recios golpes, la puerta siguiera cerrada, desatóse en denuestos y maldiciones contra su madre. No tuvo más remedio que irse, co un hermano suyo y un criado que les acompañaba, a dormir en casa de unos vecinos. Ya estaban acostados cuando oyen un gran ruido y ven entrar al mismo tiempo en la habitación un enorme fantasma que, acercándose a nuestro joven, lo toma por los pies, lo arrastra sobre una mesa y, armado de una daga que traía, descuartiza su cuerpo, que va tirando a la voracidad de cuatro espantosos perros que con él venían. El hermano y el criado, puestos luego a buscar el cuerpo del infeliz, nada hallaron. La impresión de aquel cuadro de horror fue tal en el ánimo del hermano, que éste se hizo cartujo y acabó sus días santamente, después de una vida totalmente consagrada al servicio de Dios. Así castiga Dios a los hijos desobedientes.

9. Pero hay que advertir una palabra a propósito del citado texto de San Pablo. Dice que hay que obedecer a los padres «in Domino», *en el Señor*: esto es, en las cosas que agradan a Dios, mas no en

las que contrarían su divino beneplácito. Y así, por ejemplo, ¿habrá que obedecer a una madre que manda robar o asesinar? Claro que no; y los hijos que en esto obedeciesen, pecarían.

Tampoco están obligados los hijos a obedecer —como unánimemente enseñan los doctores con Santo Tomás— cuando se trata de elegir estado: de casarse o no, de hacerse sacerdote o de entrar en religión.

Pero en cuanto al matrimonio se refiere, pecan los hijos que se obstinasen en celebrar una unión matrimonial bochornosa para la familia. Y en cuanto al estado religioso, téngase en cuenta que si los padres son pobres y se hallan en grave necesidad, y el hijo puede ayudarlos con su trabajo, no le es lícito al hijo abandonarlos para entrar en religión. Por otra parte, pecan mortalmente los padres que obligan a sus hijos a recibir las sagradas órdenes o a abrazar el estado religioso, o coaccionan a sus hijas para entrar en clausura o para emitir allí los santos votos. Incurren, además en la excomunión del concilio de Trento (Ses. 25).

10. Pecan también si imponen el matrimonio a un hijo que quisiera permanecer soltero o apartan del estado religioso al que quisiera entrar en él. Hay padres que a esto último no le dan ninguna importancia; pues sepan que apartar a los hijos de su vocación religiosa es pecado mortal. Logrará cada cual su salvación allí donde Dios le llama; es decir, que un hijo con vocación religiosa se santificará en el claustro: pero si a instancias de los padres permanece en el siglo, llevará mala vida y se condenará. ¡Y que haya padres que, por el afán de tener consigo a su

lado a un hijo, sean capaces de tolerar que su hijo se condene! «Tales padres —dice San Bernardo— no merecen el nombre de padres, sino de asesinos de sus hijos». Pero ¡que se preparen al castigo de Dios, no sólo en la otra vida, más también en la presente!; y para ello se servirá el Señor de los mismos hijos, los cuales, una vez perdida la vocación se darán a los vicios y serán la ruina de la casa. Abundan tristes ejemplos de desastres familiares por haber apartado a algún hijo del camino de su vocación.

11. Baste uno solo. Cuenta el P. Alejandro Faya, jesuíta, que en Tudela de Duero, lugar de Castilla la Vieja, en España, vivía un caballero muy rico. Tenía un hijo único, y en él puestas todas sus esperanzas para el gobierno de la hacienda el día de mañana. El hijo, llamado por Dios a hacerse jesuíta, tanto rogó a los Superiores, que al fin lo admitieron en la Compañía. El padre se presentó en el Noviciado con tal alboroto y tan grandes lamentos, que el hijo, por complacerle, abandonó la vida religiosa. Una vez en casa, sintió de nuevo en su corazón la invitación de Dios a dejar el mundo; mas no atreviéndose a tornar a la Compañía, ingresó en la Orden franciscana. Volvió el padre a mover cielo y tierra hasta que consiguió sacarlo también de allí. Pero veréis lo que sucedió. Quiso el padre casar a su hijo con una joven que, por cierto, no era del agrado del muchacho. Ello motivó entre ambos tan recios altercados y odio tan fiero que, viniendo un día a las manos, el hijo mató a su padre. Cayó el parricida en manos de la justicia y acabó sus días en la horca.

Padres y madres, andad con cuidado y no quitéis ni al hijo ni a la hija su vocación de consagrarse a

Dios. ¿Qué mayor consuelo podréis tener que contemplar a vuestros hijos caminando por los senderos del particular servicio de Dios y de la santidad? La madre de San Luis Gonzaga, marquesa de Castiglione, entendiendo que Luis era llamado por Dios a entrar en la Compañía de Jesús, ella misma le ayudó a realizar sus piadosos deseos. He ahí el papel de los padres: ayudar a sus hijos a hacerse santos.

Y si por ventura, ¡oh jóvenes!, alguno de vosotros, deseosos de un estado de vida más perfecto para servir a Dios, se encontrase con la oposición de sus padres, oiga lo que se cuenta en la *Vida de San Pacomio* de cierto joven llamado Teodoro. Era hijo único y con muchos bienes de fortuna. Un día de fiesta, mientras en su casa se celebraba un gran banquete, Dios le dio a entender cómo todas las riquezas que poseía de nada le habrían de servir a la hora de la muerte. Se encerró en su habitación y, después de rogar con muchas lágrimas al Señor le mostrase el camino que debía seguir para alcanzar su salvación eterna, huyó de casa, abandonando todos sus bienes, y se dirigió al monasterio de San Pacomio. Se presentó la madre al santo Abad con cartas de los obispos, exigiendo la entrega del hijo. Pero Teodoro tanto rogó a Dios que no sólo consiguió permanecer donde estaba, sino que hasta su misma madre se determinase a abandonar el mundo y hacerse religiosa en un convento.

§ 2. —Obligaciones de los padres para con sus hijos

12. Dos son las obligaciones principales que los padres tienen para con sus hijos a saber: alimentarlos y educarlos debidamente.

A) *Del alimento.* —Deben los padres atender al alimento de sus hijos; y esto, aun cuando los hijos fuesen malos; más aún, aun cuando hubiesen dilapidado por entero su legítima o hubiesen realizado indignos desposorios.

¿Y por qué?

Porque en medio de todo siguen siendo hijos.

Pecan, por consiguiente, los padres que sin justa causa los arrojan de casa, o les niegan en el testamento la herencia que les correspondía, o rehusan dotar a la hija porque se casa con fulano, quien, por lo demás, es un hombre de bien.

¿Y qué decir de aquellos padres crueles que en la taberna o en el bar se entregan a comilonas y al juego, mientras allá en casa piden los hijos una pedazo de pan, que no hay? Vemos que entre las bestias los padres ceban a sus crías; ¡sólo entre los hombres se da el caso cruel de dejar morir de hambre a los hijos! Y queremos advertir aquí que también los hermanos, pudiéndolo hacer, tienen obligación de alimentar a sus hermanos y de señalar dote a sus hermanas, en caso de grave necesidad. Es doctrina común de los doctores.

13. B) *De la educación.* —Es innegable que la buena o mala conducta de los hijos proviene, por lo general, de la buena o mala educación que de sus padres recibieron.

Dios instituyó el matrimonio para que allí los hijos le sirvan y se salven, dirigidos por las enseñanzas y corrección paterna. Sin esto se verían abandonados, no tendrían quien los instruyese en lo que debían practicar, ni quien los corrigiese y castigase cuando obrasen mal; cosas ambas necesarias, pues don-

de no aprovechan advertencias suele mover el miedo al castigo.

La experiencia demuestra que los padres santos forman santos hijos. Santa Brígida hizo una santa a su hija Catalina de Suecia; San Esteban rey de Hungría, hizo santo a su hijo el emperador Enrique; San Luis, rey de Francia, debió su santa vida a aquella madre y sierva de Dios Blanca de Castilla, quien teniéndolo de niño en sus brazos, le decía: «Hijo mío, antes quisiera verte muerto en un ataúd, que víctima de un pecado mortal.» Y me acuerdo de otra buena madre (1), muy solícita de la santificación de sus hijos, que decía: «Yo no quiero ser madre de hijos condenados.»

14. Pero hay padres y madres a quienes, diríase, no les preocupa lo más mínimo que sus hijos sean buenos o malos, que se salven o vayan al infierno. Pues tengan presente estos padres lo que muy bien dice Orígenes: «Darán cuenta los padres de todas las culpas de sus hijos.» Esta es la pura verdad, que, ordinariamente hablando, los responsables de los extravíos de los hijos son los padres, los cuales, por consiguiente, tendrían que responder de aquéllos delante de Dios. Padres hay que por no digustar a sus hijos ni los reprenden ni los castigan, siendo con su lenidad causa de que los hijos se pierdan. ¡Oh padres bárbaros y sin entrañas! Porque decidme, hermanos,

(1) Delicadamente alude Alfonso a su santa madre, Ana Cavaliere, de la que en cierta ocasión dijo: «Todo el bien que entonces hice y el mal que pude evitar se lo debo a mi madre» (*R. TELLERÍA: Sau Alfonso María de Liguorio, t. I, p. 10*). Una vez más se cumplió la regla de que los «padres santos forman hijos santos».

si un padre, cuyo hijo cayó en las aguas de un río, y pudiera salvarlo con sólo asirle por los cabellos, lo dejase morir ahogado por no causarle aquel pequeño dolor, ¿no sería crueldad? Pues mayor es la de aquél que no corrige ni castiga las faltas de su hijo ante el temor de apenarlo. ¿Y no juzgaríais despiadado a ese otro padre que pusiera en manos de su pequeñuelo una cortante navaja de afeitar, con peligro de que el niño inexperto se llenase de heridas? Pues más despiadados son los que a los hijos dan dinero para que lo derrochen a su antojo o les permiten andar con malas compañías o visitar lugares peligrosos. Nada deben procurar tanto los padres como alejar a sus hijos de las ocasiones de pecar, pues de éstas nacen después todos los males.

15. Y donde no basten las palabras y reprensiones, hay que echar mano del castigo; sobre todo cuando los hijos están aún en edad temprana, porque luego de mayores ya es imposible refrenarlos. *Odia a su hijo* —dice el Espíritu Santo— *el padre que da paz a la vara* (Prov. 13,24). Dios se encargará de castigarle luego a él. El sacerdote Helí —según refieren los Libros Santos— no supo castigar a sus dos hijos como era su deber, y por eso Dios permitió que el mismo día que morían estos muriese él también, envolviendo a los tres la muerte en un desastre común (1 Sam. 3,13; 4, 11, 18).

Pero del castigo hay que usar con discreción, nunca a impulso de la ira, como con frecuencia se hace; el único fruto que se sigue de esos ímpetus de cólera es que los hijos se hagan peores.

Empiécese por llamar al hijo la atención, acúdase luego a la amenaza y, por último, al castigo, proce-

diendo en esto como padres y no como cómitres de galera; siempre con moderación y nunca con maldiciones ni injurias. Bastará encerrarlo en una habitación, restringirle la comida, prohibirle el uso de alguna prenda de vestir más estimada; y, cuando llegue el caso, úsese del azote, del azote digo y no del palo.

Padres, tened como norma no poner nunca la mano sobre los hijos cuando os hierve la pasión; dad tiempo a que ésta se calme, y luego castigad.

16. Pecan los padres contra este deber de la educación.

1.º Si no adoctrinan a sus hijos en las cosas de la fe y de la salvación eterna.

Por lo menos deben hacer que todos los domingos acudan a la catequesis parroquial, para que allí aprendan el Catecismo: y ese día no ocupen los niños, como algunos hacen, en los trabajos de casa, resultando de aquí que luego esos niños ni saben confesarse ni las cosas más elementales de la Fe: no saben qué significa Santísima Trinidad o Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo, ni qué cosa sean pecado mortal, juicio, infierno, cielo, eternidad: y víctimas de tan tremenda ignorancia, desgraciadamente se condenan. De lo cual los padres son responsables ante Dios.

17. 2.º Pecan si no los corrigen, como queda dicho, cuando blasfeman, roban o dicen palabras obscenas, o si no los castigan cuando es menester.

Y sepan los padres que la obligación que tienen de indagar qué vida llevan sus hijos, adónde van, a qué hora salen de casa, qué amistades cultivan. Así lo exige el oficio que tienen de padres.

¡Quisiera yo saber qué excusas presentarán aquellas mamás que, por el deseo de ver pronto casadas a sus hijas, las dejen sueltas con el novio, sin preocuparse de los pecados que puedan cometer! Estas son aquellas madres de quienes habla David, que ante unos intereses familiares sacrifican sus hijas al demonio: *sacrificaron... las propias hijas a los demonios* (Sal. 106,37). Y hasta madres hay capaces ellas mismas de introducir al galán para que huelgue con la hija, y así se vea en la precisión de casarse con ella después de haberse ligado mutuamente con cadenas de pecado; ¡y no ven las infelices que están echando sobre sí tantas ataduras infernales cuantos sean los pecados que cometa la enamorada parejita!

—Pero, Padre —me dirán—, ¡si no hacen nada malo!

—¡Ah!, ¿no? ¿Es que la estopa arrojada a las llamas puede no quemarse? ¡A cuántas madres veremos condenadas el día del juicio final por el necio afán de ver pronto casadas a sus hijas!

18. 3.º Pecan si no se preocupan de hacerles recibir los Sacramentos a su debido tiempo o no les obligan a la observancia de los días festivos y de los demás Mandamientos de la Iglesia.

4.º Pecan, y en esto cometen dos pecados si los escandalizan blasfemando, hablando deshonestamente o realizando acciones malas en su presencia, pues los padres están obligados a dar buen ejemplo a sus hijos: son éstos sobre todo de pequeñitos, como animales de imitación: que lo que ven hacer, eso hacen; con esta particularidad: que más fácilmente imitan los malos ejemplos que los buenos, ya que nuestra corrompida naturaleza se resiste a lo bueno y se in-

clina a lo malo. ¿Cómo van a entrar por el camino recto los hijos que a cada paso son testigos de cómo sus padres blasfeman, murmuran, injurian al prójimo, lanzan maldiciones, juran venganzas, hablan deshonestamente o profieren máximas pestíferas como éstas: «Dios es bueno y transige con ciertas debilidades», «No hay que dejarse pisar por nadie». «Hija, no seas pazguata; hay que exhibirse en sociedad»? ¿Podrá esperarse nada bueno de unos hijos cuyos padres se pasan la vida en la taberna y vuelven borrachos a casa, que frecuentan lugares de mala nota, que apenas si confiesen por Pascua o rara vez en el año? Dice Santo Tomás que estos padres «constrañen a sus hijos al pecado que ellos cometen».

De aquí se origina la ruina eterna de tantas almas: los hijos recibieron mal ejemplo de los padres; luego estos hijos se lo dan también a los suyos, y ¡ya tenemos una generación de padres y nietos camino de su condenación eterna!

¡Y hay padres que se quejan de que sus hijos son unos perdidos! *Pero ¿es que por ventura* —como dice Jesucristo— *se cortan uvas de un arbusto?* (Mt. 7, 16). Pues si nunca visteis brotar racimos de uva en las zarzas, ¿cómo queréis que salgan hijos buenos de padres malos? Sería cosa de milagro.

19. Y la razón de que esos padres de vida desreglada no corrijan las faltas de sus hijos es que, como les dan mal ejemplo, no tienen cara para reprenderles de unos pecados que también ellos cometen; y si alguna vez les da por llamarlos al orden, así hacen caso los hijos como quien oye llover.

Cuenta la fábula que un cangrejo, viendo que sus crías caminaban cuarteándose, les reprendió diciendo:

—¿Qué manera de andar es esa?

—Padre —respondieron los cangrejitos—, pues camina tú para que veamos como hay que hacer.

El padre cangrejo echó a andar, pero torcía su marcha más aún que los pequeñuelos. En vista de lo cual, desistió en adelante de llamarle la atención. Eso mismo pasa con los padres que dan mal ejemplo, que ya no se atreven a corregir a sus hijos aunque los vean cargados de vicios. Y, sin embargo, deben corregir, pues, de no hacerlo, pecarían ciertamente. Entonces ¿qué hacer? Por lo menos (como enseña Santo Tomás), rueguen encarecidamente a sus hijos no quieran imitar sus malos ejemplos. Mas ¿de que servirá —digo yo— tan menguado remedio, si los padres persisten en su mala conducta? Porque esto es cierto, que mientras los padres les dan mal ejemplo, son inútiles las advertencias, las súplicas y todos los castigos.

Reglamento de una padre de familia

20. El padre que quiera gobernar bien su familia, debe hacer dos cosas: primero arrojar de su casa todo lo malo; segundo, promover luego en ella las virtudes.

Lo que digo del padre vale también para la madre.

En cuanto a lo primero, que *es alejar de la casa todo lo malo*, deben los padres:

1.º Impedir que los hijos traten con gente escandalosa ni con criados de malas costumbres, ni con maestros que no den pruebas de intachable conducta.

2.º Despedir de casa al criado o la sirvienta que pudiera ser para los hijos lazo de tentación. Un buen padre tiene cuidado de no admitir a su servicio criadas jóvenes cuando ya los hijos son mayorcitos.

3.º Barrer de casa todo libro obsceno o de amores. Estos libros son la ruina de la pobre juventud.

Era un joven, espejo de virtudes; cayó en sus manos por acaso un libro obsceno, y tal estrago hizo en su alma, que vino a ser el escándalo de todos. Acabó cayendo en manos de la justicia y condenado a destierro. Otro joven, no pudiendo por otros caminos vencer la honestidad de una mujer, acudió a poner en sus manos una novela de amores, y por aquí consiguió que aquélla perdiese su honra y su alma.

Hay que tomar precauciones particularmente contra esos libros, hoy tan en boga, que llevan el veneno de algún error contra la fe o contra los derechos de la Iglesia.

21. 4.º Retirar de las paredes del hogar cuadros y pinturas que ofenden la molestia mayormente si son obscenas.

Del Cardenal Belarmino refiere Juan Rho que, visitando la casa de un hombre del mundo, vio en las paredes ciertas pinturas indecorosas, y volviéndose al caballero le dijo:

—Amigo, una limosna os pido por amor de Dios para vestir a unas mujeres que no tienen con qué cubrirse.

—Con sumo gusto— repuso el caballero; pero ¿y quiénes son ellas?

Entonces el santo Cardenal, con un gesto significativo, mostróle las pinturas que colgaban en su pared.

¡Oh, y cómo han de gozar los demonios ante las pinturas y láminas deshonestas de algunas casas!

22. 5.º Prohibir a los hijos ir al baile o hacer en las tablas el papel de comediantes.

No consentir que las hijas tomen lecciones particulares de ningún extraño. ¡Cuánto peligro hay en esto! En vez de aprender las letras, lo que aprenden es a pecar. Escojan por preceptores alguna mujer o algún hermano menor; *menor, digo, porque de lo contrario* aún habría peligro.

Nunca permitan los padres que hermanitas y hermanitos duermen juntos, y menos todavía los acuesten en su mismo lecho.

Cuiden mucho de que las hijas no hablen a solas, en plan amigable, con ningún hombre, aunque fuera un santo. Los santos que están en el cielo ya no pueden pecar, pero los que todavía andan por la tierra son de carne como el resto de los hombres, y si no se apartan de las ocasiones peligrosas, pueden convertirse en demonios. A este fin, será conveniente encomendar a alguna de las hijas más juiciosa y reservada al cuidado de vigilar y de denunciar en secreto ese género de familiaridades y cualquiera otra inmoralidad que hubiere.

23. En cuanto a lo segundo, que es *promover el bien y la virtud*, deben los padres:

1.º Hacer que todos los hijos, al levantarse por la mañana, pidan a Dios la gracia de no ofenderle a lo largo del día, rezando a este fin las *Tres Avemarías a la Santísima Virgen*. ¡Y qué hermoso sería si, reuniendo a toda la familia, hicieran meditación en común por espacio de media hora, leyendo alguno de los hijos los puntos de la meditación, como en muchos lugares se practica!

24. 2.º Cuidar que los hijos reciban a su debido tiempo los Sacramentos: el de la Confesión y Comunión cuando ya tienen siete años. Procuren que

ya entonces reciban también el Sacramento de la Confirmación: ítem más, que confiesen y comulgen por lo menos cada quince días, pero esto sin forzarles la voluntad ni obligándoles tampoco a ir con determinado confesor, no sea que cometan algún sacrilegio.

Por lo demás, es de mucho provecho, para que los hijos cumplan con sus deberes cristianos, acostumbrarlos a practicar cosas que no sean de obligación, como ayunar los sábados, rezar diariamente en honor de la Virgen el Rosario y las letanías, hacer por la noche, al acostarse, examen de conciencia y los actos de fe, esperanza y caridad; visitar al Santísimo Sacramento...

Dobleza desde la juventud su cuello, dice el Espíritu Santo (Eclo. 7,25). San Luis de Francia solía santiguarse al principiar cualquier acción, y decía: «Esto me enseñó mi madre desde niño.» ¡Plugiera a Dios que todos los padres amaestrasen así a sus hijos! Pero... les interesa más prepararlos para los negocios temporales que para los del alma, aunque, al fin, acaben por perder los unos y los otros.

25. 3.º Grabar en el corazón de los hijos principios de vida cristiana que los lleven a evitar las malas compañías y las ocasiones de pecar, a conformarse con la voluntad de Dios y a sufrir con paciencia las adversidades. Pónganles delante de los ojos la desgracia de los que viven en pecado y cuánto importa salvar el alma. Háganles considerar la vanidad del mundo, la hora de la muerte, que de todo nos ha de despojar; la necesidad de encomendarse a Dios en los momentos de la tentación, el precio y eficacia de la devoción a la Santísima Virgen María.

Imprimiendo estas cosas en el ánimo de los niños, empezarán a practicarlas desde su infancia y, de este modo, vivirán cristianamente hasta la muerte.

§ 3. —De las obligaciones de amos y criados y de los esposos entre sí

26. A) De los amos. —Pecan: *a)* Si son causa de que los criados trabajen en días de fiesta y no asistan a la Santa Misa. Obligados están, asimismo, a velar por que la servidumbre cumpla con el precepto pascual y con todas las demás obligaciones del cristiano.

b) Pecan si no los corrigen cuando ofenden a Dios con blasfemias, con conversaciones obscenas, con pecados de escándalo, etc.

c) Pecan si les niegan el merecido salario o no se lo pagan a su debido tiempo.

27. B) De los criados. —Pecan éstos, a su vez:

a) Si no atienden a sus quehaceres o no obedecen a sus dueños como es debido.

b) Si consienten contra sus amos algún perjuicio que fácilmente podrían ellos evitar; más aún, cuando el daño proviene de gente extraña (no de parte de otros consiervos), si pudiéndolo impedir no lo impidieron, están obligados a restituir.

c) Si abandonan el servicio antes del plazo concertado.

d) Si buscan compensarse ocultamente, dando por razón que su trabajo merece mayor retribución. En el siglo XVII hubo teólogos que afirmaban: “Los criados y muchachas de servicio pueden sustraer al-

go ocultamente a sus amos para compensarse de sus servicios cuando lo estimen digno de mayor salario". Pero el papa Inocencio XI condenó como herética la citada afirmación. (Denz., N° 1187).

e) Si cooperan a algún pecado de sus amos... aun siendo a pesar suyo. Sólo tendrían disculpa cuando de no acceder se les siguiese un gran daño, siempre y cuando la cooperación no sea intrínsecamente mala.

28. C) De los esposos. —Peca el marido:

a) Si por culpa suya llega a faltar a su mujer vestido o alimento.

b) Si la maltrata a palo o bofetadas con graves injurias. La esposa no es una esclava, sino una compañera. Con frecuencia el hombre, antes del matrimonio, hace a la mujer bellísimas promesas: «Tú serás la reina de nuestra casa: tú, la dueña de mi corazón» y luego, a la vuelta de unos meses, la tratan como a una bestia.

—¡Qué! ¿Es que yo no puedo castigar a mi mujer cuando no se porta bien?

—Puede castigarla, con moderación, cuando diese, sobre todo con el desarreglo de sus costumbres, grave motivo para ello, y advertida repetidas veces, se negase a entrar por el camino recto. Pero no te es lícito golpearla y menos por cualquier descuido, como sería por haber soltado alguna palabra desdeñosa en un momento de enfado o por no obedecer en cosas de poca monta.

c) Si no la deja cumplir sus deberes religiosos, como el de asistir a misa los domingos, comulgar por Pascua, confesarse varias veces al año, pues difícilmente podría conservarse en gracia de Dios el que

viviendo en el mundo se contenta con la confesión anual.

—Pero, padre, es que mi mujer se empeña en confesar y comulgar todos los días.

Te respondo:

—Si esa frecuencia de sacramentos es causa de que abandone los deberes de la casa, podrás prohibírsele; pero si atiende bien a sus obligaciones y, por otra parte, no hay otros inconvenientes, no se lo puedes estorbar.

29. Peca la esposa: *a)* Si no obedece al marido en lo que es justo, por ejemplo, en lo que se refiere al débito conyugal. Y cada acto de desobediencia será un nuevo pecado.

b) Si dispone contra la voluntad del esposo de los bienes comunes más de lo acostumbrado entre señoras de su condición. El dueño de esos bienes no es la mujer, sino el marido. Sólo si éste desatendiese las necesidades de la familia podrá la mujer meter un poco la mano en dichos bienes, según lo exigiere la necesidad.

c) Si al cambiar el marido de domicilio ella se resistiese a seguirlo. La esposa está obligada a establecerse allí donde reside el marido, a no ser que en el contrato de matrimonio hubiesen concertado otra cosa o la cohabitación pudiera acarrearle a ella daño o peligro grave.

d) Si con sus airadas respuestas es causa de que el marido se desate en blasfemias.

A veces se lamentan las mujeres de que el esposo las maltrata de continuo.

Pero, señora, ¿por qué cuando lo ves airado, no te callas en lugar de echar más leña al fuego?

Vivían en el mismo sitio una encina y una caña. Y se levantó un viento huracanado. La encina quiso resistir, y vió tronchadas sus ramas; la caña se inclinó, dejó que el huracán pasara sobre ella y no sufrió daño alguno;.

¿Has entendido? Si tu esposo se encoleriza pon un candado a tu boca, deja que pase la ventolera, y te verás libre de malos tratos.

Se quejaba cierta señora de continuos vejámenes por parte de su marido. «yo te recetaré —le dijo un prudente varón— un agua que, si la tienes en la boca mientras tu marido se encoleriza, te librarás de sus malos tratos.» Se la dio; y en la primera ocasión que tuvo la mujer de ver airado a su marido la tomó y retuvo en la boca; y el marido, efectivamente, dejó esa vez en paz a su mujer. Acudió ésta entonces a aquel discreto consejero rogándole le indicase la fuente de aquel agua maravillosa; y la respuesta fue; «Puede tomarla de cualquier manantial, pues su virtud está en que, cuando se encoleriza el marido, te estés tu callada.»

30. Refiere San Agustín de su santa madre. Mónica, que aunque tenía un esposo intratable e iracundo, vivía con él en completa paz; y como algunas vecinas suyas, que andaban en frecuentes discordias con sus maridos, le preguntasen cómo se las arreglaba para vivir pacíficamente con aquel hombre, Mónica les respondía:

—Hermanas, la culpa de los malos tratos que recibís de vuestros esposos no está tanto en la maldad de ellos cuanto en la vuestra. Es que vosotras, respondiendo y replicando, los exasperáis, y así no es extraño que nunca tengáis paz. Yo, cuando veo irri-

tado al mío, me callo, lo sufro en paciencia y pido a Dios por él, y vivo tranquila. Hacedlo así también vosotras y gorzaréis igualmente de paz en vuestros hogares.

QUINTO MANDAMIENTO

No matarás (Ex., 20,13)

1. Prohíbe Dios hacer cualquier daño al prójimo, bien sea en su persona, bien sea en sus bienes materiales o en su honra.

De los daños causados en los bienes materiales o en la honra trateremos en el séptimo y octavo Mandamiento, respectivamente.

Ahora sólo nos toca hablar del daño infligido a la persona.

2. Lo primero que se prohíbe en este Mandamiento es causar la muerte a nuestros semejantes o golpearlos o herirlos.

—¡Lo he de matar!, dice un individuo ansioso de venganza.

Pero ¿eres tú, por ventura, el dueño de la vida del prójimo? Dueño, solamente es Dios, del cual está escrito: *Tú, Señor, tienes poder sobre la vida y la muerte* (Sal. 16,13).

¡Oh, y cuán aborrecidos son de Dios los hombres sanguinarios! Ya en esta vida misma los castiga. *Hombres sanguinarios y dolosos* —dice David— *no llegarán a la mitad de sus días* (Sal. 55,24), es decir, no vivirán ni la mitad del tiempo que, de lo contrario, hubieran vivido. De Caín leemos en la Sagrada

Escritura que, después de la muerte de su hermano Abel, *anduvo errante y vagabundo por la tierra* (Gén. 4,16). Esta es la suerte de los homicidas: una vez hecho el crimen, vagan de acá para allá acosados por el miedo a la justicia o a los familiares de la víctima; mucho más ahora que ya no gozan las iglesias del derecho de asilo.

3. Y aunque ningún hombre los persiga, su propia conciencia no los dejará en paz. Se cuenta de Constante II que, después de haber asesinado a su hermano Teófilo, le parecía ver a su lado, cuando por la noche se acostaba a dormir, la sombra de la víctima, la cual, mostrándole en su mano una copa llena de sangre le decía: «Bebe, hermano, bebe.» Estas terroríficas visiones lo lanzaron a errar por el mundo; ni consiguió apartarlas de sí mientras no vino a ponerles fin su muerte desastrosa.

A otro criminal que había matado a un niño, le parecía ver por todas parte a su inocente víctima como increpándole: ¡«Despiadado!, ¿por qué me quitaste la vida?» Huyó el criminal a un convento; pero allá le siguió también el espectro infantil con su lamento: «¿Por qué, dí, me quitaste la vida?» Y así pasaron nueve años, hasta que no pudiendo sufrir mas tristes quejas, se presentó espontáneamente al juez, quien lo condenó a muerte.

4. Sólo Dios es dueño de nuestra vida. En consecuencia, nadie puede tampoco quitársela a sí mismo. Si hubo Santos que se procuraron la muerte— como se cuenta de Santa Apolonia, que ella misma se arrojó a la hoguera preparada por el tirano—, lo hicieron por divina inspiración, libres, por lo tanto,

de toda culpa. Necedad fue y error de herejes donatistas la doctrina de que se era mártir dándose a sí propio la muerte. ¡Sí, martires... del demonio!, ya que privándose de la vida corporal, perdían también la del alma.

Pecan, pues, los glotones que comen con exceso, e igualmente los que injieren alimentos nocivos a la salud, a sabiendas de que así se exponen a quebrantarla con alguna enfermedad; y es que tenemos obligación de mirar por la conservación de nuestra vida y por evitar los peligros de muerte.

Pecan, también, los que a sí mismo se desean la muerte. Sin embargo, esto es lícito cuando nace del deseo de ir al cielo a unirse con Dios, como lo vemos en San Pablo, que decía: *Deseo morir para estar con Cristo* (Fil. 1,23); o cuando es por librarse del peligro de ofender al Señor o de alguna terrible prueba que pudiese arrastrarnos a la desesperación o a cometer algún pecado, como la Escritura nos dice de Elías, que buscaba la muerte para verse libre de las regias iras de Jezabel. Lo que nunca sería lícito es desearse la muerte a impulso de la desesperación o del despecho.

5. Es pecado mortal emborracharse hasta el punto de perder el uso de la razón, lo cual es dejar de ser hombre para hacerse bestia. Y hay quienes llevan su vicio a tan repugnante extremo, que no suelen el vaso de la mano hasta que no les fallan por completo los pies y la vista. Repito que esto es pecado mortal o, mejor dicho, un cúmulo de pecados mortales, ya que el hombre en estado de embriaguez es responsable de todos los pecados, blasfemias, obscenidades o daños materiales que pudo o debió pre-

ver. Y cuando otros males no hubiera, ya está, por lo menos, el de privarse voluntariamente de la razón, cosa que no puede excusarse de pecado mortal. Y no vale decir: «Es que me voy en seguida a la cama a desollar la mona.» Y eso ¿qué importa? Ya está cometido el pecado por el solo hecho de beber en cantidad que, a juzgar por pasadas experiencias, baste para privarte del sentido.

6. Esto por lo que mira a nosotros mismos.

En cuanto al prójimo, tres son las causas que hacen lícita su muerte: la autoridad pública, la propia defensa y la guerra justa.

1) *La autoridad pública*: Puede y deben los jueces y gobernantes dictar pena capital contra los reos dignos de muerte; y los ejecutores de la sentencia, al consumir la ejecución, cumplen con un deber. Es Dios mismo quien manda que el reo sea castigado.

7. *La propia defensa*: Es lícito matar al injusto agresor cuando el agredido no tiene otro remedio de salvar su vida. Esta es sentencia común entre los teólogos, siguiendo a Santo Tomás, al Catecismo Romano y el texto canónico que dice: «Todas las leyes permiten rechazar la fuerza con la fuerza.»

Defienden también comúnmente los autores, siguiendo a San Antonino y a Santo Tomás, ser lícito dar muerte al ladrón cuando, instado a soltar la presa, se resiste a ello; y se fundan en el texto del Exodo, que dice: *Si el ladrón fuere sorprendido en el acto de perforar, y fuera herido y muerto, no será* (el matador) *reo de delito de sangre* (Ex. 22,2), cual debe entenderse cuando el robo fuese de mucha importancia o, más bien —como enseñan muchos

autores—, cuando el robo fuera tal que deje al dueño o a su familia en grave necesidad.

También es lícito defender la propia honestidad dando muerte al agresor, si otro remedio no hubiera para ponerla a salvo.

8. 3) *La guerra justa*: Cuando la guerra es ciertamente o, por lo menos, dudosamente justa, es lícito matar al enemigo siempre que sea en acciones impuestas por el mando.

Contra el duelo y los desafíos entre personas privadas tiene la Iglesia [penas gravísimas. Por de pronto, excomunión *ipso facto*, simplemente reservada a la Sede Apostólica. La excomunión alcanza a los que se baten en duelo, a los que retan a él, o los que aceptan, o de cualquier modo cooperan o lo favorecen; a los que de propósito lo presencian y a los que lo permiten, o en cuanto esté de su mano no lo prohíben, *cualquiera que sea su dignidad*. Los individuos que se baten y los llamados «padrinos» son además *ipso facto* infames. Los que hubieran muerto en el duelo o de heridas recibidas en él quedan privados de la sepultura eclesial, a no ser que antes de la muerte hubieran dado alguna señal de arrepentimiento].

9. Fuera de estos tres casos enumerados, siempre es pecado matar al prójimo, y lo es también herirlo o golpearlo.

Un pecado gravísimo que clama venganza al cielo es el aborto, que no es otra cosa que el asesinato a sangre fría de los niños más indefensos e inocentes. Y es más grave todavía cuando son asesinados precisamente por aquellas personas que mayor obligación tienen

de defenderlos, como son sus propios padres y los médicos, cuyo oficio es salvar vidas y no cometer asesinatos. Teman éstos lo que dice el Exodo (23, 7): *“No hagais morir al inocente, porque Yo no perdonaré al que sea culpable de ello”*.

Ayudar y proteger a los asesinos es hacerse responsable de sus crímenes; ¡y eso es precisamente lo que hacen los gobiernos que permiten el aborto, y los ciudadanos que con sus votos ayudan al gobierno! (Véase el Apéndice).

10. Y si es pecado hacer mal prójimo lo es igualmente el deséarselo. De ahí que toda maldición, si es de males graves y se profiere con deseo de que se verifique, es pecado mortal. No se requiere para ello que el mal deseo sea duradero en el ánimo de quien maldice: basta con que éste, en el momento de la imprecación, desee advertidamente a otros la muerte o cualquier grave mal.

Así, pues, desterrad de vuestros labios la detestable costumbre de maldecir y, acostumbraos a expresiones como éstas: «Dios te perdone», «Dios te bendiga». Y si alguno vomita rayos y centellas contra vosotros, servíos del remedio que nos propone el Espíritu Santo cuando dice: *La respuesta blanda aplaca el furor* (Prov. 15,1). Con un «Ten compasión de mí», «Ten paciencia», «Perdón, lo hice sin darme cuenta», dicho con voz suave, amansaréis al punto a aquella persona, y todo quedará en nada. ¿Que alguien os grita: «Ojalá te mueras»? , respondedle: «Y a ti Dios te dé salud»; veréis qué pronto se le apaga la colera. Pero si en esos momentos se os sube también a vosotros la sangre a la cabeza, lo mejor que podéis hacer es callar, porque si habláis a impulsos

de la pasión, diréis cosas que, aunque por el momento os parecieron oportunas, luego, cuando se os calme el ánimo comprenderéis que fueron despropósitos y que hicisteis muchos pecados, si no mortales por lo menos veniales. Si recibís alguna ofensa, encomendaos a Dios; y si os vienen deseos de venganza, traed a vuestra memoria y considerad las ofensas que vosotros hicisteis a la divina Bondad. Y si ésta os ha sufrido ¿será mucho pedir que vosotros sufráis por amor de Dios las injurias de los demás?

11. Oíd la santa venganza que un padre tomó contra el asesino de un hijo suyo.

Cuenta el P. Ghisolfi en la Vida del *Caballero César de Consúlibus* que a dicho señor le mataron el único hijo que tenía; y para colmo, a casa de César vino a refugiarse el asesino, sin saber que aquel señor fuese el padre de la víctima. El caballero, en cambio conocía al criminal; más ¿qué hizo? Le dio acogida y encima, dinero y caballo para que pudiera escapar seguro de las manos de la justicia. ¡Así se vengan los verdaderos cristianos?

APENDICE II

Atentados contra la vida del de niño en el seno de la madre

1. Muchos seres humanos, engendrados en el seno materno, en él hallan su tumba por la intervención misma del hombre.

Esta intervención es de dos géneros: a) mediante operación quirúrgica, que destruye dentro del seno

mismo a la criatura; b) por aborto de expulsión prematura de la misma.

Tanto una forma como la otra pueden ser o por acción *directa*, esto es, cuando los medios empleados se ordena en sí mismos y en la intención del que obra a la eliminación del feto; o por acción *indirecta*, esto es, cuando los medios, tanto en la intención como por su propia naturaleza, tienden a remediar directa e inmediatamente la enfermedad mortal de la madre, aunque de ello se siga indirectamente y como consecuencia la muerte del niño.

2. MUERTE Y ABORTO INDIRECTOS: Esta acción *indirecta* es lícita bajo las siguientes condiciones:

1.^a Que el remedio empleado o intervención quirúrgica se ordene directa o inmediatamente, como queda dicho, a la salud de la madre.

2.^a Que no se pueda emplear otro remedio eficaz que no lleve consigo, como su efecto, la muerte del niño; ni pueda, por otra parte, diferirse la operación hasta el nacimiento de la criatura.

3.^a Que se provea, dentro de lo posible, al bautismo del feto.

«Hemos usado de propósito siempre la expresión *atentado directo* a la vida del inocente, *muerte directa*. Porque si, por ejemplo, la salvación de la vida de la futura madre, independientemente de su estado de embarazo, requiriese urgentemente una intervención quirúrgica u otra aplicación terapéutica que tuviera como consecuencia secundaria sanitaria, en ningún modo querida ni intentada, pero inevitable, la muerte del feto, tal acto no podría ya llamarse un atentado directo a la vida del inocente. En estas

condiciones la operación puede ser lícita, como otras intervenciones médicas semejantes, siempre que se trate de un bien de alto valor como es la vida y no sea posible diferirla hasta después del nacimiento del niño ni recurrir a otro remedio eficaz» (Pío XII, *Front. Fam.*) (1).

3. DE QUE TRATAMOS AQUI: No de las prácticas anticonceptivas, por las cuales se desvirtúa el acto conyugal privándolo de su capacidad generativa e impidiendo así la aparición una nueva vida en el seno materno. De ellas trataremos al hablar del Matrimonio (Part. II, cap. 6, *Apéndice*)

Tampoco de la muerte, o del aborto que *indirectamente* extinguen la vida del niño en el seno materno. Baste lo dicho: que es lícito con las condiciones que acabamos de indicar.

Tratamos: De la operación quirúrgica *directamente* ocisiva del feto, llámese *embriotomía, craniotomía, cepalotripsia, embriotlasia, etc.*; operaciones que tienden a despedazar o aplastar al niño dentro del seno, para hacer luego posible su extracción; y del aborto *directamente* procurado, expulsando el feto que, por inmaduro, necesariamente tiene que morir.

4. RAZONABLE REGULACION DE LA PROLE: Adviertase que la doctrina de la Iglesia al condenar estos procedimientos no pretende que los esposos se carguen de tantos hijos cuantos pueda dar de sí su capacidad de engendrar. La iglesia no se opone, ni muchos menos, a una razonable y justificada

(1) Pío XII, *Aloc. al Congr. del Frente de la Familia*, 26 nov, 1951 (*A. A. S.*, 33, 1951, 855-860; *Ecclesia*, n.º. 544, 15 dic. 1951, pp. 657-658).

limitación de la prole. «En nuestra última alocución sobre la moral coyugal (2) —dice Pío XII— hemos afirmado la legitimidad y al mismo tiempo los límites, en verdad bien amplios, de una regulación de la prole que, contrariamente al llamado «control de los nacimientos, es compatible con la ley de Dios» (Pío XII, *Front. Fam.*)

5. DOCTRINA DE LA IGLESIA: *Toda muerte del feto directamente procurada (sea por operación occisiva, sea por aborto) quebranta gravemente el mandamiento de Dios. «No matarás», y por ningún pretexto puede justificarse.*

«Todo ser humano, aunque sea el niño en el seno materno, recibe el derecho a la vida de Dios, no de los padres ni de clase alguna de sociedad o autoridad humana. Por eso no hay ningún hombre, ninguna autoridad humana, ninguna ciencia, «indicación médica, eugenésica social, económica, moral, que pueda exhibir o dar un título jurídico o válido para una disposición deliberada, directa, sobre una vida humana inocente; es decir, una disposición que mire a su destrucción, bien sea como fin, bien como medio para otro fin acaso de por sí en modo alguno ilícito... La vida de un inocente es intangible, y cualquier atentado o agresión directa contra ella es violación de una de las leyes fundamentales sin las que no es posible una convivencia humana» (Pío XII, *Comdr.*) (3).

(2) Alude a la que el 2 de octubre de 1951 dirigió al Congreso de comadromas católicas de Italia.

(3) Aloc. a la Unión Católica de Comadromas de Italia, 2 oct 1951 (A. A. S., 33, 1951, 835-854; *Ecclesia*, n.º 539, 10 nov, pp. 517-523)

«La vida humana inocente, en cualquier condición en que se encuentre, está sustraída desde el primer instante de su existencia a cualquier ataque voluntario directo. Este es un derecho fundamental de la persona humana, de valor general en la concepción cristiana de la vida; válido tanto para la vida todavía escondida en el seno de la madre, como para la vida abierta ya fuera de ella; lo mismo contra el aborto directo que contra la directa muerte del niño, antes o después del parto» (Pío XII, Front. Fam.).

—Pero ¿y en caso de conflicto entre la vida del embrión o del feto y la vida de la madre? Si la prole ya concebida y aun no dada a luz pone en peligro la vida de la madre ¿ni aun entonces será lícito eliminar aquélla para salvar ésta?

—Ni aun entonces por los procedimientos antes dichos. «Nos mueve a compasión el estado de la madre a quien amenaza, por razón del oficio natural, el peligro de perder la salud y aun la vida; pero ¿qué causas podrán excusar jamás de alguna manera de la muerte directamente procurada del inocente? Porque de ésta tratamos aquí. Ya se cause tal muerte a la madre, ya a la prole, siempre será contra el precepto de Dios y la voz de la naturaleza que clama: «No matarás.» Es, en efecto, igualmente sagrada la vida con ambos, y nunca tendrá poder, ni siquiera la autoridad pública, para destruirlas» (Pío XII, *Cast. Conm.*) (4).

«El atentado directo a la vida humana inocente como medio para el fin —en el caso presente para el

(4) *Encicl. Casti Connubii*, 31 dic. 1930 (A. A. S., 22, 1930, 559-565).

fin de salvar otra vida— es ilícito (Pío XII, Front. Fam.).

6. OBJECCIONES: «Pero —se objeta— la vida de la madre, principalmente de una madre de numerosa familia, es siempre un precio incomparablemente superior a la de un niño no nacido aún.

—La respuesta a esa angustiosa objeción no es difícil: la inviolabilidad de la vida de un inocente no depende de su mayor o menor valor. Ha ya más de diez años que la Iglesia ha condenado formalmente la destrucción de la vida estimada «sin valor» (5); y quien conoce los tristes antecedentes que provocaron tal condena, quien sabe ponderar las funestas consecuencias a que se llegaría si se quisiera medir la intangibilidad de la vida inocente según su valor, bien sabe apreciar los motivos que han conducido a aquella disposición.

Además ¿quién puede juzgar con certeza cuál de las dos vidas es en realidad más preciosa? ¿Quién puede saber que camino recorrerá ese niño y qué altura de acciones y perfección podrá él alcanzar? Se comparan aquí dos grandezas, de una de la cuales no se conoce nada» (*Front. Fam.*)

«Salvar la vida de la madre es un nobilísimo fin; pero la muerte directa de la llamada «vida sin valor», nacida o todavía si nacer, practicada en gran número hace pocos años, no se puede en modo alguno justificar» (*Comdr.*).

Y no es que la Iglesia tenga en más la vida del niño que la de la madre. «Jamás y en ningún caso ha enseñado la Iglesia que la vida del niño deba prefe-

(5) SACR. CONG. S. OFF., Decr, 2 dic. 1940 (A. A. S., 32, 1940, 533-554).

rirse a la de la madre» (Comdr.). Tan sagrada es la de uno como la de otra.

7. Por lo demás «es un error plantear la cuestión con esta disyuntiva: o la vida del niño o la madre. No; ni la vida de la madre ni la del niño pueden ser sometidos a un acto de supresión directa». (Comdr.).

8. OTRAS OBJECCIONES. Tal poder contra la vida «de los inocentes neciamente se quiere deducir del derecho de vida o muerte», que solamente puede invocarse el derecho de defensa cruenta contra el injusto agresor (¿quién, en efecto, llamará injusto agresor a un niño inocente?); ni existe el caso llamado «derecho de extrema necesidad», por el cual se puede llegar hasta procurar directamente la muerte del inocente (Pío XI, *Casti Conn.*).

9. ¿Qué solución entonces queda? Hacer todo esfuerzo para salvar la vida de ambos. «Son de alabar aquellos honrados y expertos médicos que trabajan por defender y consevar la vida, tanto de la madre como de la prole; mientras que, por el contrario, se mostrarían indignos del ilustre nombre y honor de médicos quienes procurasen la muerte de la una o de la otra so pretexto de medicinar o movidos de una falsa misericordia» (Pío XI *Cast. Conn.*). Y Pío XII: «*Es una de las más bellas y nobles aspiraciones de la medicina el buscar siempre nuevas vías para asegurar la vida de entrambos. Si, no obstante todos los progresos de la ciencia, se dan todavía y se darán en lo fututo casos en los que se debe contar con la muerte de la madre cuando ésta quiere conducir hasta el nacimiento la vida que lleva dentro de sí y no destruir-la violando el mandamiento de Dios «No matarás»,*

no queda al hombre, que hasta el último momento se esforzará por ayudar y salvar otra solución que inclinarse con respeto delante de las leyes de la naturaleza y de las disposiciones de la divina Providencia» (Front. Fam.).

10. EJEMPLO ALECCIONADOR.—Para terminar, ponemos el ejemplo que el mismo Romano Pontífice, Pío XII, refirió a los componentes del Frente de la Familia en la alocución, tantas veces citada, de una madre cristiana hasta el heroísmo.

«Año 1905. Vivía entonces una joven mujer, de una noble familia y todavía de más nobles sentimientos, pero grácil y delicada de salud. Adolescente, había estado enferma de una pequeña pleuritis apical, que parecía curada; pero cuando, después de haber contraído un feliz matrimonio, sintió que en su seno se desarrollaba una nueva vida, advirtió muy pronto un especial malestar físico que consternó a los dos valientes médicos que velaban con amorosa solicitud sobre ella. Aquel viejo proceso apical, aquel foco ya cicatrizado, no había tiempo que perder; si se quería salvar la delicada señora, era preciso provocar sin la más mínima dilación el aborto terapéutico. También el esposo comprendió la gravedad del caso y declaró su consentimiento al acto doloroso.

»Pero cuando el ginecólogo que la cuidaba le anunció con toda consideración la deliberación de los médicos exhortándola a rendirse a su parecer, ella respondió con acento firme: «Le doy las gracias por sus piadosos consejos; pero yo no puedo trincar la vida de mi criatura. ¡No puedo, no puedo! La siento ya palpar en mi seno; tiene derecho a vivir; esa vida viene de Dios y debe conocer a Dios para amarlo y

gozarlo.» También el marido pidió suplicó, imploró; ella permaneció inflexible y esperó serenamente el desenlace.

»Nació una niña con toda normalidad; pero inmediatamente después la salud de la madre fue empeorando. El foco pulmonar se extendió; el mal fue en aumento progresivo. Dos meses después estaba en sus últimos momentos; se volvió a mirar a su pequeña, que crecía sana con una robusta nodriza. Sus labios dibujaron una dulce sonrisa y plácidamente expiró.

«Transcurrieron varios años. En un instituto religioso se podía notar particularmente a una joven Hermana toda entregada al cuidado y a la educación de la inocencia abandonada, que con ojos que inspiraban amor materno se inclinaba sobre los pequeños enfermos como para darles vida. Era ella, la hija del sacrificio, que ahora, con su gran corazón, difundía tanto bien entre los niños abandonados. El heroísmo de la intrépida madre no había sino vano».

SEXTO MANDAMIENTO

No fornicaras (Ex., 20,14)

1. Poco hemos de hablar de este vicio ya que la virtud de la castidad —como dice San Francisco de Salés— parece que se empaña con sólo nombrarla.

Preferimos que en esta materia cada cual regule su vida según los consejos del propio confesor.

Sólo diré, como advertencia general, que en la confesión deben declararse no solamente los actos consumados, sino también cualquier tocamiento impuro y torpe mirada y palabras obscenas, particularmen-

te (refiriéndonos a las palabras) si en ellas hubo complacencia o si se profririeron con peligro de escándalo de quien las oía. Igualmente se debe manifestar todo pensamiento deshonesto. Hay quienes en su ignorancia creen que todo está hecho con declarar los actos externos de lujuria; no, también hay que decir al confesor todos los malos pensamientos consentidos. Las leyes humanas, cuando algo prohíben, sólo miran al acto externo, pues los hombres únicamente ven lo que aparece externamente; pero Dios, que ve en el interior del corazón, condena también los malos movimientos de la voluntad. *No ve Dios como el hombre* —leemos en la Sagrada Escritura—; *el hombre ve la figura, pero Yave mira el corazon* (1Sal. 16,7).

Vale esto para cualquier pensamiento consentido en cualquier género de pecado. Total, que delante de Dios lo que no puede realizarse sin pecado, tampoco puede desearse sin pecado.

2. Dije *pensamientos consentidos*. Sobre lo cual es preciso saber distinguir bien cuándo el pensamiento feo es pecado mortal, cuándo venial y cuándo no hay en él pecado ninguno.

En este género de pecado concurren tres cosas: *sugestión, deleitación y consentimiento*.

La sugestion es aquella primera aparición que hace en la mente el mal pensamiento. Esto no es pecado; antes bien, si la voluntad lo rechaza al instante, será motivo de merecimiento. San Bernardo escribía: «Cuantas veces resistieres, otras tantas serás coronado». También los Santos se vieron atormentados por estos malos pensamientos. En cierta ocasión San Benito, para triunfar de una de estas tentaciones, se

revolcó entre cambronerías, y San Pedro de Alcántara se arrojó a las aguas heladas de un estanque. De sí mismo escribe San Pablo que se sentía tentado contra la castidad: *Se me ha dado un estímulo en mi carne, emisario de Satanás que me apuñee* (2Cor., 12,7). Pidió a Dios con muchas instancias lo librara de él: *Tres veces rogué al Señor lo alejase de mí*; pero el Señor no quiso quitárselo, contentándose con decirle que le asistiría con su gracia para vencer; *Y me dijo: «Bástate mi gracia.»* Pero ¿por qué no quiso Dios librarlo de aquellas tentaciones? Para que el santo Apóstol, resistiendo a ellas, hiciera mayores méritos. *Y es que la fuerza culmina en la flaqueza.*

Dice San Francisco de Sales que cuando el ladrón golpea desde fuera es señal de que aún no se ha metido dentro; de la misma manera, cuando el demonio tienta es indicio de que el alma está todavía en posesión de la gracia.

Santa Catalina de Sena se vio una vez por espacio de tres días terriblemente atormentada por el demonio con tentaciones impuras. Al cabo de esos días se le apareció el Señor para consolarla; y entonces la Santa se le quejó, diciendo;

—Pero, Salvador mío, ¿dónde estuvisteis durante este tiempo?

A lo que respondió el Señor:

—Estuve dentro de tu corazón, dándote fuerzas para resistir a la tentación.

Y acto seguido le hizo ver su propio corazón, más puro y santo que antes.

3. Después de la sugestión viene la *deleitación*. Si el sujeto no se apresura inmediatamente a rechazar la tentación sino que se detiene a discurrir con ella,

entonces la tentación comienza a hacerse *deleitosa*, invitando así al consentimiento. Pero mientras la voluntad no consienta, no hay en ello pecado mortal, sino sólo venial. Mas téngase entendido que si entonces el alma no recurre a Dios y ni pone resistencia a la tentación, ésta la arrastrará fácilmente a consentir. «Si no es rechazada la deleitación —dice San Anselmo—, ésta pasará al consentimiento, con muerte del alma.»

Cierta mujer tenida por santa, tentada del deseo de pecar con uno de sus criados, no hizo por rechazar al instante la tentación; lo cual fue incurrir en culpa, aunque sólo fuese de pensamiento. A ésta añadió luego otra mayor, cual fue callar por vergüenza en la confesión aquel su mal deseo. Y en este triste estado de conciencia le sorprendió la muerte. Como todos la tenían en opinión de santidad, quiso el obispo, por un sentimiento de devoción hacia ella, darle sepultura en su capilla particular. Mas he aquí que a la mañana siguiente se le aparece la difunta envuelta en llamas manifestándole (¡declaración tardía!) que por aquel mal pensamiento se había condenado.

4. Cuando, finalmente, a la simple deleitación se junta el *consentimiento*, el alma pierde ya la gracia de Dios, y se hace merecedora del infierno apenas consiente en el deseo de realizar el pecado (a esto llamamos *pecado de deseo*), o se deleita en tal o cual acto deshonesto como si efectivamente lo estuviera realizando (y a esto llamamos *delectación morosa*).

Cristianos de mi alma, estad siempre atentos a rechazar desde el primer instante los malos pensamientos, acudiendo al punto a implorar el auxilio de Je-

sús y de María. Quien se acostumbra a consentir en pensamientos torpes corre el grave riesgo de morir en pecado, por la sencilla razón de que este género de pecados se cometen con mayor facilidad. Un individuo puede tener en un cuarto de hora miles de malos pensamientos; pues bien, a cada pensamiento consentido le corresponde un infierno aparte.

En el trance de la muerte no puede el moribundo cometer pecados de obra, pues se halla en imposibilidad de moverse; en cambio, puede muy bien pecar de pensamiento, y a ello tienta muy poderosamente el demonio a los pobres moribundos. San Eleázaro —según refieren sus historiadores— estando en trance de muerte se vio tan reciamente tentado de feos pensamientos que exclamaba: «¡Oh, cuán grande es ahora el poder de los demonios!» El santo supo salir vencedor de todos ellos, porque ya estaba hecho a rechazar durante toda la vida todo mal pensamiento. Mas ¡ay de aquellos que tuvieron la costumbre de consentirlos!

Cuenta el P. Séñeri de uno de estos pecadores que, hallándose para morir, confesó con vivo dolor todas sus culpas. Cuando ya todos lo daban por un morador más de la gloria, se apareció trayendo la noticia de haberse condenado. Dijo que había hecho bien su última cofesión y que Dios le había otorgado su misericordia; pero que antes de expirar le pintó el demonio como una negra ingratitud el abandonar, si sanaba, a la mujer de sus pensamientos; rechazó este primer asalto de la tentación; llegó el segundo y... ya se detuvo un poco a considerar la diabólica proposición, pero acabó también por rechazarla; se repitió el asalto por tercera vez, y aquí rindió su consentimiento. Terminó diciendo que por eso

su muerte había sido en pecado mortal y que se hallaban en el infierno.

5. Jamás digas, hermano mío, lo que dicen algunos: que el pecado deshonesto no es tan grave y que Dios es benévolo con él.

¿Qué manera de hablar es esa? ¿Que *no es tan grave*? Por de pronto, es ¡es pecado mortal!, y uno solo, aunque nada más fuese de pensamiento, es suficiente para lanzarte a los infiernos. *Ningún fornicario* —dice San Pablo— *tiene parte en la herencia del reino de Cristo* (Ep. 5,5). ¡Decir que *no es tan grave*!, cuando para los mismos gentiles es este vicio el más detestable de todos por las muchas funestas consecuencias que acarrea. «El máximo mal del mundo —dice Séneca— es la lujuria». Y Cicerón afirma que «no hay peor peste que la voluptuosidad de la carne». Entre los santos, San Isidoro escribe: «Busca un pecado cualquiera, no hallarás ninguno que con éste se pueda comparar».

6. Leemos en las *Vidas de los Padres antiguos* que caminando un solitario y llevando como de continuo le acontecía por especial favor de Dios, un ángel a su lado, acertaron a pasar cerquita de un perro muerto que despedía un olor insoportable; pero el ángel no dio muestra ninguna de repugnancia. Más adelante toparon con un joven elegante y bien perfumado, y entonces el ángel se tapó las narices. Le preguntó el santo anacoreta la razón. «Es que este joven —le respondió el ángel—, manchado como está de sus lascivias, apesta más que aquel perro podrido que atrás dejamos».

Por otra parte, no hay pecado que más contente al demonio como el pecado de la impureza. «Goza

el demonio en extremo —dice Santo Tomás— cuando el hombre cae en pecado de lujuria, porque luego difícilmente se apartará de este vicio.»

7. Y ¿por qué es difícil?

1.º Porque el vicio impuro ciega al pecador de suerte que no le deja ver la ofensa que a Dios hace ni el miserable estado de condenación en que vive y duerme. Más aún, le quita —como dice Oseas— hasta el deseo de tornar a Dios: *No dirigen sus obras a la conversión hacia su Dios. Y ¿por qué? Porque se ha adueñado de ellos el espíritu de fornicación* (Os. 5,4).

2.º Porque la impureza endurece el corazón y lo hace obstinado.

3.º Porque de este pecado se origina (y es el principal motivo de complacerse tanto satanás en él) un sinnúmero de otros pecados, como hurtos, odios, homicidios, perjurios, murmuraciones, etc.

Nunca digas, pues, ¡oh cristiano!, que los pecados de impureza «no tienen tanta importancia».

8. Ni te ampares tampoco diciendo que *Dios es transigente con los pecados de la carne*. ¿Transigente? Pues has de saber que no hay pecado que más terriblemente haya castigado el Señor entre los hombres. Lee las Sagradas Escrituras y verás que por este pecado hizo Dios llover fuego del cielo que abrasó cinco ciudades con todos sus moradores. Verás que en castigo del mismo envió el diluvio universal: *Porque todo carne había corrompido su camino* (Gén. 6,12). Todos los hombres estaban encenagados en este vicio; en vista de lo cual, Dios hizo llover por espacio de cuarenta días y cuarenta noches, salvándose únicamente de la muerte las ocho personas que entraron en el arca: *Vino el diluvio y los arreba-*

tó a todos (Mt. 24,39). Más todavía; verás que habiendo entrado los hebreos en Settim, ciudad de Moab, y habiéndose dado a pacar con las mujeres moabitas, Moisés, obedeciendo las órdenes de Dios, hizo pasar a cuchillo veinticuatro mil hebreos: *El pueblo comenzó a prostituirse con la hijas de Moab... y en la matanza perecieron veinticuatro mil hebreos* (Núm. 26, 1, 9).

Y en nuestros días vemos también cómo Dios castiga la lujuria aun en esta vida. Entrad en el Hospital de los Incurables y pregunta a tantos desventurados jóvenes de ambos sexo por qué se ven sometidos a los tormentos del tajante bisturí o de botones de fuego, y os tendrán que responder que a causa de sus desórdenes sexuales: *Puesto que me dejaste —dice Dios— y me echaste a tus espaldas, también yo echaré sobre ti tu lujuria y tus prostituciones* (Ez. 23,35).

9. Esto en cuanto a los castigos de esta vida; porque ¿cuáles no serán los que al deshonesto aguardan en la otra? Dices que Dios transige fácilmente con este pecado. Pues San Remigio, citado por Santo Tomás de Villanueva, afirma que de los adultos pocos son lo que se salvan, por culpa del pecado de la carne. Y el P. Séñeri dice que de los que se condenan, tres cuartas partes es por deshonestos.

10. Refiere el Papa San Gregorio que un noble personaje cometió un gran pecado contra la castidad; al principio tuvo fuertes remordimientos de conciencia, pero en vez de confesar inmediatamente su pecado, lo fue retardando un día y otro día, hasta acabar por no hacer caso de él ni de las voces de Dios llamándole a penitencia. Le asaltó la muerte de rebato, muriendo sin señal ninguna de arrepentimiento.

Y oíd lo que pasó: después que lo hubieron enterrado, se vio salir de su sepultura varios días seguidos una llama, que fue reduciendo a cenizas la carne y los huesos del infeliz, y hasta el sepulcro entero.

11. Otro caso espantoso nos refiere el célebre Venancio Fortunato, obispo de Poitiers, en la *Vida de San Marcelo*, obispo de París. Murió una dama de vida deshonesta. Los días siguientes al entierro se vio una gran serpiente que día tras día venía al sepulcro a cebarse en las carnes de la desdichada difunta. El macabro espectáculo tenía aterrorizados a todos los habitantes, hasta que el santo obispo Marcelo, hiriendo a la serpiente con su báculo pastoral y poniéndola mandato de no aparecer más por allí, la alejó definitivamente.

Remedios contra las tentaciones de impureza

12. A quienes no son capaces de conservarse castos o que están en grave peligro de pecar, Dios les ha dado una solución, que es —como dice San pablo— contraer matrimonio; *Si no pueden guardar continencia, que se casen; pues es mejor casarse que abrasarse* (1Cor. 7,9).

—Pero, Padre —me dirá alguno—, el matrimonio es carga muy pesada.

—No lo niego; pero ¿no acabas de oír lo que dice el Apóstol: que es preferible casarse y soportar el duro peso del matrimonio a tener que arder un día en el infierno?

Por lo demás, nadie piense que los que no quieren o no pueden casarse no tengan otra solución, para conservarse castos, que el matrimonio. No hay quien

con la gracia de Dios y con el recurso de la oración no pueda superar las tentaciones del infierno.

Hay, pues, otros remedios, que son:

13. 1.º *El primero es andar siempre delante de Dios en humildad.* Castiga Dios la soberbia de algunos permitiendo que caigan en pecados contra la castidad. Hay que ser humilde y desconfiar en absoluto de las propias fuerzas. David confesaba que, por falta de humildad y sobra de confianza en sí mismo, había caído en el pecado: *Antes de ser humillado me descarrié* (Sal. 119,67). Debemos temer de nosotros mismos y poner en Dios toda nuestra confianza, para que nos libre de caer en este género de pecados.

14. 2.º *El segundo remedio es acudir inmediatamente a Dios implorando su auxilio,* sin detenerse a dialogar con la tentación. Apenas apunte en el alma una representación impura volvamos el pensamiento a Dios o a cualquier otro asunto indiferente; pero aún será mejor pronunciar entonces los nombres de Jesús y de Mará, y continuar con ellos en los labios mientras no desaparezca, o se debilite, por lo menos, la tentación. Y cuando ésta se hiciera fuerte y violenta, renueve en la voluntad el propósito de no pecar, diciendo: «Dios mío, prefiero morir antes que ofenderos», y al mismo tiempo pida el socorro del cielo: «Jesús y María, ayudadme.» Los nombres de Jesús y María tienen un poder extraordinario para ahuyentar las tentaciones del demonio.

15. 3.º *El tercer remedio es frecuentar los sacramentos de la confesión y comunión.*

Es de gran provecho descubrir al confesor las tentaciones deshonestas. «Tentación descubierta—

decía San Felipe Neri— es tentación medio vencida. Y si alguno, por desgracia, resbalase en esta materia, vaya a confesarse al momento. San Felipe Neri consiguió sacar del vicio a un joven ordenándole que tan pronto como cometiese alguna falta acudiese a declararla en el confesionario.

La comunión, por su parte, es también poderosísima para defendernos de las tentaciones. Se llama al Santísimo Sacramento *vino que engendra vírgenes*. Por este vino se entiende aquel que, consagrado en el altar, se hace sangre de Jesucristo. El vino terrenal perjudica a la castidad; el celestial, en cambio, la conserva.

16. 4.º *El cuarto remedio es tener devoción a María, Madre de Dios, a la cual llamamos Santa Virgen de vírgenes.* ¡Cuántos jóvenes, merced a la devoción a Nuestra Señora, se conservan puros y santos como los ángeles!

Cuenta el P. Señeri que fue a confesarse con un Padre jesuíta un joven atascado en las ciénagas de la lujuria; tanto lo estaba que el confesor se vio en la necesidad de despedirlo sin absolución; pero le recomendó que todas las mañanas, al levantarse, rezase tres Avemarías a la pureza de la Santísima Virgen, pidiéndole lo arrancase del vicio.

Volvió el joven, al cabo de muchos años, a confesarse con el mismo Padre, y, terminada la confesión (en la que apenas si pudo señalar algún que otro pecadillo venial) le dijo:

—Padre, ¿no me conoce? Yo soy aquel joven que, años atrás, no mereció su absolución a causa de la vida tan deshonesta que llevaba. Hoy, gracias a Dios, me veo libre, merced a las tres Avemarías que todas las mañanas, siguiendo el consejo de usted, he rezado.

Y le dio permiso para que, sin citar el nombre, hiciese público el caso. No acabaron aquí los favores de la Santísima Virgen; porque refiriendo desde el púlpito el dicho confesor este suceso, lo oyó un capitán, que desde hacía muchos años traía relaciones pecaminosas con una mujer; y él también empezó desde entonces a rezar las tres Avemarías con lo que consiguió romper los criminales lazos. Un día le tentó el demonio a visitar la casa de aquella mujer con el buen propósito de convertirla. Mas ¿qué sucedió? Que al poner los pies en el dintel de la puerta, sintió una fuerza invisible que lo fue empujando hacia atrás hasta ponerlo a gran distancia. Reconoció en esto una vez más la protección de María Santísima, pues, de haber entrado en la casa, y teniendo la ocasión a la mano, fácilmente hubiera vuelto a pecar.

Practicad, pues, todos ésta sencilla devoción de rezar cada mañana tres Avemarías a Nuestra Señora, añadiendo después de cada Avemaría la siguiente invocación: «Oh María, por vuestra pura e inmaculada concepción, conservad puro mi cuerpo y santa mi alma.»

17. 5.º *El quinto remedio* (y el más eficaz, por cierto, en esta materia) *es huir de la ocasión*: Este es, generalmente hablando el principal de todos los medios y remedios para ser casto. Excelentes son, a decir verdad, la frecuencia de sacramentos, el recurso a Dios en el momento de la tentación y la devoción a María Santísima, pero por encima de todos está la huida de las ocasiones. La escritura nos dice: *Será vuestra fortaleza como estopa en llamas... que no habrá quien la apague* (Is. 1,31). Nuestros mejores propósitos son como estopa sobre el fuego, que

en seguida arde y desaparece; ¿no sería una milagro que la estopa entonces no ardiera? Pues milagro sería también ponerse el hombre en la ocasión y no caer. Escribe San Bernardino de Sena que «ponerse en la ocasión y no pecar es mayor milagro que resucitar a un muerto». Y San Felipe Neri solía decir que en esta guerra de los sentidos, vencen los cobardes, es decir, los que delante de la ocasión huyen.

Y no digas: «Espero que Dios me ha de ayudar», pues el mismo Dios ha dicho: *Quien ama el peligro, perecerá en él* (Eclo. 3,27). Dios no ayuda a quien voluntariamente y sin necesidad se mete en la ocasión. Y téngase además presente que el que voluntariamente se pone en ocasión próxima de pecar, por el hecho mismo ya ha pecado, aun cuando no tuviera intención de realizar la acción pecaminosa a que se expone.

18. Puestos en la ocasión, aun los mismos santos cayeron, y hasta ha habido moribundos que, estando ya poco menos que exhalando el último suspiro, pecaron.

Refiere a este propósito el P. Señeri que hallándose gravemente enferma una mujer que de muchos años atrás venía sirviendo alegremente de concubina a un caballero, mandó llamar a un confesor, a quien con lágrimas de arrepentimiento confesó todos los pecados de su vida desordenada. Luego hizo venir a su lado al amigo para exhortarle a que, a ejemplo suyo, se entregase al servicio de Dios. Mas oído lo que pasó y ved cuán grande es la fuerza de la ocasión. Llegó el caballero; se puso ella a contemplarlo y, al fin de un arrebató de pasión le dijo: «Yo siempre te quise, amor mío, y ahora te quiero más que

nunca. Comprendo que por tu causa voy derecha al infierno, pero nada me importa condenarme mientras pueda decirte que te amo.» Y con estas palabras en los labios expiró.

19. Huyamos, pues, de la ocasión si queremos salvarnos.

Por consiguiente:

1.º Guardémonos de poner la vista en persona que pudiera despertar en nosotros malos deseos. «Por los ojos —escribe San Bernarno— entra en la mente la flecha del impuro amor»; por los ojos entran en el alma los dardos que la matan. Y el Espíritu Santo dice: *Aparta tu rostro de mujer muy compuesta* (Eclo. 9,8). Pero ¿qué?; ¿por ventura es pecado mirar a las mujeres? Por de pronto, es pecado venial fijar la vista en mujeres jóvenes, y hay peligro de que llegue a mortal si las miradas son insistentes. «Peligro es mirar —dice San Francisco de Sales—, pero mucho más peligro es remirar.» Un antiguo filósofo, por librarse de impúdicas sugerencias, se arrancó los ojos. A nosotros los cristianos no nos es lícita semejante mutilación física, pero sí debemos en un sentido moral sacarnos los ojos apartándolos de todo objeto tentador. San Luis Gonzaga nunca contempló ninguna mujer, y aun mientras hablaba con su madre, mantenía los ojos clavados en el suelo.

Y este peligro de que hablamos, también lo tienen las mujeres que fijan sus miradas en los jóvenes.

20. 2.º Huyamos, en segundo lugar, de las malas compañías y de toda reunión donde juntos parlán y galantean alegremente hombres y mujeres. *Limpio serás con el limpio sagaz con el perverso astuto*

(Sal. 18,27), es decir, que si andas entre gente buena, tú también lo serás; pero si tratas con deshonestos, llegarás a ser uno de ellos. Dice Santo Tomás de Aquino que «el hombre será lo que sean los amigos que lo rodean.»

Y si aconteciere hallarte en tales reuniones y no puedes ausentarte de allí, sigue entonces el consejo del Espíritu Santo: *Pon a tus oídos seto de espinas* (Eclo. 28,28); seto de espinas, para que no entren las palabras obscenas que otros dijeren.

San Bernardino de Sena, cuando joven, si oía alguna palabra inverecunda, se ponía encendido de rubor; por eso se guardaban muy bien sus amigos de decir chocarrerías en su presencia. Causaban éstas a San Estanislao de Kostka tal repugnancia que, oyéndolas se desvanecía y perdía el sentido.

Muchacha, cuando alguna conversación oyeres que ofende el pudor, vuelve las espaldas y aléjate. Esto hacía San Edmundo, según leemos en su Vida. Cierta día, habiéndose alejado de unos amigos por no oír su lenguaje licencioso, dio en el camino con un joven hermosísimo, el cual le saludó diciendo: «Dios te salve, amigo mío.» El Santo le preguntó quien era. «Mírame a la frente y verás escrito en ella mi nombre». Alzó Edmundo los ojos y leyó: *Jesús Nazareno, Rey de los judíos*. ¡Era Jesucristo!, el cual, en aquel mismo instante, desapareció, dejando al Santo inundado de alegría.

Tú, por lo menos, cristiano, cuando te vieres entre jóvenes que conversan licenciosamente y tienes que estar allí, no prestes atención, vuelve el rostro, dándoles a entender de esta manera que su conversación te desagrada.

21. Quiero contaros el castigo que dos libertinos tuvieron por su pláticas inmorales.

Volviendo a su monasterio San Walarico, un día de crudo invierno. Pidió asilo en una casa; pero al entrar encontró al dueño hablando indecencias con otro amigo suyo. El Santo les reprendió; más ellos contestaron con risas e injurias, continuando en su pícara conversación. San Walarico, no obstante el frío intenso de la noche, se salió de la casa. Apenas el Santo había desaparecido, cuando el dueño de la casa quedó repentinamente ciego y el compañero herido de horrible peste. Corrieron detrás del Santo instándole inútilmente a que volviera. Total, que el dueño quedó ciego para siempre y el compañero murió víctima de su apestoso mal.

¡Cuán grandes estragos hacen las conversaciones obscenas! Una palabra deshonestas puede ser causa de perdición para todos los que la escuchan.

Y no te excuses con que la dijiste en plan de broma. ¿Broma llamas a eso, cuando tú mismo te estás complaciendo en lo que hablas, y estás con tu lenguaje escandalizando a los demás? Esas bromas, desgraciado de ti, te harán llorar por toda la eternidad en el infierno.

22. Pero volvamos a lo que veníamos diciendo de las ocasiones que principalmente debemos evitar.

3.º Hay que abstenerse, en tercer lugar, de contemplar pinturas o estampas indecorosas. San Carlos Borromeo prohibió a los padres de familia tenerlas en sus casas.

Hay que privarse también de la lectura de libros malos, entendido por tales no sólo los intencionada-

mente pornográficos, sino en general todos lo que tratan de amores profanos.

Y vosotros, padres, quitad a vuestros hijos de leer novelas, cuya lectura puede serles aún más nociva que los de los libros obscenos; empiezan por despertar en el pobre corazón juvenil ciertos malignos afectos que le quitan la piedad y luego los empujan al pecado. «Las lecturas frívolas —escribe San Buenaventura— engendran frívolos pensamientos y extinguen la devoción.

Dad a leer a vuestros hijos libros espirituales o de historia eclesiástica o Vidas de los Santos. Y aprovecho la ocasión para repetiros el consejo de no permitir que vuestras hijas tomen lecciones de abecedario y escritura de ningún hombre, aunque éste fuera un San Pablo o un San Francisco de Asís: que los santos ¡sólo están seguros los del cielo!

23. Tampoco deben consentir los padres que sus hijos representen comedias o que asistan a representaciones obscenas. San Cipriano escribe: «La mujer que entró pura en la sala de espectáculos, torna impura. Ese muchacho o aquella joven iran en gracia de Dios y volverán a sus casas privados de la gracia divina. También deben prohibirles ciertas fiestas —fiestas del demonio— donde se baila y se flirtea y hay canciones y bromas picantes y diversiones pecaminosas. «Donde se baila —decía San Efrén— se celebra la fiesta del diablo».

Se me dirá: Pero ¿qué mal hay en ello, siendo así que todo es puro pasatiempo?

¿Que qué mal hay? Oíd a San Pedro Crisólogo: «No son, no, cosa de juego, sino crímenes»; no son un simple divertimento, sino graves ofensas de Dios.

Un compañero del siervo de Dios Juan Bautista Vitelli quiso asistir, contra la voluntad de su padre a una de estas fiestas que se daban en Norcia; allí perdió el tesoro de la gracia, luego se abandonó a una mala vida y acabó, finalmente, a manos de un hermano suyo.

24. Llegados a este punto, tal vez alguno me pregunte: ¿Será pecado mortal galantear?

¿Qué queréis que os diga? Que ordinariamente hablando es muy difícil que quienes andan en este juego no estén en ocasión próxima de pecado mortal. La experiencia enseña que de estos galanteadores y enamorados muy raros son lo que no caen en culpas graves. Tal vez al principio de la amistad no las cometan, pero sí fácilmente después andando el tiempo: primero se conversa por simpatía, luego la simpatía se hace pasión y cuando la pasión se ha hecho fuerte, ciega entonces la razón y precipita al alma en mil pecados de impuros pensamientos, de palabras escandalosas y de torpes acciones. El cardenal Pico de la Mirándola, obispo de Albano, ordenó en su diócesis a todos los confesores que no absolvieran a estos enamorados cuando, después de corregidos, continuasen en su amoroso juego sobre todo siendo a solas o durante horas muertas o a escondidas o amparándose en la oscuridad de la noche.

—Pero, Padre, yo no lo hago con mal fin: ni siquiera tengo malos pensamientos.

Sin embargo, insisto: huíd, jóvenes; huíd muchachas, de estos coloquios amorosos con personas de diferente sexo. El demonio procede de esta manera: al principio no te pondrá malos pensamientos; mas una vez que el afecto vaya echando raíces, te cega-

rá, de suerte que no veas ya ni lo que haces; y sin saber cómo te hallaras con que has perdido alma, Dios y honra. ¡Cuántos desgraciados jóvenes gana para sí el demonio por este camino!

APENDICE III

Según la opinión de los Santos y maestros de espiritualidad, incluido San Ligorio, la mayor parte de las almas que se condenan, es por causa de los pecados de la carne.

Aquí San Ligorio, en el apartado 9, nos atrae la opinión de Santo Tomás de Villanueva, quien afirmaba que “los adultos son muy pocos los que se salvan por culpa de los pecados de la carne”. Y según el P. Señeri, “las tres cuartas partes de los que se condenan es por causa de los pecados deshonestos”.

Pues si así pensaban los santos antes de existir el cine y la televisión, ¿qué dirían ahora si vieran cómo está el mundo? Las playas, las piscinas públicas, las discotecas y la misma televisión. ¿qué son sino enredos del diablo para seducir y arrastar a millones y millones de almas insconscientes? Pues si en tiempos de San Ligorio él creía que de cuatro partes tres se condenaban por culpa de los pecados sexuales, ¿qué diría ahora en esta sociedad donde todo rezuma sexo por todas partes?

Pues siendo esto así, ¿cómo es que los sacerdotes y predicadores hablan tan poco de ello y le dan tan poca importancia a este gravísimo tema? ¿Por qué se habla tanto del amor al prójimo, insistiendo tanto en ello, mientras no se dice una sola palabra de la gravedad de los pecados de la carne que son los

que llevan mayor número de almas al infierno? ¿No será esto un ardid del demonio, que quiere se insista tanto en lo que menos daño le hace, restando importancia a lo más grave, para tener asegurada la perdición del mayor número de almas?

Siendo, pues, el pecado de la carne el que más almas lleva al infierno, como siempre han dicho los santos, y como reveló la Santísima Virgen a Jacinta de Fátima, no cabe duda que lo que más daño hace al diablo y mayor bien a las almas es enseñarles a huir de sus redes. Aquí San Ligorio, con toda su categoría de Doctor de la Iglesia y Príncipe de Moralistas, nos dá varios remedios. Pero el principal de todos, el que él llama "*el remedio de los remedios*", es el que nos dá en el apartado 17, que consiste en la *huída de las ocasiones*. Este apartado es sin duda el más importante de todo el libro, y el tema en el que más debieran insistir predicadores y confesores.

¿Y cuales son, pues, dichas ocasiones? —San Ligorio nos habla en los apartados del 17 al 24 de muchas de ellas, que serían, sin duda, las principales de su tiempo. Pero los tiempos han cambiado y hoy las hay mucho más graves que, aunque no las condena el Santo porque entonces no existían. podemos suponer lo que diría de ellas por lo que dice de otras parecidas de mucha menor importancia.

En el apartado 19 se pregunta: "¿Por ventura es pecado mirar a las mujeres?" Y contesta: "Por de pronto es pecado venial fijar la vista en mujeres jóvenes, y hay peligro de que llegue a mortal si las miradas son insistentes". Ahora bien: Si para un hombre resulta que es pecado venial fijarse en una mujer, por el simple hecho de ser joven y mujer, ¿qué clase de pecado podrá ser si además es bonita y se

presenta semidesnuda con ademanes francamente provocativos? ¿Qué diría el Santo si viviera en nuestro tiempo y viera cualquiera de nuestra playas en verano, o las películas de la televisión?

En los apartados 22 y 23 etc. habla de otros peligros que pueden servirnos para comprender la gravedad de otros muchos más serios e importantes que existen hoy y no existían en su tiempo. ¿Qué diría si viera la pornografía de hoy? ¿Qué diría si viera las costumbres y las modas de hoy? ¿Qué diría si viera la juventud de hoy y el ambiente en que se vive? Saquemos conclusiones y pensemos que estas cosas no las decía un chalado, son palabras de un doctor de la Iglesia y el primero y más importante en materia de teología moral.

SEPTIMO MANDAMIENTO

No robarás (Ex., 20,15)

§ 1. —Del robo

1. ¿Qué se entiende por robo? —Apoderarse de los bienes ajenos *sin justa causa y contra la voluntad* de su dueño.

Decimos *sin justa causa*, pues, si un individuo se halla en extrema necesidad o un acreedor no puede de otro modo percibir lo que se le debe, será entonces lícito apropiarse lo ajeno sin el consentimiento de su dueño.

a) *En cuanto a la necesidad*: Debe ser ésta una necesidad extrema; como sería la de aquel que, de

no tomar de lo ajeno, tuviera que verse en peligro próximo de la muerte o de gravísimo daño.

Pero entiéndase que sólo podrá apoderarse de lo que estrictamente necesite para librarse de semejante peligro.

Lo dicho no vale para el que se halle en necesidad *grave*, pero no *extrema*; este tal no puede de ninguna manera apoderarse de lo ajeno contra la voluntad del dueño, como consta por la proposición 36, condenada por Inocencio XI.

b) *En cuanto a la compensación*: Únicamente es lícita cuando el adeudamiento es cierto y no hay otra manera de rescatarlo.

No puede, por consiguiente, un criado —según se dijo anteriormente al hablar del cuarto mandamiento— compensarse ocultamente por sus servicios, por el mero hecho de que él no los juzgue suficientemente retribuidos. Véase en el cap. 4, n. 27 la afirmación condenada por Inocencio XI.

Dijimos, en segundo lugar, *contra la voluntad de su dueño*; porque si éste consiente, o se presume como cosa cierta el consentimiento, no sería entonces hurto tomar de sus bienes.

2. El robo, cuando, respecto de la persona a quien se roba, es grave, constituye pecado mortal, y el ladrón se hace reo del infierno. *Ni ladrones, ni codiciosos..., ni salteadores herederán el reino de Dios* (1Cor. 6,10). Pecado es éste para el que la humana justicia tiene también sus castigos, incluso, a veces, hasta la muerte, ya que los ladrones destruyen la paz de la sociedad entera.

3. Así que todo hurto, en llegando a materia grave, es pecado mortal; y no importa que la cantidad

se haya robado de una vez o poco a poco, ya que los pequeños hurtos se acumulan, llegando a formar en su conjunto materia grave.

Si el robo se realiza, no a escondidas, sino por la violencia, será doble pecado, por ser doble la injusticia que entonces se comete. Y si es de cosa sagrada, o se perpetra en lugar santo, será, además, un sacrilegio.

4. No sólo roba el que se apodera de bienes ajenos, roba también el que, pudiendo hacerlo, no paga a sus obreros o criados el debido salario o defrauda al menestral o a cualquiera otra persona que trabaja para él. Esto es lo que llaman *hurtos honrados*, *hurtos de gente de bien*, la cual no suele tener de ellos el menor escrúpulo. Pero ¿para cuántos será el motivo de condenación! *El escaso pan* —dice la Sagrada Escritura— *es la vida de los pobres y quien se lo quita es un asesino* (Eccl. 34,25). Quien al pobre defrauda, le quita la vida, pues le priva de aquello con que la mantiene. Dice el Apóstol Santiago: *El jornal de los obreros que han segado vuestros campos, defraudado por vosotros, clama al cielo, y sus gritos han llegado a los oídos del Señor de los ejércitos* (Sant. 5,4). Por eso nos advierte el Espíritu Santo que saldemos cumplidamente las cuentas con el pobre antes que se haga de noche, es decir, tan pronto como nos sea posible: *Dale cada día su salario, sin aguardar a que se ponga el sol, porque es pobre y lo necesita* (Dt. 24,15). No digas: —Ya se lo pagaré mañana. Porque tal vez hoy se está muriendo de hambre.

Leemos en el P. Del Verme, que Joserammus, hijo de Luderico conde de Flandes, difirió, en tiempo

de carestía, el pago de una cesta de fruta que le había vendido una mujer. La dilatación fue causa de que a aquella pobre vendedora se le murieran de hambre tres niñitos que tenía. El conde, al saberlo, castigó la conducta de su hijo, haciéndole degollar. «Vergonzoso es —escribe Casiodoro— robar a aquellos a quienes debemos dar.»

5. Peca también, y para el caso es como si robase, el que injustamente damnifica al prójimo en sus bienes, y está obligado a restituir, si el daño fue con advertencia. Dígase lo mismo, en cuanto al pecado y a la restitución, del que impide que otro perciba lo que en justicia se le debe, o del que con torpes enredos, violencias o calumnias priva al prójimo de algún beneficio que podía venirle, si no por estricto derecho, tal vez por donación o legado testamentario.

6. Pecan y están obligados a la restitución todos aquellos que cooperan en el robo o daño del prójimo con su mandato o consejo; igualmente quienes no lo impiden pudiéndolo impedir, como deben hacerlo por obligación los guardas que el dueño tiene para su hacienda y, en general, todos los criados cuando se trata de defender los bienes del amo contra ladrones extraños.

Fuera de estos casos, quien a poca costa puede evitar al prójimo un grave daño y no lo evita, no está obligado a restituir, pues no falta a la justicia; pecaría, sin embargo, contra la caridad.

7. Roba el que, habiendo encontrado fortuitamente algún objeto y sabiendo quién es su dueño, no lo restituye; o si, desconociendo al dueño, no hace ninguna diligencia para averiguarlo.

Las cosas halladas deben conservarse mientras haya esperanzas de que aparezca su propietario. Y advierto que, cuando el objeto es de mucho valor, una costosa prenda de vestir, por ejemplo, o de una sortija valiosísima, o una cartera llena de billetes, siempre es de esperar que tarde o temprano aparezca el dueño, el cual, buscando acá y acullá, habrá hecho seguramente correr la voz por todas partes por donde anduvo, y así fácilmente se llegará a saber más tarde o más temprano cuyo es el objeto perdido.

8. Peca quien compra cosa robada.

Y no vale decir: «Es que, si no la compro yo, la comprarán otros.»

Escucha lo que se refiere de un soldado que por la fuerza se apoderó de la chotilla de una pobre aldeana. Lloraba la mujer al mismo tiempo que increpaba al soldado con estas palabras:

—Pero ¿y por qué te empeñas en llevarme la chotilla?

—Es que, señora, si no se la quito yo, se la han de quitar otros...

Sucedió que el soldado cayó herido y murió. Condenado al infierno, aparecióse acompañado de un demonio que descargaba sobre él fieros azotes.

—¿Por qué me golpeas? —gritaba el infeliz—

Y el demonio respondía:

—*Es que si no te azoto yo, otros te habrán de azotar.*

No os dejéis, pues, engañar por el enemigo con ese pensamiento: ¡Si no me apodero de esto, otros se lo habrán de llevar! Si otros lo roban, ellos se condenarán; pero si la robas tú, tú serás quien se vaya al infierno.

Ni digas tampoco: «¡Pero yo lo pago con mi dinero!»

¿No sabes que es cosa robada y que, por consiguiente, no puedes apropiártela? Si la compraste, hicistes mal en comprarla, y ahora estás obligado a restituirla.

9. También son reos de hurto los que, al comprar o vender, cometen fraudes o injusticias y los que no se atienen a las condiciones de los contratos que hacen o fuerzan a los amos con huelgas y chantajes a firmar los contratos contra su voluntad.

“Con respecto a las ventas, no se puede engañar a los clientes ocultando los defectos de las mercancías o exajerando su valor. Quien vende artículos defectuosos como si fueran buenos, estafa a los clientes y queda obligado a restituir no solamente la diferencia cobrada de más sino, posiblemente, todo lo que cobró por los artículos, y aun tal vez más si por causa de sus defectos hubieren sido perjudicados”.

“Consideremos sino, los perjudicados por el aceite de colza, ¿podría quedar satisfecha la conciencia de los estafadores con devolver el dinero cobrado? De ninguna manera; pues con devolver el dinero ni con nada del mundo podrán devolver la salud a los perjudicados.” (El editor).

10. Negociantes, ¿queréis ganar mucho? Pues sed veraces en todo.

Cuenta Cesario de dos mercaderes que en sus confesiones siempre se acusaban, pero sin enmendarse nunca, de mentiras que decían en el negocio. El negocio no prosperaba. Un día el confesor les dijo: «No volváis a decir jamás una mentira, y yo os prometo bajo mi palabra, que haréis grandes ganancias.» Y así fue: con la verdad siempre en los labios, cobra-

ron fama de hombres honrados y sinceros, haciendo ahora con la verdad más dinero en un año que antes con la mentira en diez.

Pasemos ya a tratar de la restitución.

§ 2. —De la restitución

11. Personas hay que habrán robado y que, si el confesor le manda restituir piensan que eso es imponerles excesiva penitencia.

No, amigos, no se trata de penitencia, sino de una obligación de justicia de la que no puede descargarnos el confesor ni el obispo ni el Papa. *Pagad a todos vuestras deudas* (Rom. 13,7), dice San Pablo. Y hay que entregar la cosa a su dueño; si aquélla ya no existen se deberá entregar el precio de la misma; y si el dueño ya murió, la restitución se hará a sus sucesores herederos. Si nada se sabe del dueño ni de los herederos tampoco, entonces se restituirá repartiendo el precio entre los pobres o encargando misas por el alma del dueño.

12, La restiución debe hacerse sin demora.

Hay quienes poseen bienes ajenos y tienen ánimo de devolverlos pero dicen: «Cuando muera, trataremos del asunto.»

Es decir, que están dispuestos a restituir pero... ¡cuando ya no pueden llevarse las cosas consigo!

El que, pudiendo restituir, difiere la restiución por mucho tiempo, peca mortalmente aunque su intención sea la de restituir. Solamente se librará de pecado mortal si la dilación es corta: diez o quince días, pero no más. Pero si esta dilación, aun siendo pequeña, ocasionase al dueño algún perjuicio, el deudor estará obligado a resarcir el daño, pues no hay

duda ninguna que el ladrón está obligado a indemnizar al propietario todas las pérdidas provenientes del hurto.

A aquel que puede restituir inmediatamente y no quiere hacerlo, debe negársele la absolución; de lo contrario, se corre el riesgo de que no restituya nunca, supuesto que la restitución es siempre cosa harto dura.

Un caballero guardaba consigo cien doblas robadas. Fue a confesarse: el confesor le advirtió la obligación de devolverlas y tal vez le amenazó con negarle la absolución si antes no restituía.

—Padre —dijo el caballero—, apenas llegue a casa las entregaré.

Mas luego no lo hizo. Muchas otras veces repitió la misma promesa, pero sin cumplirla nunca; hasta que al fin, tuvo que decirle el confesor.

—Pues, si quiere que le absuelva, váyase ahora mismo a casa y tráigame la bolsa con el dinero; entre tanto no espere mi absolución.

Fuese y trajo la bolsa.

—¡Ea, entregadmela! —díjole el confesor.

—Padre —respondió el caballero—, alargad la mano y tomadla vos mismo.

Y así restituyó. Por donde podéis ver, hermanos míos, cuán difícil sea la restitución y cuán expuesto, por consiguiente, absolver antes de que ésta se efectúe. Y cosa cierta es que no puede ser perdonado por Dios quien no restituye. «No se remite el pecado —dice San Agustín— si no restituye lo robado». De ahí que San Antonino asegure «no haber otro pecado más peligroso para un alma que el de robo»; y la razón que da es que los otros pecados basta arrepentirse de ellos, mientras que para el la-

drón no hay perdón posible, ni aun entregándose a todas la penitencias imaginables, si, pudiendo restituir, no restituye.

13. ¡Pobre de aquel que guarda entre sus manos lo que no es suyo! Escuchad este episodio que refieren varios autores. Un usurero, en trance de muerte, fue obligado por el confesor a restituir todo el fruto de sus latrocinios. El enfermo hizo venir a la cabecera de su cama cuatro personas, a las cuales entregó el dinero junto con otros objetos mal adquiridos, con el encargo de que ellas lo restituyesen a quienes correspondía.

Retiróse el confesor a su convento y, hallándose en oración, vio a un demonio deshecho en llanto, porque se le había ido de las manos el alma de aquel prestamista. Pero luego vio cómo otro demonio le consolaba diciendo:

—¡Tonto! ¿Por qué lloras? ¿No ves que si has perdido un alma, has ganado cuatro? Ocúpate un poquito de aquellos cuatro individuos que recibieron el encargo del dinero y verás qué fácilmente son tuyos.

14. ¡Pobre de aquel —vuelvo a repetir— que guarda en su poder bienes robados al prójimo! ¡Cuán difícil es que restituya y cuán fácil que se condene!

¿Y pensáis que durante la vida los van a hacer más felices aquellos bienes ajenos? Ciertamente que no pues llevarán siempre clavada en la conciencia la espina del remordimiento.

Se cuenta en la vida de San Medardo que un ladrón le robó un buey. Se lo llevó consigo a casa; pero el cencerro que traía colgado en el cuello tocaba

sin tregua, aun estándose el animal sin menearse. Sobrevino la noche y, temiendo el ladrón ser descubierto, atiborró de paja el esquilón, el cual, no obstante, seguía sonando. ¿Qué hizo entonces? Quitárselo del cuello a la bestia y meterlo dentro de un arca, pero el cencerro no dejaba de tocar. Escondido debajo de tierra y ni por eso logró que aquel cacharro callara. Lleno entonces de espanto, determinó devolver el hurto y en el mismo instante dejó de sonar el cencerro.

Apliquemos el cuento: Se diría que las cosas robadas llevan dentro de sí una esquililla que suena de continuo y dice: «Si no me devuelves, te condenas.» Y con este pertinaz remordimiento, ¿podrá nadie ser feliz?

15. —¡Pero, Padre, me es imposible restituir!

—Si verdaderamente no puedes, por estar tan necesitado que no tienes apenas para tu diario sustento ni para el de tus hijos, en tal caso no te obliga la restitución. Basta que mantengas en tu ánimo el deseo de restituir tan pronto como te sea posible, o que restituyas aquello poco que ahora puedes; porque el que no puede restituir totalmente, está obligado a restituir la parte de que disponga, retirando a este fin, por ejemplo, una pequeña cantidad o alguna cosita cada semana.

—Pero, a ese paso, nunca llegaré a restituirlo todo.

—No importa; con que restituyas lo que puedas, has cumplido.

16. ¿Y qué pensar de aquellos que podrían restituir, pero dicen: Si restituyo ¿qué va a ser de mi familia?

Y si vas al infierno —te digo yo— ¿qué va a ser de ti?

Se cuenta en la Vida del venerable P. Luis Lanuza, célebre misionero de Sicilia, muerto el año 1656, que habiendo ido a confesar a un señor de alta posición, cuya hacienda en gran parte se había amasado con robos e injusticias, le intimó la obligación en que estaba de restituir.

Mas tarde arguyó:

—Padre mío, si restituyo, no podrá el hijo que tengo vivir su posición.

El P. Luis le rogó, le amenazó; pero todo fue inútil; no pudiendo quebrantar su obstinada voluntad, se despidió de él. A la mañana siguiente, habiendo salido de sus quehaceres y cuando caminaba por un paraje seolitario, vio venir por el camino cuatro individuos de aspecto moruno, que conducían a un hombre atado sobre un jumento. Preguntó que a dónde conducían a aquel infeliz. «Al fuego», respondieron. Contempló el Padre y reconoció en él al obstinado caballero de marras. Luego, al volver al pueblo, se enteró de que pocas horas antes había muerto aquel desgraciado.

Ahí podéis ver como acaban los que, por dejar mejorados a sus hijos, no quieren restituir.

17. ¡Gran locura es querer condenarse por dejar a los hijos una fortuna! Si caes en el infierno, ¿irán tus hijos a sacarte de él?

Oíd el siguiente relato que nos hace Pedro del Palude. Erase un padre de familia, el cual se resistía a la restitución ante la perspectiva de dejar a sus hijos en la pobreza. Para hacerle entender la locura que cometía, acudió el confesor a esta ingeniosa estrata-

gema: le dijo que si quería curar de su enfermedad, bastaba que se untara el cuerpo con un poco de grasa extraída, por medio del fuego, de las carnes de alguno de sus hijos.

Pero sucedió que, de los tres hijos que el enfermo tenía, ninguno quiso, ni aun para curar a su padre, someterse al dolor de la llama.

El padre, entonces, desengañado y arrepentido de su error, les dijo: «¡Conque no queréis vosotros sufrir un fuego tan pequeño por librarme a mí de la muerte! ¿Y voy a consentir yo irme a las eternas llamas del infierno para que vosotros quedéis acá viviendo cómodamente? Sería un loco si lo hiciera.» Y al momento dio orden de restituir todo cuando debía.

18. —¿Y no estará, Padre mío, satisfecha la restitución dejándolo todo para misas?

—De ninguna manera. Y si, conocido el dueño, algún confesor ignorante (gracias a Dios no los hay entre nosotros) te dijera que con encargo de misas restituías cumplidamente, sábetelo que, aun después de celebradas todas esas misas, te quedaría la obligación de restituir al dueño lo que es suyo.

—Pero es el caso que ya tengo entregado el dinero para las misas.

—No importa; el dueño exige de ti que le devuelvas lo que le quitaste y le pertenece.

Cuando no se sabe el dueño ni es posible dar con él, entonces, podrás satisfacer encargando misas o haciendo limosnas por el alma del dueño.

19. ¡Y la verdad es que son muy contados aquellos que restituyen! Nos lo asegura la experiencia. Los

hurtos están a la orden del día. ¿Lo están también las restituciones? Bien dice el refrán que «carne asada no vuelve al matadero».

Refiere el Verme en su Instrucción que un monje del yermo vio en cierta ocasión a Lucifer sentado en un trono y que ante él se presentaba un demonio recién llegado de la tierra. Le echó en cara Lucifer que por qué se había entretenido tanto con los hombres. A lo que el demonio respondió:

—Estuve convenciendo a un ladrón para que no restituyese.

—¡Ea! —ordenó entonces Lucifer a sus ministros—, castigad a este necio.

Y luego, volviéndose a él, le dijo:

—¿Pero tú no sabes, imbécil, que quien roba, nunca restituye? ¿Y para esto, para conseguir que un ladrón no restituya, te has tomado tanto tiempo? ¡Nada! Castíguesele inmediatamente.

Y Satanás tenía razón. ¿Por qué? Por lo del refrán, que *carne asada no vuelve al matadero*.

20. Cerremos ya este capítulo.

Entre quienes se hicieron con bienes ajenos, es preciso distinguir los *de buena fe* y los *de mala fe*.

En cuanto a los primeros, si todavía poseen la cosa ajena, deben restituirla ciertamente; si (también de buena fe) la consumieron, tienen que entregar todo aquello que les quedó *como ganancia*, es decir, lo que se ahorraron al no comprar la cosa consumida; pero si aun esta ganancia —siempre de buena fe— la hubieran gastado, entonces ya no tiene ninguna obligación.

Los otros, *los de mala fe*, deben restituirlo todo y por añadidura indemnizar al dueño de todos los per-

juicios, aun fortuitos, que le ocasionaron. Y esta obligación les urge so pena de eterna condenación. Si no quieren restituir y prefieren condenarse, en su mano está pero se habrán de arrepentir no sólo en la otra vida, más también en la presente.

21. Dice el Profeta Zacarías que en la casa donde entran bienes robados, con ellos entra también la maldición. *Esta es la maldición que se derrama sobre la superficie de la tierra... y caerá encima de la casa del ladrón... hasta consumir maderas y piedras* (Zac. 5,3-4). Por eso dice San Gregorio Nacianceno: «El que injustamente posee, hasta de sus propios bienes se verá privado.» Los bienes robados llevan consigo un fuego que, después de destruirlos a ellos, reducen también a cenizas los bienes propios del ladrón, verificándose así la maldición del Señor.

«Poseamos —dice San Gregorio— los bienes de este mundo, pero sin dejarnos poseer nosotros de ellos». Hay quienes se hacen tan esclavos de las cosas terrenas, que por tenerlas prefieren condenarse miserablemente. ¡Qué desgracia!, ¡cuántas pobrecitas almas se van al infierno por su afán de los bienes del prójimo!

Ved cómo obran los hombres sensatos que estiman su alma por encima de todos los bienes materiales que otros posean. Al morir Enrique III de Castilla dejó a su hermano Don Fernando como regente del reino, durante la menor edad de su hijo y heredero el príncipe Don Juan, niño todavía de muy pocos años. Ya desde el principio de su regencia tales muestras dio Fernando de rectitud y bondad, que el pueblo quiso, y así se los manifestó, tenerlo a él por su verdadero rey. Pero ¿qué hizo Don Fernando ante

las instancias de sus vasallos? Llevando en brazos a su sobrinito, se presentó al pueblo para decirle que la corona y el reino eran de aquel niño, y que por conservárselo estaba dispuesto a dar toda su sangre (22).

¡Qué acto más hermoso! ¡Renunciar a un reino antes que ofender a Dios! Pero bien supo Dios premiar esta fidelidad, pues lo elevó al trono de Aragón, donde reino pacíficamente, viéndose con toda su familia colmado de divinas bendiciones.

22. San Agustín refiere un caso parecido de generosidad. Yendo un pobre por las calles de Milán, halló una bolsa con una cantidad de cerca de doscientas liras. Le dijeron que, pues no se sabía su dueño, podía quedarse con ella tranquilamente. Mas el pobre, temeroso de Dios, puso anuncios por todas partes dando cuenta de su hallazgo. Se presentó el dueño, cuyas señas coincidieron perfectamente con las de la bolsa; en vista de lo cual el pobre se la entregó. Quiso entonces el dueño gratificárselo dándole veinte liras, que el pobre no quiso recibir.

—Tomad siquiera diez o cinco.

—Ni un céntimo, señor; lo suyo le corresponde a usted íntegramente.

—Pues ya que tú no quieres nada de mí —insistió el dueño fingiendo enojo—, tampoco yo quiero nada de tus manos; tómame eso.

Y le arrojó a los pies la bolsa con todo el dinero.

Así, por la fuerza, aceptó el pobre aquella cantidad; mas no para sí, pues inmediatamente fue a repartirla entre los necesitados.

APENDICE IV

De algunos derechos y deberes en materia social. El 7º y 10º mandamientos.

Los mandamientos 7.º y 10.º nos dicen: “No robaras”, “no codiciarás los bienes ajenos”.

Los cristianos como nos dice el Concilio, debemos respetar con amor los bienes del prójimo y afanarnos para que los bienes de la tierra se distribuyan con justicia entre todos los hombres.

“Los bienes creados en una forma equitativa, deben alcanzar a todos bajo la guía de la justicia y al acompañamiento de la caridad... Todos los hombres tienen estricto derecho a poseer una parte suficiente de bienes para sí y para sus familiares”, y por lo mismo a serles respetados (Igl. M. 69)

¿Que nos mandan el 7.º y 10.º Mandamientos?

Estos mandamientos nos mandan 1) respetar los bienes ajenos y 2) conformarnos con los bienes que Dios no ha dado y con los que honradamente podamos adquirir (Cat. Nac.).

Dios dijo a nuestros primeros padres:

“Someted la tierra y dominad... sobre todo cuanto vive y se mueve sobre la tierra” (Gén. 1,28)

Toda la tierra con su fecundidad y abundancia de

bienes y fuerzas, la puso Dios al servicio de todos los hombres, para que con su trabajo encontraran en ella los medios para el sustento necesario.

Todo hombre, pues, tiene derecho a poseer algunos bienes, de los que pueda usar y disponer para sí mismo, sin ser turbado en su disfrute por los demás. Esto es lo que llamamos **propiedad privada**, y que es una consunción o extensión del derecho a la vida.

¿Por qué la Iglesia alaba la propiedad privada?

La iglesia alaba la propiedad privada porque ella es estímulo para el trabajo, y porque así toda persona, como ser racional y libre puede con cierta libertad e independencia hacer frente a la solución de sus problemas.

El derecho de propiedad privada es de ley natural y fruto del trabajo y de legítima herencia, porque además de mejorar la condición humana fomenta la paz.

El Vaticano II lo dice así:

«La propiedad privada o un cierto dominio sobre los bienes externos, aseguran a cada cual una zona absolutamente necesaria para la autonomía personal y familiar y deben ser considerados como ampliación de la libertad humana...

«Esto debe afirmarse no sólo de las propiedades materiales sino también de los bienes

inmateriales, como es la capacidad profesional». (Igl. M. 71).

¿Qué nos dice el Decálogo sobre el derecho de Propiedad?

El Decálogo nos dice que debemos respetar los bienes ajenos y no apropiarnos lo que no es nuestro, y que nadie se valga de engaños para perjudicar al prójimo.

Según la doctrina del Decálogo, la propiedad privada es un derecho sancionado por Dios. Jesucristo no la condenó, sino sus abusos.

San Pablo recordó a los cristianos de Efeso:

«El que robaba, ya no robe; antes bien, afánase trabajando con sus manos en algo de provecho, para poder dar al que tenga necesidad» (Ef. 4,28)

El **robo**, dice el apóstol, es un gran pecado:

«Ni los ladrones..., ni los que viven de rapiña, han de poseer el reino de Dios» (1 Cor, 6, 10).

«La balanza falsa es abominable a Dios, mas la pesa fiel le agrada» (Pro. 11, 1).

¿Condeno Jesucristo la posesión de bienes materiales?

Jesucristo no condenó la posesión de bienes materiales, sino la avaricia y el apego del corazón a es-

tos bienes. Las riquezas son buenas mientras se ordenen al servicio de Dios y del prójimo, y son malas cuando se pone el corazón en ellas más que en los bienes del alma.

«Si las riquezas vienen a vuestras manos, no apeguéis vuestro corazón a ellas» (Sal., 62, 11)

«No alleguéis tesoros en la tierra donde la polilla y el orín los corroen y los ladrones horadan y roban. Atesorad tesoros en el cielo... Donde está tu tesoro, allí está tu corazón» (Mt. 6, 19-21)

Jesucristo nos dice que el rico Epulón se condenó pero no por ser rico, sino por hacer mal uso de las riquezas.

Pecados contra el 7.º Mandamiento

En la vida social suelen cometerse contra el 7.º mandamiento varios pecados, como son:

- 1) No pagar el justo salario a los empleados y obreros;
- 2) no dar el debido rendimiento en el trabajo;
- 3) servirse de la materia privada o de la escasez para enriquecernos con injusta subida de precios;
- 4) no cumplir los deberes del cargo, permitiendo que se perjudique al prójimo o al bien común. (Cat. Nac)

«¡Ay del que edifica su casa con la injusticia, haciendo trabajar a su prójimo sin pagarle, y sin darle el salario de su trabajo!» (Jer. 22-13)

«¡Ay de los que añaden casas a casas, de los que juntan campos, hasta acabar el término, siendo los únicos propietarios...!» (Is. 5,8).

«Vosotros los ricos, llorad a gritos por las desgracias que os van a sobrevenir. Vuestra riqueza está perdida... El jornal de los obreros, defraudado por vosotros, clama...» (Sant. 5, 1-7).

¿Cual sería el ideal sobre el uso de las riquezas?

El ideal sería que vivieran como los primeros cristianos, que tenían todos lo bienes en común (Hech. 2, 43), y los que tuvieran riquezas, que dieran a los necesitados y a los pobres.

El problema social, que ofrece sus dificultades no pequeñas, puede hallar su solución a la luz del Evangelio que nos enseña el carácter o valor relativo de los bienes terrenos, la dignidad de todos los hombres ante Dios, sean ricos o pobres, libres o esclavos, y la doctrina del amor universal.

El punto central de la cuestión social, como dijo Pío XII es una distribución más justa de las riquezas..., y Pablo VI nos recuerda que siendo una cuestión que se debe resolver con justicia y caridad, deben los pueblos ricos o llamados «desarrollados», ayudar a los pobres, cuyos habitantes padecen ham-

bre y miseria..., pero el mayor obstáculo para resolver esta cuestión, es el egoísmo, el creerse uno eterno aquí en la tierra en la que estamos solamente de paso. Jesucristo no dice:

«Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura». (Mt. 6, 33).

La perfección cristiana

Una de la señales claras de perfección cristiana es el desprendimiento de las riquezas, Jesús así lo dice:

«Si quieres ser perfecto, anda, vende lo que tienes, dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos». (Mt. 19,21).

Conclusión práctica

Las riquezas pueden ser materiales y espirituales... Todos podemos dar al necesitado: dinero o instrucción religiosa. Piensa que lo que hagas a un pobre o necesitado material o espiritualmente es hecho al mismo Jesucristo (Mt. 25, 40). Tu sé desprendido, y ante todo fiel y honrado, no quites ninguna cosa por insignificante que sea. (B. Martín Sánchez).

OCTAVO MANDAMIENTO

No levantarás contra tu prójimo falso testimonio (Ex., 20,16)

1. En primer lugar, se prohíbe en este mandamiento declarar con falsedad en los tribunales de justicia. Cuando uno es interrogado legítimamente por el juez, debe decir la verdad. Y si, sabiéndola, la niega, o simplemente asegura no saber nada, peca.

—Es que yo me callo para evitar que castiguen a un infeliz.

—Esa excusa no vale, como ya dijimos al hablar del segundo Mandamiento. Tú estás obligado a declarar lo que sepas, aunque por ello le venga el prójimo delincuente algún mal. El mal en este caso es justo, ya que el bien público exige que los malhechores sean castigados. Ahora bien, quedarían éstos impunes si los testigos no declararan según la verdad de los hechos que conocen.

2. Por otra parte, peca, y por cierto más gravemente, quien depone ante los jueces cosas falsas con daño el prójimo.

La mentira siempre es pecado, aunque se diga por broma o en provecho de otros; ni siquiera para evitar a otros la muerte sería lícito mentir.

Cuenta el autor de la *Biblioteca del Párroco* que el emperador Maximiano mandó encarcelar a San Antimo, obispo de Nicomedia. Salieron soldados en su busca; y aconteció que, sin ellos saberlo, entraron en casa donde el santo vivía y allí pidieron de comer. San Antimo satisfizo sus deseos y estuvo aten-

tísimo con ellos, los cuales, al despedirse, le preguntaron que dónde encontrarían el obispo Antimo.

—Aquí mismo está —respondió el santo—; yo soy Antimo.

Los soldados, que tan agradecidos le estaban, le dijeron:

—No; no seremos nosotros quienes te llevemos preso; diremos que no pudimos dar con tu paradero.

—De ninguna manera, hijos míos —replicó el santo—; tampoco yo puedo consentir que faltéis a la verdad; prefiero la muerte antes que aconsejaros decir mentira.

Y en compañía de los soldados él mismo se presentó al emperador.

3. La mentira siempre es pecado. Si es sin daño de tercero será solamente venial; pero si con daño grave, será mortal. Esto significa la Escritura cuando dice: *La boca embustera da muerte al alma* (Sap. 1,11). Si se miente al juez, la mentira será doblemente pecado mortal; y si fue con juramento, como se hace en los juicios, será también sacrilegio por razón del perjurio, lo cual constituye pecado gravísimo.

El legislador Tenés dispuso que a la vera del juez se hallase siempre un verdugo armado de un hacha para herir a todo aquel que en juico mintiese.

Maldito sea el que tuerce la justicia...: y responderá todo el pueblo: «Amén» (Dt. 27,19). Tres testigos —según refiere Eusebio— (Hist. Ecl. 1,6) —depusieron falsamente ante el tribunal contra el obispo Narciso. El primero de ellos dijo: «Si mi acusación no es verdadera, muera yo abrasado,» «Y a mí —dijo el segundo— máteme una ictericia.» «Y amí —añadió el tercero— fálteme la luz de los ojos.

No pasó mucho tiempo y las tres imprecaciones se habían cumplido: el uno quedó ciego, el otro murió de ictericia y el tercero abrasado por un rayo.

4. Prohíbe este Mandamiento, en segundo lugar, la murmuración. Pecado, por cierto, muy común. «Difícilmente hallarás —dice San Jerónimo— quien no guste de meterse a arreglar vidas ajenas.» «Dadme un hombre—dice Santiago— que no peque con la lengua y lo tendré por santo: *Si alguno no peca de palabra, es varón perfecto* (Sant. 3,2)

Mal síntoma es en un pobre enfermo tener negra la lengua. A menudo en los enfermos la gravedad del mal se infiere mejor que del pulso, del estado de la lengua. El pulso no siempre descubre la altura de la fiebre; pero estar la lengua ennegrecida y purulenta (como dice Hipócrates) es indicio de muerte. Muchos vendrán a la iglesia y oirán muchas misas y rezarán rosarios; pero su lengua, ennegrecida por la murmuración, da señales de muerte, de muerte eterna.

Dice San Bernardo que la murmuración es espada de tres filos que de un solo golpe causa tres heridas: hiere al detractor, pues comete pecado; hiere al difamado, pues le quita la honra, y hiere al que escucha la murmuración, porque, demuestra complacerse en ella, y esto es pecado también.

5. Pero expliquemos un poco esta materia. Hay dos géneros de murmuración: la *calumnia* y la *difamación*.

Consiste la *calumnia* en achacarle al prójimo alguna falta que no cometió o en exagerar la que hubiera cometido. Si esto es en materia grave, el pecado es mortal y urge la obligación de restituir la fama.

Consiste *la difamación* en descubrir alguna falta real, pero oculta, a otros que la ignoraban; y esto también es pecado mortal, porque el prójimo, mientras su falta permanece oculta, conserva el derecho a una reputación de que tú, con tus habladurías, le despojas, y con la honra perdida ya no puede nadie presentarse delante de los demás.

6. Hay muchos modos de quitar la fama:

a) Uno es calumniando *abiertamente*: «Fulano ha dicho esto o lo otro...»

b) Otro es calumniado de una manera *indirecta*; por ejemplo: «Menganito se confiesa, sí, muy a menudo; pero... ¡si uno pudiera hablar...! Sería preferible muchas veces descubrir del todo la falta, pues con aquel «pero» y toda aquella reticencia puede ser que los que oyen se imaginen mucho más de lo que en realidad fue.

c) Otro es criticando la intención. No podrá el murmurador censurar la intención: «Sí, está bien; pero lo ha hecho para despitar.»

d) Otro es murmurando con el gesto «Hombre de muchas lenguas» llama la Escritura a este tipo de murmuradores: *Vir linguosus*, es decir, armado de muchas lenguas, porque murmura no solamente con la boca, sino también con las manos, con los pies, con los ojos. Cierta señor que no sabía hablar como no fuese mordiendo en la honra ajena, perdió la razón en castigo de su pecado; luego, él mismo se cortó la lengua con los dientes y murió; por fin, despidiendo por la boca un olor insoportable. ¡Pluguiera a Dios no abundase tanto ese linaje de pecadores! *Llevan sus lenguas veneno de áspides (13)*; diríase que

tienen la boca llena de veneno y que no saben hablar como no sea desacreditando a todo el que se presenta.

7. Otros tienen la fea costrumbre de traer y llevar cuentos. Oyen que fulano habla mal de zutano, y corremos a contárselo. A estos tales llamamos correveidiles, y son maldecidos de Dios, por cuanto hacen el oficio del demonio, perturbando la paz de las familias y de comarcas enteras y despertando a granel riñas y enconos. Ya dijimos de este vicio al hablar del precepto de la caridad.

Tened mucho cuidado, hermanos míos, tened cuidado con lo que habláis; guardaos bien de esto, no sea que vuestra lengua os precipite en el infierno. En el *Espejo de los Ejemplos* se cuenta haberse aparecido un condenado con la lengua toda llagada y hecha ascua y que, mordiéndosela rabiosamente, exclamaba: «Esta lengua maldita me ha perdido.»

8. Si la falta del prójimo es ya del dominio público, descubrirla sin causa justa a quien todavía la ignoraba no es pecado mortal, pero sí venial contra la caridad. Mas advertid que, aunque un tiempo atrás la falta haya sido notoria, si al presente permanece oculta, sería pecado manifestarla, ya que ahora el delincuente goza de buena reputación.

9. Vengamos ya a los remedios. Quien desacredita al prójimo, no satisface confesando su pecado, sino que debe además restituir la fama que robó. Y aquí esta la dificultad: porque si es fácil despojar a uno de su reputación, es difícilísimo devolvérsela.

Cuando la infamia es infundada, está obligado el detractor a desdecirse y a proclamar la falsedad de su calumnia. Pero ¡esto sí que es difícil!

Menoquio nos refiere de un caballero que, habiendo difamado a una mujer casada, se fue a confesar con el Padre Víctor, dominico:

—Es preciso —le dijo éste— que desmienta usted todo lo dicho.

—No puede ser —replicó el caballero—, perdería yo toda mi reputación.

Insistió el confesor, haciéndole presente que, de lo contrario, no podría absolverlo. Mas el penitente, firme en sus trece, respondió: «¡Imposible, imposible!» Al fin, el Padre, viendo que perdía el tiempo, lo despachó diciendo: «Váyase, pues, que está usted condenado.» Y volviéndole las espaldas se retiró.

10. Si la falta del prójimo es verdadera, pero permanece oculta, también entonces, según queda dicho, hay obligación de restituir la buena reputación.

Y aquí la dificultad es todavía mayor, porque, habiendo sido real la falta no hay lugar a decir que no fue; sería mentir, y esto en ningún caso es lícito. Entonces ¿cómo hacer? Arrégleselas lo mejor que pueda, sirviéndose de alguna frase ambigua, como, por ejemplo: «Fue una broma lo que le dije de fulano»; «Lo dije cegado por la pasión»; «Fue una cosa que salió de mi cabeza», o bien encomiando sus cualidades sin mencionar lo otro para nada. Esta segunda manera será a veces preferible, máxime cuando se presume que ha de quedar el interesado más complacido con estos elogios y con que se eche tierra sobre el pasado.

11. Pero adviértase aquí una cosa que es necesario tener presente: que no es murmuración ni es pecado descubrir las faltas de alguno a sus superiores (padres, tutores o maestros), si esto se hace con el fin de que ellos pongan remedio a un daño público o de algún inocente o del mismo reo. Así, por ejemplo, no pecas si, sabiendo que una muchacha tiene malas relaciones con un hombre o que un joven frecuenta cierta casa de mala nota, lo pones en conocimiento de su padre para que lo remedie; antes bien, puede acontecer que, si la denuncia no supone para ti peligro de grave daño, estés obligado a hacerla. Y esto, como digo, no es murmuración, «La dilación consituye pecado —dice Santo Tomás— cuando se hace con ánimo de desacreditar al prójimo, no cuando se hace para evitarle a él o a otros un daño espiritual».

12. Ya hemos dicho que es pecado murmurar. ¿Lo será también escuchar a quien murmurar?

Sí, cuando el que escucha tira de la lengua al murmurador o se complace en lo que éste dice o demuestra agradarle la conversación.

¿Y pecaría también el que no manifiesta agrado de lo que oye, pero tiene reparo en reprender al murmurador? Responde Santo Tomás que, mientras no tenga la certeza de que su reprensión atajará la conversación murmuradora, no peca mortalmente. Pero esto no vale cuando el que escucha es un superior, el cual siempre está obligado en estos casos a corregir a sus súbditos y a impedir la murmuración. Por lo demás, cuando uno oye murmurar y la murmuración viene a caer en cosas graves y ocultas, debe entonces protestar, o desviar la conversación, o

ausentarse de allí, o, por lo menos, dar muestras de descontento.

13. Prohíbe, en tercer lugar, este Mandamiento decir palabras contumeliosas. *Contumelia* es la ofensa que se hace a una persona en su presencia. Con la destrucción se la desacredita; con la contumelia se la deshonra. Dice San Pablo que los que así injurian al prójimo son aborrecidos de Dios: *Deo odibiles contumeliosos* (Rom. 1,24). Y si al ultraje se añade la infamia, son dos pecados, pues se ofende al honor y se ofende a la fama de prójimo.

Y así como hay obligación de devolver la reputación, igualmente hay que devolver el honor, pidiendo perdón o con otras manifestaciones de humildad. Y si la injuria fue hecha o dicha (ya que puede perpetrarse con obras o palabras) en presencia de otras personas, debe repararse el honor del ofendido delante de las mismas.

Violar la correspondencia epistolar es una especie de contumelia y, por consiguiente, pecado; a no ser que exista legítima presunción de que por parte del que escribe o del destinatario no hay inconveniente ninguno.

Peca asimismo quien manifiesta un secreto encomendado o prometido, si no hay justa causa para ello. Qué causas justifiquen, pregúntalo en cada caso al confesor y obrad según su consejo.

14. ¿Será pecado también hacer juicios temerarios?

Ciertamente, si el juicio es de cosa grave y si verdaderamente es *temerario*, es decir, sin ningún fundamento, porque, si hay razones, estos juicios no encierran culpabilidad.

La simples sospechas, cuando son infundadas, son pecado venial; difícilmente constituirán pecado mortal, a no ser que sin más ni más se sospeche de otros algún gravísimo delito. *Sin más ni más* he dicho, porque si la sospecha está justificada no hay en ello pecado. Por lo demás, los buenos siempre piensan bien del prójimo; los malos, en cambio, siempre piensan mal. *Como el necio es necio, juzga que todos son necios como él* (Eclo. 10,3).

15. Estudiado ya el octavo Mandamiento, debiéramos hablar del noveno y décimo, en los cuales se prohíbe desear los bienes ajenos y la mujer del prójimo.

Pero del pecado deshonesto y del pecado de hurto se ha tratado ya en el sexto y séptimo Mandamientos; aquí, en el nono y décimo únicamente se prohíbe el deseo de cometer aquellos pecados. Baste, pues, decir que lo que no se puede hacer sin pecar, tampoco se puede desear sin pecar.

Nada diremos tampoco de los Mandamientos de la Santa Madre Iglesia, ya que de las cosas principales que en ellos se encierran se ha ido hablando al explicar los preceptos del Decálogo.

APENDICE FINAL

Los diez Mandamientos de la Ley de Dios se resumen en dos: 1.º Amar a Dios sobre todas las cosas, 2.º amar al prójimo como a nosotros mismos.

Un doctor de la ley, preguntó a Jesús: “Maestro, ¿Cuál es el Mandamiento mayor de la Ley? ¿Cuál es el primero y principal de los Mandamientos?”.

Jesús le respondió: “Este es el primero —escucha Israel—: El Señor nuestro Dios es el único Señor. Por tanto: amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda su alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Este es el mayor y el primero de todos los mandamientos. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a tí mismo. En estos dos mandamientos está resumida toda la Ley y los Profetas” (Mt. 22; Mc. 12; Lc. 20).

Como vemos, toda la Ley de Dios se resume entera en esta sola palabra: AMOR, pues como enseña San Pablo, *el amor es la plenitud de la Ley* (Rom. 13, 10).

En primer lugar tenemos que amar a Dios, por encima de todas las cosas, incluso por encima de nuestra propia vida. Y en segundo lugar tenemos que amar al prójimo, como a nosotros mismos.

La razón de amar a Dios es El mismo; lo amamos porque se lo merece por su dignidad y por su infini-

ta bondad. Y la razón para amar al prójimo es también Dios. Amamos al prójimo por lo que hay de Dios en él, porque nos lo manda Dios, porque lo merece Dios que nos lo manda. Por eso amamos incluso a los enemigos, por amor a Dios.

Se debe amar al prójimo únicamente por amor de Dios. Por eso decía Jesús: *“Si alguno viene a mí y no odia a su padre y a su madre, a su mujer y a sus hijos y hermanos, e incluso a su propia vida, no puede ser mi discípulo”* (Lc. 14, 26).

Enseñan los doctores con Santo Tomás, que el amor sobrenatural, para que sea bien ordenado debe empezar por uno mismo, y a continuación por las personas más allegadas a nosotros, como es la esposa y los hijos, etc. Y pues si Cristo nos manda que hemos de estar dispuestos a odiarnos a nosotros mismos y a aquellos que mayor obligación tenemos de amar, está claro que por amor a Dios debemos estar dispuestos a todo, incluso a ofrecer a Dios nuestros propios hijos, como lo hizo Abraham.

Debe quedar, pues, bien sentado que, sólo Dios merece nuestro total amor, y que al prójimo solamente lo debemos amar *en Dios y por Dios*, porque no tiene en sí otra razón de amor mas que lo que hay de Dios en él.

El amor a Dios ha de ser absoluto y total, y en cambio el amor al prójimo solamente será como una reverberación del amor a Dios.

No podemos dividir el amor dando parte a Dios y parte al prójimo, sino que todo entero se lo damos a Dios, y lo que damos al prójimo no ha de ser más que un reflejo o reverberación del amor de Dios.

Hoy se escribe y se predica mucho sobre cómo hemos de amar al prójimo, y apenas se dice nada so-

bre el amor que debemos a Dios, y por eso no se consigue nada, y cada vez nos amamos menos. ¿Cómo vamos a amar al prójimo si antes no amamos a Dios, cuando el amor al prójimo solamente puede ser como consecuencia del amor a Dios? No tiene el prójimo en sí mismo ninguna razón para que le amemos; sino por lo que el prójimo tiene de Dios. La única razón está en Dios, y pues si no nos habláis de Dios, para que nos enamoremos de Dios, ¿cómo vamos a amar al prójimo cuando no vemos en él ninguna otra razón que merezca nuestro amor?

Razones para amar a Dios

Dice Santo Tomás que la voluntad del nombre es una potencia ciega que solamente se decide a amar aquellas cosas que el entendimiento le presente como buenas. No se puede amar lo que no nos seduce como bueno. Para que una cosa sea amada tiene que ser buena y atractiva, al menos en la apariencia. Siendo Dios la misma bondad y el motivo de toda felicidad, tiene en Sí, todas las razones y motivos para ser amado con infinito amor, y si no lo amamos es sencillamente porque no lo conocemos.

Dios es en Sí la suma de toda perfección, dignidad y grandeza: lo sabe todo y lo puede todo. El es la causa de toda vida y el origen de todo cuanto existe espiritual o material. Dios es esencialmente hermosa, poder y amor. Es imposible conocerle y no amarle; pero solamente se va dejando conocer del hombre en la medida que éste vaya creciendo en el amor hacia El.

A Dios se empieza a conocer por la fe; debemos meditar profundamente la verdades de la fe que nos

hablan de la bondad de Dios, y agradecerle de todo corazón tantísimos beneficios que de El hemos recibido. Así es como iremos creciendo en el amor de Dios y le iremos amando cada vez más. El conocimiento lleva al amor y el amor aumenta el conocimiento.

Del beneficio de la creación

El beneficio de la creación es tan grande que, aunque fuéramos simples animales, como piensan los ateos que dicen que todo acaba con la muerte, tendríamos motivo para dar gracias a Dios por habernos creado, pues hasta los mismos ateos aprecian la vida y están contentos de vivir. Pero nosotros los que por la luz de la fe sabemos que no somos como los animales, que mueren y se les acaba la vida, sino que nosotros con la muerte sabemos que pasamos a otro mundo mejor, donde no existe la muerte y esperamos vivir en eterna juventud y perfecta felicidad ¿cuánto deberemos agradecer a Dios el haber sido creados? Pues si los ateos, están contentos de vivir aun pensando que la vida se acaba con la muerte, ¿qué contentos y qué de gracias a Dios deberemos darle nosotros que sabemos que nuestra vida no acabará nunca y que estamos destinados a una felicidad eterna?

Hijos de Dios

Los ateos dicen que nosotros no somos más que animales racionales, y que como ellos, nuestra vida acaba con la muerte. En cambio, nosotros sabemos por la fe que, aunque tengamos un cuerpo animal,

somos seres superiores, infinitamente superiores, pues por la gracia participamos de la misma naturaleza de Dios, y en cierta manera somos de la misma raza de Dios.

Dios por el bautismo nos revistió con la gracia, nos dio una participación de su misma naturaleza divina, y nos adoptó por hijos. Esta enorme dignidad que nos concedió, nos asegura que *“ahora somos ya hijos de Dios, pero todavía no se ha manifestado lo que seremos en el cielo; pero sí estamos ciertos que cuando le veamos cara a cara, seremos semejantes a El, porque todo lo tendremos de El”* (1 Jn. 3, 2). Allí tendremos: juventud, hermosura, poder, sabiduría, felicidad, etc., etc., pues quien a Dios tiene nada le falta.

¿Cuánto desearían algunos hombres ser príncipes, hijos de algun poderoso rey de la tierra? Pues nosotros somos los hijos del Rey de reyes, destinados a ser reyes y a dominarlo todo, por eternidad de eternidades. ¿Cuánto deberemos agradecer a Dios este bien tan enorme de habernos hecho sus hijos y herederos de su gloria? Si tantos hombres están contentos de vivir y piensan que son como animales, ¿cuán contentos deberemos estar nosotros sabiendo que fuimos creados a imagen y semejanza de Dios, y que por la gracia participamos de la misma naturaleza divina de Dios, y somos hijos de Dios herederos de su gloria?

Del beneficio de la Redención

Cuanto más grande es la dignidad a la que nos elevó Dios con la gracia haciéndonos hijos y herederos suyos, tanto mayor es la humillación y miseria a la

que fuimos rebajados cuando tuvimos la desgracia de cometer un pecado. Todo aquel que haya tenido la desgracia y la osadía de cometer un pecado mortal, se ha degradado a sí mismo, rebajándonos al nivel de Satanás. Por un solo pecado ha merecido, no que Dios lo aniquilase, sino algo mucho peor, pues ha merecido un infierno eterno donde habría de padecer toda una eternidad desesperados tormentos, si Dios no lo perdona.

Para poder perdonarle, Dios ha tenido que hacerse hombre y padecer y morir en una Cruz. Considere ahora el hombre que pecó cuánto debe agradecer a Dios que no le haya abandonado en el infierno que tenía merecido; pagando él mismo con su muerte de cruz el rescate de su alma. Debe considerar despacio los padecimientos del Señor y preguntarse ¿por qué lo hizo? ¿Por qué quiso padecer tanto para salvarle? ¿Qué ganaba con ello? ¿Qué falta le hace a Dios? Si Dios es infinitamente sabio y poderoso. ¿qué necesidad tenía del hombre para que tuviera que padecer tanto por salvarlo? Y pues si nosotros somos en su presencia menos que una hormiga para nosotros, ¿por qué tanto empeñó en librarnos del infierno que teníamos merecido? ¿Hubiéramos hecho nosotros por El otro tanto de lo que El hizo por nosotros?

Consideremos ahora lo que nosotros somos capaces de hacer por Dios. ¿Qué trabajos y qué penitencias estamos haciendo sin otro interés que el de agradar a Dios? Pero no digo ya nosotros; ¿qué Santo ha habido jamás en el mundo que haya sido capaz de hacer por Dios siquiera la milésima parte de lo que Dios hizo por él?

Los santos cuando hacían penitencias y sufrían tribulaciones se animaban pensando en la gloria que

estaban ganando, según aquel dicho de San Pablo de que *todos los padecimientos presentes no son nada en comparación de la gloria venidera que esperamos en el cielo* (Rm. 8, 18). Y como decía Santa Teresa, abrazaban con gusto cualquier trabajo por poder aumentar la gloria que habrá de durar para siempre.

Es decir, que los trabajos y penitencias que hacemos nosotros por amor de Dios, no están libres de todo egoísmo, pues, aunque no queramos, se nos va el pensamiento a la gloria que esperamos y con eso nos animamos. Pero Jesucristo cuando sufría para salvarnos, ¿qué esperaba de nosotros? ¿Qué tenemos nosotros que pueda faltarle a El?

Por eso el amor de Dios hacia nosotros es un amor puro, desinteresado, incomprensible, incomparable e inigualable, que nadie en este mundo podrá entender ni comprender, porque como nos dice la Biblia: “el amor que Dios nos tiene *sobrepuja todo conocimiento*” (Efes. 3, 19).

Así es como se llega al amor de Dios

Para llegar a amar a Dios, lo primero es conocerle, meditando sus grandezas y lo que ha hecho por nosotros. Lo primero y más importante es la oración y la meditación. Sin la oración y meditación, no hay conocimiento de Dios, ni ganas de amarle, ni deseos de servirle, ni fuerzas para hacerlo. El alma que no hace mucha oración, no puede conocer a Dios, ni enamorarse de Dios, ni siquiera tendrá ganas de hacerlo. Es por eso que sin oración, no puede haber amor de Dios ni del prójimo.

Pierden el tiempo los sacerdotes que predicán tanto

sobre el amor del prójimo y se olvidan del amor de Dios; porque donde no hay amor de Dios no puede haber amor del prójimo, y si lo hay, no es un amor que nazca de Dios, y si no nace de Dios, será un amor mundano que no sirve para nada.

¿Cómo ha de ser el amor al prójimo?

Cuando el amor al prójimo nace del amor de Dios, se preocupa ante todo por llevarlo a Dios. No será amor verdadero, nacido de Dios, cuando se preocupa más en socorrerlo en la vida del cuerpo que en la vida del alma, y cuando le dan más pena los trabajos que padece en el cuerpo que las miserias que padece en su alma.

Hay un texto en la Biblia donde se nos pide que no nos preocupemos tanto por las cosas materiales, y que busquemos, ante todo, los bienes de arriba, poniendo toda nuestra confianza en Dios. Sin embargo, en este punto casi nadie nos fiamos de Cristo, y hasta nos parece que si lo hiciéramos estaríamos tentando a Dios.

He aquí las palabras de Cristo: *“No debeis acongojaros pensando: ¿Donde hallaremos qué comer? Y ¿dónde encontraremos con qué vestirnos? Como hacen los paganos que se preocupan por estas cosas; pues bien sabe vuestro Padre que de todo ésto teneis necesidad. Por tanto, vosotros, buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura”* (Mt. 6, 32-34; Lc. 12, 29-31).

Y no se contentó el Señor con decírnoslo así de claro, sino que además lo corroboró con los ejemplos, diciéndonos que si Dios viste de belleza los campos

y dá de comer a los pájaros, sin que tengan que trabajar, ¿Cuánto más lo hará con nosotros sus hijos, si quisiéramos fiarnos de El?

Dios quiere que nos fiemos de El: “*¿Hay, por ventura, alguno entre vosotros que si un hijo suyo le pidiera pan, le dé una piedra? ¿O qué si le pide un pez, le dé una culebra? ¿O si le pide un huevo, en vez de un huevo le dé un escorpión? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará cosas buenas a los que se las pidan!* (Mt. 7, 9-11; Lc. 11, 11-13). Después de estas palabras tan sencillas y tan claras de Cristo, ¿quién se atreverá aún a desconfiar de Dios?

Ante todo la salvación del alma

También en el amor al prójimo debemos anteponer a todo la salvación de su alma.

Debemos estar precavidos contra los gravísimos errores de la gran herejía de nuestro tiempo, que desgraciadamente está minando la fe de la Iglesia, al haberse infiltrado en gran parte de seminarios y universidades católicas, y ser muchos los teólogos que se han dejando embaucar de su doctrina.

A los teólogos de la liberación no les preocupa la salvación de las almas, lo que ellos predicán es la revolución y la lucha de clases para conseguir “un mundo más justo”, donde no haya pobreza ni ricos, o mejor dicho, donde todos los hombres sean ricos.

Los teólogos de la liberación se autodefinen “defensores de los pobres”, y son todo lo contrario, pues no enseñan el amor a la pobreza, sino a rebelarse contra ella.

Para los teólogos de la liberación no tiene sentido el *sermon de la Montaña*; pues según ellos, los pobres no deben aceptar la pobreza, y los oprimidos no deben aceptar que se los oprima. Todos deben revelarse contra los opresores, y solamente deberían ser pacíficos cuando todos sean iguales.

Pues, ¿cómo hemos de amar al prójimo?

El mismo Cristo nos responde: “*Como Yo os he amado*” (Jn. 13, 34).

Jesucristo nos amó hasta dar la vida por nosotros, y no de cualquier forma, sino de la manera más dolorosa y terrible que se puede imaginar.

Sabemos que a Cristo no le arrahcaron la vida por la fuerza, sino que El libremente la dio porque quiso, como El mismo dijo: “*Yo doy mi vida; nadie me la quita, sino que Yo la doy de mi propia voluntad, porque soy dueño de darla y dueño de recobrarla...*” (Jn. 10, 17-18).

Ahora bien: ¿para qué subió Cristo a la Cruz? ¿Por qué quiso morir con muerte tan cruel y afrentosa? Porque está claro que Jesucristo no subió a la cruz para librarnos de la pobreza ni de los trabajos y fatigas de este mundo que tanto ensalzó en el Sermón de la Montaña y que tanto recomendó en los tres años de su predicación.

Si Cristo hubiera muerto en la cruz para conseguir un mundo más justo, como pretenden los teólogos de la liberación, nos hubiera amado más que a Sí mismo, como en cierta ocasión le oí decir a un predicador. Y eso es un gran disparate, pues nadie debe amar a otro más que a sí mismo, y menos aún si se trata de

seres inferiores como somos nosotros con respecto a Dios.

Hemos leído en el Primer Mandamiento, al hablar del amor que debemos al prójimo, que solamente debemos preferir el bien del prójimo a nuestro propio bien, cuando se trate de un bien superior. Es decir: no podemos nosotros ofrecer nuestra vida para salvar la vida del prójimo, porque entre dos bienes iguales hemos de preferir el nuestro. Pero sí debemos exponernos a perder la vida para salvar el alma del prójimo, porque la vida del alma es un bien infinitamente superior.

Pues si a nosotros solamente nos sería lícito exponernos a perder la vida cuando se trata de salvar un alma, ¿cómo podríamos pensar que Cristo pudo dar su vida por otro fin que por la salvación de las almas?

Hay muchas personas que al leer en el Evangelio los milagros de Cristo curando enfermos y dando de comer en el desierto, se lo imaginan como haciendo limosnas para remediar a las personas de sus males. Sin embargo está claro que Jesucristo hacía los milagros con un doble fin : 1º, para darnos a nosotros un excelente ejemplo de caridad con el prójimo, y 2º, y esto era lo principal, para fortalecer la fe de sus discípulos.

Es cierto que Jesucristo hizo muchos milagros curando enfermos y librando a muchos de sus males; pero también es igual de cierto que El no vino a este mundo para eso, y que con tantas curaciones y milagros buscaba más el bien de las almas que el bien de los cuerpos. Pues si Cristo hubiera pretendido simplemente socorrer a las gentes en sus necesidades materiales, en vez de recomendarles la pobreza y enseñarles el amor a la cruz, como hizo constantemente,

les hubiera enseñado fórmulas prácticas para salir de la pobreza y curar las enfermedades, dándoles recetas medicinales como la penicilina, etc. que El como Dios sabía.

Pero Jesucristo no solamente no hacía milagros para liberar a sus paisanos de la pobreza, sino que, incluso, a veces los hizo causándoles graves daños materiales, como cuando les ahogó una piara entera de dos mil cerdos (Mc. 5, 13). Bien hubiera podido Cristo impedir a los demonios que hicieran todo aquel estrago, pero se lo permitió para enseñarnos que la vida de un hombre está por encima de los bienes materiales del mundo.

Sin embargo, antes que la vida de un hombre está la fe y el bien espiritual de los demás, como nos lo manifestó dejando morir a su amigo Lázaro para fortalecer la fe de sus discípulos. Y por eso dijo: *“Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que creais”* (Jn. 11, 15).

Tampoco sabemos que hiciera nada para reivindicar alguno de los llamados “derechos humanos” que entonces tanto se menospreciaban con la ley de la esclavitud y otros grandes abusos que ahora tanto nos escandalizan. El no dijo, como hacen ahora los teólogos de la liberación, que hay que luchar contra el opresor, devolviendo mal por mal hasta vencerlos. Sino que, reprobando la llamada “Ley del Talión”, nos dijo: *“Habeis oído que se dijo: ‘Ojo por ojo y diente por diente’. Pero Yo os digo que no hagais frente al malvado; antes bien, si uno te abofetea en la mejilla derecha, preséntale la otra; y al que quiera ponerte pleito para quitarle la túnica, déjales también el manto; y si uno te forzare a ir car-*

gado mil pasos, ve con él otros dos mil...” (Mt. 5, 38-41).

No debe entenderse con esto que Cristo nos pida que debemos dejarnos robar, aunque buenamente podamos impedirlo; ni que tengamos que dejarnos aplastar del opresor, si podemos evitarlo, porque para eso está el Magisterio de la Iglesia, para enseñarnos a interpretar los textos difíciles de la Biblia. Pero he querido traer aquí el texto literal del Evangelio, para que nadie diga, como hoy se dice, que Cristo fue un revolucinario que se sublevó contra los ricos predicando la lucha de clases como hacen hoy los teólogos de la liberación.

Jesucristo, no solamente no proclamó la lucha de clases, sino que, incluso alguna vez se enfadó con alguno que recurrió a El pidiéndole justicia contra el opresor. Recordemos aquel joven que acudió a El diciéndole: *“Maestro: dí a mi hermano que reparta conmigo la herencia”* y Jesús le respondió: *“¿Hombre! ¿quién me ha constituido juez o repartidor entre vosotros?”* (Lc. 12, 13). Y a continuación, levantando la voz, empezó a predicar el desprecio que hemos de hacer de los bienes de este mundo y cómo hemos de poner únicamente nuestra confianza en Dios. (Lc. 12, 29-31).

En fin: Jesús murió en la cruz, no para enriquecernos con los bienes de este mundo, ni para preservarnos de llevar una vida de trabajos y dolores, sino para salvar nuestras almas, porque como muy bien nos enseña la fe, el valor de una sola alma es infinitamente superior a todos los bienes de este mundo.

Por eso, podemos afirmar sin miedo a equivocarnos que, el acto más grande caridad que se puede hacer en este mundo, no es otro que aquel que vaya

encaminando al bien de las almas, como puede ser la conversión de los pecadores y la perseverancia de los que viven en gracia de Dios.

A veces, cuando vemos por televisión algún reportaje de las hambres y necesidades que pasan las personas de algunas partes del mundo, quisiéramos ser multimillonarios para poder mandar allá barcos enteros de alimentos y de todas las cosas que tienen tanta necesidad. Aquellas necesidades tan tremendas nos emocionan y conmueven el corazón. Pues si aquellas miserias nos conmueven, ¿cómo es que nos sentimos inertes e impasibles ante miserias y necesidades espirituales infinitamente mayores? No necesitamos trasladarnos al tercer mundo, ni siquiera precisamos andar muchos pasos para encontrarnos con personas que sufren una miseria y una calamidad mucho más grande y terrible que la que sufren en sus cuerpos los casos más terroríficos que vemos por televisión. ¡Oh si pudiéramos comprender el estado en que se encuentra un alma que está en pecado mortal! ¡Si la pudiéramos ver con los ojos de la cara seguro que nos moriríamos de espanto y de terror!

La gran diferencia

La gran diferencia que hay entre los males espirituales y los corporales, es enorme, inmensa, infinita, y por lo tanto incalculable e incomprensible.

Hay dos medios para medir los males y los bienes; una es su intensidad, y otra su duración. Para medir la intensidad del dolor o del placer, no existe nada. Que sepamos, no hay ningún aparato que pueda medir la intensidad del placer o del dolor de una persona. Se puede medir su duración, eso sí, con el re-

loj; pero no se puede medir su intensidad. No obstante, sabemos por la fe, que la intensidad de los placeres del Cielo son superiores a todo lo que podemos pensar o imaginar, como nos dice San Pablo (1 Cor. 2,9). Y lo mismo pasa si nos referimos a los dolores del infierno, pues, como enseñan los doctores, son superiores a cuanto podamos pensar o imaginar en este mundo.

Pero como ésto no puede medirse, porque no tenemos nada para medir la intensidad, trataremos únicamente de medir la duración, y así podremos ver que aun cuando la intensidad de los dolores y de los placeres de este mundo fueran iguales a los del otro, sólo por la duración la diferencia es infinita.

Supongamos lo siguiente: Imaginemos que todas las personas, desde que nacen hasta que mueren estuvieran sufriendo. Entonces solamente había que hacer una suma del tiempo que vivió cada una. Esta vivió 10 años, otra vivió 80, otra 120, y así se podría hacer una suma del tiempo que vivió cada una, desde Adán hasta el último que muera en el juicio final, y sabemos muy bien que la suma total no sería infinita. Por muchos millones, y billones y trillones de años que dure el mundo, y por más gente que pase por él, sabemos muy bien que la suma de los años de vida de todos juntos no puede ser una cantidad infinita. Necesariamente tiene que ser limitada, porque la suma de cantidades limitadas, por muchas que sean, necesariamente tienen que dar un cifra limitada.

El día del juicio final, cuando nos reunamos todos frente a Jesucristo, El sabrá el número de los que somos y los años que cada uno vivimos en este mundo, y El podrá muy bien hacer la cuenta de esa suma, que de ninguna manera puede ser infinita.

Pues bien: si sabemos por la fe que el alma que se condena no saldrá jamás del infierno, es lógico pensar que llegará el tiempo en que habrá tanto tiempo que está en el infierno que su cuenta sea mayor que la suma de los años de vida que entre todos los hombres vivimos en este mundo. ¡Y sin embargo, la eternidad aun continuará entera! Volverá de nuevo a pasar el tiempo, y los años y los siglos, y los millones y millones de siglos hasta que vuelva a estar allí sufriendo otro tanto. ¡Y también entonces aun continuará la eternidad toda entera! ¿Veis cómo los sufrimientos de una sola alma condenada son infinitamente superiores a la suma de todos los sufrimientos que entre todos los hombres podemos padecer en este mundo? ¿Comprendéis ahora por qué la salvación de una alma es cosa que ha de anteponerse a todos los demás intereses de este mundo?

El valor de un alma

Convenzámonos de que salvar un alma vale infinitamente más que salvar mil mundos de la destrucción y de la muerte. Por eso es tanto lo que agrada a Dios que trabajemos por la salvación de las almas que San Agustín llega a decir que quién salva un alma, salva también la suya. Y el Apostol Santiago nos dice que si conseguimos salvar un alma, hemos hecho una obra tan grande de Caridad, que Dios nos perdonará todos los pecados: *“Hermanos: Si alguno de vosotros se desviare de la verdad, y otro lo redujere a ella; debe saber que quien hace que se convierta el pecador de su extravío, salvará su alma de la muerte y cubrirá la muchedumbre de sus pecados”* (St. 5, 19).

Estamos viviendo en medio de un mundo lleno de pecadores; esto es patente, pues los pecados públicos se ven a montones por todas partes. Pues si tenemos fe, ¿cómo no vivimos aterrados sabiendo como sabemos que la gran mayoría de los hombres van por un camino que necesariamente lleva al infierno?

Una de dos: o no tenemos fe, o no tenemos caridad. Porque si tuviéramos fe y creyéramos, como debemos creer, que cada pecado mortal merece un infierno ¿cómo íbamos a vivir impasibles sin salir a la calle a gritar y a dar voces para avisar a los hombres del inminente peligro que se les aproxima? ¿Cómo podremos acallar nuestras conciencias haciéndonos creer que tenemos caridad, aunque toda nuestra hacienda la repartamos entre los pobres, si no hacemos lo más importante que es hacer cuanto podamos por la salvación de sus almas?

Los pecadores, quizá en medio de su atolondramiento apenas se darán cuenta del peligro en que están y del fin hacia el que caminan; por eso, a nosotros que tenemos fe y lo sabemos, Dios nos pida cuenta de sus almas si no hiciéramos nada por avisarles. Oigamos lo que dijo Dios a Ezequiel:

“Hijo de hombre: Yo te he puesto por centinela de la casa de Israel, y de mi boca oirás mis palabras que anunciarás a ellos de mi parte.

Si yo digo al impío: “Morirás sin remedio”, y tú no le amonestas y no le hablares para retraer al malvado a fin de que se corrija de su impío proceder y viva, ese impío morirá en su pecado, pero Yo te pediré a ti cuenta de su sangre. Pero si habiéndole tú amonestado, no se arrepintiere de su impiedad ni se apartase de sus perversos caminos, él ciertamente morirá en su maldad, pero tú habrás salvado tu alma.

De la misma suerte: Si el justo abandonare la virtud e hiciere obras malas, Yo le pondré delante tropezos, y si cayere por no haberle tú amonestado, él morirá en su pecado, sin que se recuerden ninguna de cuantas obras buenas hubiere hecho antes; mas Yo te pediré a tí cuenta de su sangre. Pero si tú le amonestares a fin de que no peque o deje de pecar, si te hace caso, en verdad que tendrá verdadera vida, porque le amonestaste, y tú habrás salvado tu alma'' (Ez. 3, 17-21).

Estas palabras dichas a Ezequiel, valen para todos los cristianos que tenemos la luz de la fe; pues, todos, según el concilio Vaticano II, tenemos el deber y la obligación de ser apóstoles en nuestro ambiente y de acuerdo con los medios de que dispongamos. A todos van dirigidas las palabras del Apóstol: *“No queráis ser cómplices de las obras de la tinieblas: antes bien, reprenderlas”* (Ef. 5, 11). Y ¿cómo las reprenderemos? A veces bastará con nuestro buen ejemplo. El buen ejemplo de los buenos es como una continua reprensión de la mala conducta de los malos.

¿Cuál es la verdadera caridad?

Con lo dicho hasta aquí creo queda claro cuál es la verdadera caridad o verdadero amor del prójimo, que no consiste únicamente en dar limosnas y socorrer a los pobres y a los enfermos.

Vuelvo a repetir que hoy se insiste mucho en hablar de caridad y del amor que debemos al prójimo; pero no se consigue nada porque se hace de una forma incorrecta e inadecuada, dando demasiada importancia al problema de la pobreza y dejando en

olvido, como si no existiera, el problema verdadero que es el problema del pecado. Yo hasta me atrevo a pensar que esto es una treta del astuto Satanás que trata de distraer nuestra atención de los problemas verdaderos con otros problemas de menor importancia que a él le traen sin cuidado.

Si tuviéramos una grave enfermedad mortal, que tratándola a tiempo y de forma adecuada aun pudiera tener cura; pero si los médicos, en vez de recetarnos para ese mal, no nos dijeran nada y únicamente nos mandaran recetas para algún otro mal de mucha menor importancia y del que no hubiera ningún peligro, ¿no es verdad que con ello lo único que conseguirían sería que así le perdiéramos miedo al mal que tenemos verdaderamente grave y de esa forma nos perdiéramos sin remedio? ¡Pues yo creo que precisamente eso es lo que pretende el demonio haciendo que hoy se predique tanto de la pobreza y otros problemas de menor importancia, distrayendo nuestra atención de los problemas verdaderos que son los problemas del alma!

Por eso es tan grave y tan serio el problema del comunismo, porque predica un amor al prójimo sin Dios, excluyendo a Dios. Es una falsa caridad, tanto más peligrosa cuanto más se parece a la caridad verdadera, y que no tiene nada de caridad, porque donde se excluye a Dios no puede haber caridad. “Creo que el marxismo —dice Ratzinger—, en su filosofía y en sus intenciones morales, es una tentación, más profunda que otros ateismos prácticos, intelectualmente superficiales. La ideología marxista aprovecha elementos de la tradición judeocristiana, aunque transformada en un profetismo sin Dios. Instrumentaliza para fines políticos las energías religio-

sas del hombre, encaminándolas a una esperanza meramente terrena, que es el reverso de la tensión cristiana hacia la vida eterna. Y es precisamente esta perversión de la tradición bíblica lo que engaña a muchos creyentes, convencidos de buena fe de que la causa de Cristo es la misma que proponen los heraldos de la revolución política" (Informe sobre la fe, cap. XIII).

No empezar por el tejado

En la filosofía cristiana, la caridad no solamente ocupa el puesto primero, sino que también ocupa el segundo y el tercero; es decir, lo ocupa todo, porque cualquier otra virtud, para que sea virtud, es preciso que toda ella está motivada por el amor.

Pero ¿qué es el amor? —San Juan lo dice muy claro: *"Dios es amor y el que permanece en el amor, en Dios permanece, y Dios en él"* (1 Jn. 4, 16). Eso y no otra cosa es el amor: estar unidos a Dios y permanecer fundidos en El por el amor.

Y es por eso que es inútil tratar de promover el amor del prójimo si antes no se insiste en el amor de Dios, porque solamente cuando se ama a Dios de verdad, es cuando se puede amar verdaderamente al prójimo, amándolo en Dios y por Dios.

Decía San Alfonso, citando a otros santos anteriores: "Cuando arde la casa, se arrojan los muebles por la ventana", queriendo decir que, cuando se ama a Dios de verdad, nos sobra todo y nos desprendemos de todo para darlo a los pobres.

Perdónenme los lectores si creen que me he extendido demasiado tratando de hacer ver que no puede haber amor del prójimo si no existe el amor de Dios;

porque es que me ponen malo ciertos predicadores que no saben hablar de otra cosa que de que hay que construir un mundo mejor amándonos más los unos a los otros. Yo no digo que eso sea malo, libreme Dios de pensarlo. Sólo digo que, al insistir tanto sobre ese problema y no decir nada de otros problemas infinitamente más graves, como es el problema de la pornografía y de la propaganda antirreligiosa que se hace por televisión ante millones de personas, se hace como los médicos que anteriormente hemos dicho, que indirectamente nos están haciendo creer que los problemas más graves son el que todos no tengamos lo necesario para vivir cómodamente la vida de acá, y que lo que menos importa es lo que será nuestra vida de allá, después de la muerte.

Llegando a este punto, probablemente habrá muchos que me digan: Bueno, vayamos a lo práctico. Díganos en resumen qué es lo más importante que debe hacer quien verdaderamente quiera tener un verdadero amor de Dios y del prójimo. Lo más importante de todo es evitar el pecado. Así lo dijo Jesucristo: *“Si me amais, guardareis mis mandamientos... Quien ha recibido mis mandamientos y los observa, ése es el que me ama”* (Jn. 14, 15 y 21).

Pero para poder guardar bien los mandamientos y no cometer ningún pecado, es preciso, ante todo, orar. Sin un trato íntimo con Dios por medio de la oración, no solamente no se podrán guardar los mandamientos, sino que, incluso, ni siquiera habrá interés por guardarlos. Sólo por medio de la oración se pueden conocer la importancia y el valor de las cosas espirituales y se siente interés de practicarlas. Sin oración ni hay luz para conocer la importancia de la virtud, ni hay fuerzas para practicarla, ni siquiera

ganas de hacerlo. Por eso Jesucristo insistió tanto en el Evangelio sobre la necesidad de la oración. Siendo el tema de la oración la cosa más importante y fundamental en la vida religiosa, y careciendo de espacio aquí para exponer las razones, quiero remitir al lector a que lea alguno de estos dos libritos de San Alfonso: *“Del Gran Medio de la Oración”* o *“Una sola Cosa es Necesaria”*. Si los lee podrá conocer su trascendental importancia.

Y con respecto al prójimo, ¿cuáles son las obras de caridad más importantes que podemos practicar con él? —No hay duda de que la obra de caridad más grande será todo aquello que pueda inducir a la práctica del bien. Por eso lo principal será cualquier clase de apostolado. Y cuando este no pueda hacerse, bastará un buen consejo, o, simplemente, un buen ejemplo.

Quizá nosotros no estemos en condiciones de ejercitar el apostolado positivo, que es el que le induce o estimula al bien; pero es posible que sí podamos hacer algo para evitarle lo que podríamos llamar “apostolado negativo”, que es todo lo contrario al anterior, y puede ser todo aquello que lo induce al pecado como es el escándalo.

Hoy día el mundo, espiritualmente hablando, está muy mal; muchísimo peor que hace 20 años, y todo es por culpa del escándalo. Los medios de comunicación social, como son la prensa, la radio, y, sobre todo la televisión, están haciendo muchísimo mal. Son millones las almas que se condenan por culpa de la televisión. Ahora la televisión es capaz de llevar ella sola doble cantidad de almas al infierno que antes entre todos los demonios. Contentos deben estar aquellos espíritus infernales por la cosecha que

„ sin trabajar están consiguiendo diariamente con la televisión.

¿Cuál es el mayor mal del mundo?

Si nos preguntáramos cuál es actualmente el mayor mal del mundo, tendríamos que decir, sin titubear, que la televisión. ¿Por qué?

—La respuesta es sencilla y clara: porque es el medio por el que a mayor número de gente se escandaliza y porque lo hacen de forma diabólica con la más descarada pornografía, atacando los puntos más débiles del hombre y utilizando los medios más provocativos y seductores sin reparos de ninguna clase. Cuando no se ataca a la castidad con escenas pornográficas, se ataca a la fe con insinuaciones y sonrisas burlonas, ensalzando la inteligencia de los que se declaran agnósticos y ateos y ridiculizando a los que se confiesan creyentes y católicos practicantes.

Es por eso que la televisión actualmente está haciendo un mal enorme, incomparable e irreparable, mucho mayor de todo lo que podemos pensar o imaginar. Y ¿qué podríamos hacer para remediarlo? ¿Habría alguna posibilidad de evitarlo? —Existe una remota posibilidad que se podría conseguir si todos los cristianos nos pusiéramos de acuerdo.

Para poder evitar que la televisión sea mala y no dé escándalo, es preciso que quienes la dirigen y mandan en ella sean personas creyentes y quieran evitarlo. He aquí el único medio para que la televisión no escandalice: que los que la dirigen sean personas creyentes. Y ¿qué hacer para conseguirlo? —Que nos conciencemos todos los cristianos de la grave obligación que tenemos de votar en las elecciones para

un partido político que no sea ateo y tenga posibilidad de ganar. Digo que tenga posibilidad de ganar, porque puede haber partidos que nos agraden más y que no tengan posibilidad de ganar, y un voto dado a un partido sin posibilidades puede considerarse un voto perdido.

Hay sacerdotes y obispos que parece no quieren hablar nada de política, como si la política fuera algo que no les concerniera. Pero resulta que la política es lo que más daño hace a la Iglesia, porque los políticos ateos son los que dominan la televisión y la enseñanza de la juventud, que son los mejores medios de poder hacer un buen apostolado, y al ser ellos los que mandan el apostolado que hacen es una apostolado satánico. De aquí la grave obligación que todos tenemos de votar en las elecciones y de hacer propaganda en favor de los partidos de inspiración cristiana. El no hacerlo es pecado grave. No solamente es pecado grave votar a los partidos que defienden ideas anticristianas como el divorcio, el aborto y la libertad de pornografía, sino que también lo es el abstenerse y no dar el voto a los partidos que están en contra de estos escándalos.

Conclusión

Quede, pues, bien sentado que no puede haber verdadero amor del prójimo donde no exista el amor de Dios; porque la única razón de que amemos al prójimo no puede ser otra que el mismo Dios. Nadie fuera de Dios merece nuestro amor, y por tanto, no podemos amar otra cosa más que a Dios o por Dios. A Dios le amamos directamene porque es el Bien supremo y se merece todo el amor de nuestro corazón

y de millones de corazones que tuvierámos. Al prójimo, en cambio, no lo amamos porque haya en él algo digno de nuestro amor, sino porque Dios quiere que lo amemos y nos lo manda; y por lo tanto, sólo lo amamos en Dios y por Dios. Por eso insistimos que no puede haber amor al prójimo donde no esté el amor de Dios. Podrá haber una apariencia de amor, pero no será verdadero amor. Podrá uno hacer cuantiosas limosnas y repartir todos sus bienes entre los pobres, y podrá incluso consagrar su vida en defensa de los necesitados hasta el punto de perderla por su causa, y sin embargo, no tener caridad (1 Cor. 13, 3). Porque la caridad viene de Dios, y quien haga las mejores cosas del mundo, si no las hace por Dios, de nada le sirven.

Dos cosas hemos querido destacar aquí: 1.^a. Que no puede haber amor del prójimo donde no esté el amor de Dios, y que los predicadores que insisten tanto en decir que tenemos que amar al prójimo, están perdiendo el tiempo mientras no nos digan primero las razones y motivos que tenemos para amar y obedecer a Dios. Y 2.^a. Que el amor al prójimo, si ha de ser verdadero, ha de atender en primer lugar a la salvación del alma y a crear un ambiente que ayude a conseguirlo, en cuyo primer lugar está la política, la que hemos de tratar en cambiar en cuanto esté de nuestra parte, usando todos los medios de que podamos disponer.

INDICE

INSTRUCCION PRELIMINAR	5
-------------------------------------	----------

LOS DIEZ MANDAMIENTOS

PRIMER MANDAMIENTO	13
1 — De la Fe	15
2 — De la Esperanza	26
3 — De la Caridad	29
4 — De la oración de súplica	34
5 — Del amor al prójimo	36
6 — De la religión	48
Apéndice I, —Del cuerpo Místico de Cristo.	52

SEGUNDO MANDAMIENTO	54
1 — De la Blasfemia	54
2 — Del voto	61
3 — Del juramento	65

TERCER MANDAMIENTO	69
1 — De la obligación de no trabajar	70
2 — De la obligación de asistir a la Santa Misa	75
Se habla del ayuno eclesiástico	84

CUARTO MANDAMIENTO	87
1 — De los deberes de los hijos para con los padres	87

2 —	De la obligación de los padres para con los hijos	96
	Reglamento de un padre de familia ...	103
3 —	De las obligaciones de amos y cristianos y de los esposos entre sí	107
QUINTO MANDAMIENTO		111
	Apéndice II. —Atentados contra la vida del niño en el seno de su madre	117
SEXTO MANDAMIENTO		125
	Remedios contra las tentaciones de impureza	133
	Apéndice III	143
SEPTIMO MANDAMIENTO		145
1 —	Del robo	145
2 —	De la restitución	151
	Apéndice IV, —De algunos deberes y derechos en material social	160
OCTAVO MANDAMIENTO		166
	Apéndice final sobre la verdadera caridad	175